

Lobsang Rampa

LA DECIMOTERCERA CANDELA

TROQUEL

OBRAS DEL AUTOR

- EL TERCER OJO
- EL MEDICO DE TIBET
- EL CORDON DE PLATA
- LA CAVERNA DE LOS ANTEPASADOS
- MI VIDA CON EL LAMA
- USTED Y LA ETERNIDAD
- EL MANTO AMARILLO
- LA SABIDURIA DE LOS ANCIANOS
- EL CAMINO DE LA VIDA
- MAS ALLA DEL DECIMO
- AVIVANDO LA LLAMA
- EL ERMITAÑO
- LA DECIMOTERCERA CANDELA

LOBSANG RAMPA

LA DECIMOTERCERA CANDELA

EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título del original inglés:
THE THIRTEENTH CANDLE

Traducción:
ANTONIO SOTO

Ilustró la tapa:
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICIÓN
Abril de 1972

SEGUNDA EDICIÓN
Mayo de 1972

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

A
Miss Betty Jessee,
amiga

JUSTIFICACION

Usted se preguntará qué es eso de La decimotercera candela. *Pues bien; ése pretende ser el título lógico que responda a lo que estoy haciendo. Porque lo que estoy haciendo es tratar de "encender una vela", lo cual es infinitamente mejor que "maldecir la oscuridad". Este es mi decimotercer libro y espero que sea mi candela decimotercera.*

Quizás usted crea que es una velita muy pequeña; de esas que se ponen en las tortas de cumpleaños. Sin embargo, nunca he tenido ninguna clase de tortas con velas; ¡ni siquiera tuve jamás una torta de cumpleaños! De manera que ahora, con mi dieta residual baja de no más de mil calorías, que me restringe la ingestión de azúcar, ya es demasiado tarde para que me preocupe.

Así, pues, pido disculpas; hagamos como si ésta fuese La decimotercera candela, *aun cuando sea pequeñita como la de la torta de cumpleaños de una muñeca.*

CAPITULO I

La señora Marta MacGoohoogly se dirigió resueltamente y a grandes trancos hacia la puerta de la cocina, llevando aferrado en su mano regordeta un ajado trozo de diario. Ya fuera, en el reseco terreno cubierto de maleza que servía de "jardín posterior", se detuvo y echó una mirada furibunda en derredor, como un toro embravecido que en época de celo esperase la llegada de rivales. Satisfecha —o disgustada— de que no hubiese a la vista adversarios con quienes habérselas, se precipitó hacia la derruida cerca que demarcaba los lindes del jardín.

Apoyando cómodamente su más que exuberante busto en un poste carcomido, cerró los ojos y abrió la boca.

—¡Eh, Maud! —bramó hacia el otro lado de los jardines contiguos, y el paredón de la fábrica cercana reflejó el eco de su voz—. ¡Eh, Maud! ¿Dónde estás?

Cerró la boca, abrió los ojos y se quedó aguardando.

De la dirección de la casa siguiente a la más próxima llegó el ruido de un plato que se rompe al caer; después, la puerta de la cocina de aquella casa se abrió, y salió con alborotado ímpetu una mujer pequeña y enjuta, secándose las manos en su pringoso delantal.

—¡Vaya! —rezongó ásperamente—. ¿Qué quieres?

—¡Mira, Maud! ¿Has visto esto? —respondióle Marta a voz en cuello, agitando por encima de su cabeza el ajado trozo de papel de diario.

—¿Cómo quieres que sepa si lo he visto si primero no lo veo? —bufó Maud—. A lo mejor lo vi; pero, a lo mejor, no. Bueno, ¿qué pasa? ¿Algún otro escándalo pasional?

La señora MacGoohoogly buscó a tientas en el bolsillo de su delantal y extrajo unos grandes anteojos de armadura de asta profusamente tachonada de piedrecillas. Antes de ponérselos, limpió con cuidado los cristales con el ruedo de su falda y se alisó los cabellos detrás de las orejas. Después se frotó ruidosamente la nariz con el revés de la manga y vociferó:

—Es del Dominio; me lo mandó mi sobrino.

—¿Del Dominio? ¿Qué negocio es ése? ¿Están liquidando? —gritó Maud, mostrando interés por primera vez.

Molesta, Marta tuvo un arrebato de cólera.

—¡No! —chilló exasperada—. Pero, ¿no sabes *nada*? El Dominio, ¡entiéndelo!, el Canadá. El Dominio del Canadá. Me lo mandó mi sobrino. Espera un momento, que voy para allá.

Descolgó su busto del poste y, guardando los anteojos en el bolsillo del delantal, atravesó aprisa el fragoso jardín y el camino de los fondos. Maud suspiró con resignación y fue lentamente a su encuentro.

—¡Mira esto! —aulló Marta, no bien se encontraron en el camino, junto al portón del jardín, del lado desocupado entre las casas de ambas—. ¡Fíjate la estupidez que escriben ahora! ¡El alma! ¡Qué va a haber semejante cosa! Cuando estás muerta, estás *muerta*. Así: ¡Puf!

Con el rostro encendido, sacudió el papel delante de la nariz larga y afilada de la pobre Maud y dijo encolerizada:

—No entiendo cómo pueden salirse con la suya. Morirse es como soplar una vela; después no hay nada. Mi pobre marido —que su alma descanse en Dios— decía siempre, antes de morir, que sería un gran alivio saber que no volvería a encontrarse de nuevo con sus viejos conocidos.

Ante este mero pensamiento se puso a gimotear.

Maud O'Haggis miraba a los lados de su nariz y esperaba pacientemente a que su compinche se calmase. Por fin encontró una oportunidad y le preguntó:

—Pero ¿qué artículo es ése, que te ha alterado tanto?

Sin poder hablar, Marta le extendió el fragmento ajado de diario que le había causado toda esa conmoción.

—No, querida, —le dijo de pronto, cuando recobró la voz—. Estás leyendo el lado del revés.

Maud dio vuelta el papel y comenzó a leer nuevamente. Mientras lo hacía, con los labios pronunciaba silenciosamente las palabras.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Nunca me había enterado de nada parecido!

Marta sonrió con radiante satisfacción.

—Es algo extraño, ¿eh? , que se publiquen tales tonterías. ¿Qué piensas tú?

Maud volvió varias veces la página de un lado y de otro y comenzó a leer nuevamente el lado contrario. Al cabo, dijo:

—¡Ah; ya sé! Helen Hensbaum nos lo explicará; sabe de todo sobre estas cosas. Como que lee libros. . .

—¡Oh! No soporto a esa mujer —replicó Marta—. ¿Sabes qué me dijo el otro día? "Dios no permita que se le hinche el vientre, señora MacGoohoogly". Eso es lo que me dijo, ¿te das cuenta? ¡La muy descarada! ¡Bah!

—Pero está enterada; sabe un montón de cosas sobre todo esto, y, si queremos llegar al fondo de la cuestión —dijo agitando bruscamente la dichosa hoja de papel—, tenemos que hacerle el juego y adularla. Anda, vamos a verla.

Marta señaló hacia el camino y dijo:

—Allá está, tendiendo su ropa interior. Buena pieza es. Fíjate en esas *panty hose* nuevas; debe de conseguirlas en algún sitio especial. Para mí, yo tengo de sobra con las buenas bombachas de antes. —Levantóse las faldas para mostrarlas y agregó—: Te tienen más abrigada cuando no se tiene ningún hombre, ¿no?

Soltó una risa vulgar y ambas se echaron a andar tranquilamente por el camino en dirección de Helen Hensbaum y de su ropa lavada.

En el preciso instante en que estaban para entrar en el jardín de aquélla, el estrépito de un portazo las detuvo. Del jardín vecino surgió un par de *hot pants* despampanantes. Atónitas, las dos mujeres abrieron desmesuradamente los ojos y, lentas, sus miradas fueron subiendo hasta abarcar la trasparente blusa y el rostro pintado, insulso.

—¡Casi nada! —masculló Maud O'Haggis—. ¡Todavía se ven cosas en el pueblo!

En silencio, se quedaron mirando con los ojos bien abiertos mientras la muchacha de los *hot pants* se contoneaba levantando los talones a una altura superior a su decoro.

—Te hace sentir vieja, ¿no? —dijo Marta.

Y, sin agregar una palabra más, entraron en la propiedad, donde encontraron a la señora Hensbaum, que atisbaba el andar acompasado de la muchacha.

—Buenos días, señora Hensbaum —saludó Marta—. A lo que parece, hay vistas al cabo de la calle, ¿eh? —agregó con risa contenida.

Helen Hensbaum frunció el ceño con más ferocidad todavía.

—¡Aj! ¡Esa! —exclamó—. ¡Tendría que haber muerto, antes, en las entrañas de su madre! —Suspiró y se irguió hasta la alta cuerda de colgar la ropa, poniendo en evidencia que *efectivamente* usaba *panty hose.*

—Señora Hensbaum —comenzó Maud—: como sabemos que usted es muy leída y que sabe de todo, hemos venido a consultarla. —Se detuvo y Helen Hensbaum repuso sonriendo:

—Bien, señoras. Entonces, pasen y les prepararé una taza de té. La mañana está fría. Nos hará bien descansar un rato.

Volvióse y se encaminó hacia su bien cuidada casa que, por lo ordenada y pulcra, tenía el nombre de "Pequeña Alemania".

La tetera hervía, y el té humeaba. La señora Hensbaum ofreció bizcochos dulces y dijo:

—Bien, ¿en qué puedo serles útil?

Maud señaló con un gesto a Marta.

—Ella ha recibido del Canadá o de no sé dónde, una noticia extraña. Por mi parte, yo no sé qué pensar. Que le cuente ella.

Marta se enderezó más en su asiento.

—Es esto; mírelo. Me lo mandó mi sobrino. Se metió en un embrollo con una mujer casada, sí, y salió disparado a un lugar llamado Montreal, en el Dominio. A veces escribe, y justamente envió esto en una carta. Yo no creo en semejante tontería —dijo alcanzándole el trozo de papel ajado, que ahora estaba mucho peor por el mal trato que le habían dado.

La señora Helen Hensbaum tomó cuidadosamente lo que quedaba de él y lo extendió sobre una hoja de papel limpio.

—¡Ah, vaya! —aulló en su entusiasmo, olvidando

por completo su inglés habitualmente correcto—. *Ist gut, no?*

—¿Nos lo podría leer claramente y decirnos qué le parece? —pidió Maud.

La señora Hensbaum se aclaró la garganta, bebió un sorbo de té y comenzó:

—Es del *Montreal Star.* Lunes, 31 de mayo de 1971. ¡Qué interesante! Yo estuve en esa ciudad. —Hizo una breve pausa y leyó—:

SE VIO CUANDO SE DESPRENDIA DE SU PROPIO CUERPO. UN ENFERMO CARDIACO EXPLICA LA SENSACION DE LA MUERTE.

Canadian Press. Toronto. Un vecino de Toronto que el año pasado sufrió un ataque cardíaco, dice que se vio cuando se desprendía de su propio cuerpo y que experimentó extrañas y apacibles sensaciones durante el período crítico en que su corazón se detuvo.

B. Leslie Sharpe, de 68 años, dice que en el lapso en que su corazón no latió, pudo verse a sí mismo, "frente a frente".

El señor Sharp explica el suceso en la edición corriente de la revista de la *Canadian Medical Association*, en una parte del artículo que firman los doctores R. L. MacMillan y K. W. G. Brown, codirectores de la unidad coronaria del Hospital General de Toronto.

En ese artículo, los médicos mencionados dicen: "Quizás esto haya sido lo que se entiende por separación del alma del cuerpo".

El señor Sharpe fue trasladado al hospital cuando, por el dolor que sentía en el brazo izquierdo el médico de la familia le diagnosticó un ataque cardíaco.

Dice Sharpe que, a la mañana siguiente, recuerda que estaba mirando su reloj mientras se hallaba tendido en la cama, con los alambres del cardiógrafo y los tubos intravenosos conectados.

"En ese preciso instante exhalé un suspiro muy, muy hondo, y mi cabeza se ladeó hacia la derecha. '¿Por qué se habrá ladeado mi cabeza?' —pensé—. 'Yo no la he movido. Debo de estar para dormirme'.

"Luego, me encontré mirando mi propio cuerpo, de la cintura para arriba, frente a frente, como si se tratara de un espejo en el cual yo parecía estar en el ángulo inferior izquierdo. Casi inmediatamente me vi a mí mismo aban-

donar mi cuerpo, saliendo por la cabeza y por los hombros, pero no vi mis miembros inferiores.

"El cuerpo que se desprendía de mí no era lo que se dice vaporoso, pero pareció expandirse muy ligeramente una vez que estuvo fuera." —comentó el señor Sharpe.

"De pronto me encontré sentado en un objeto muy pequeño y viajando a gran velocidad, hacia afuera y a lo alto, por un cielo azul grisáceo apagado, en ángulo de cuarenta y cinco grados.

"Más abajo de donde yo estaba, hacia la izquierda, divisé una sustancia brumosa de color blanco puro, que también ascendía en una línea que debía interceptar mi rumbo.

"Era de forma perfectamente rectangular, pero llena de agujeros, como una esponja.

"La sensación que siguió fue la de hallarme flotando en una luz amarillo claro brillante —sensación sumamente deliciosa.

"Estaba flotando y disfrutando de la más hermosa y apacible de las sensaciones, cuando sentí unos mazazos en el costado izquierdo. En realidad, no me causaban ningún dolor, pero me sacudían de tal manera que apenas podía conservar el equilibrio. Comencé a contarlos, y cuando llegué a seis grité: '¿Qué. . . me están haciendo?', y abrí los ojos."

Dijo que reconoció a los médicos y enfermeras que rodeaban su lecho, las cuales le informaron que había sufrido un paro cardíaco y que lo habían sometido a una desfibrilación, es decir, a una aplicación de impulsos eléctricos para que su corazón comenzara a latir normalmente.

Los médicos comentaron que no es habitual que el paciente que ha experimentado un ataque cardíaco recuerde lo ocurrido en el trascurso de éste, y que lo común es que haya un período de amnesia de varias horas antes y después.

Terminada la lectura, Helen Hensbaum se echó hacia atrás y, mirando a las dos mujeres, volvió a exclamar:

—¡Vaya! Es muy interesante.

Marta hizo un gesto de afectada suficiencia por haberle hecho ver a "la extranjera" algo que ella no conocía.

—¡Qué bueno! ¿eh? —dijo sonriente—. Una sandez de cabo a rabo, ¿eh?

Helen Hensbaum sonrió a su vez con cierto dejo zumbón.

—De modo que a usted esto le parece raro, ¿no? Le parece —¿cómo dijo? —, una sandez. *No*, señoras; esto es corriente. Esperen; ya verán. —Se puso de pie de un salto y se dirigió a otra habitación. Allí, en una estantería muy elegante, había libros; muchos más de los que Marta había visto jamás en casa alguna. Helen Hensbaum fue hacia ellos y tomó algunos.

—¡Vean! —exclamó, haciendo pasar las hojas como quien acaricia a viejos y amados amigos—. Miren; aquí está impreso todo eso y mucho más. La Verdad. La Verdad revelada por un hombre que ha sido perseguido y castigado por decir la Verdad. Y ahora, simplemente porque un vulgar periodista escribe un artículo, a la gente le es posible pensar que *es* verdad.

La señora MacGoohoogly miró los títulos con curiosidad.

—*El tercer ojo*, *El médico de Tíbet*, *El cordón de plata* —musitó antes de repasar los demás. Luego, volviéndose, exclamó—: No creerá usted en todo esto, ¿no es cierto? ¡Caray! Usted me asombra. ¡Esto es pura *ficción*!

Helen Hensbaum rió estruendosamente.

—¿Ficción? —preguntó al fin, jadeando—. ¿*Ficción*? He estudiado estos libros y *sé* que dicen la verdad. Desde que leí *Usted y la eternidad*, yo también puedo realizar el viaje astral.

Marta estaba pálida. "Pobre ingenua" —pensó—; "está mezclando el alemán con el inglés. ¿Viaje astral? ¿Qué será eso? ¿Alguna nueva línea aérea o algo por el estilo? " Por su parte, Maud permanecía con la boca abierta. Todo eso excedía con mucho sus alcances, pues lo más que le gustaba leer era el

Sunday Supplement, con los últimos crímenes pasionales.

—Ese viaje *ustral*, *astril* o lo que fuere, ¿qué es? —inquirió Marta—. ¿Tiene algo de cierto? Quiere decir que mi viejo, que está muerto y enterrado —y que su alma descanse en Dios—, ¿podría venir a verme y decirme dónde ocultaba el dinero antes de estirar la pata?

—Sí, claro que sí; podría ocurrir si hubiera alguna verdadera razón para eso. Si fuera por el bien de los demás, sí.

—¡Caracoles! —prorrumpió agitadamente Marta—. Ahora voy a tener miedo de dormir esta noche, porque a mi viejo se le puede ocurrir volver para aparecérseme y comenzar de nuevo con las suyas. —Meneó tristemente la cabeza mientras se decía: "Siempre fue un tipo extraordinario en el dormitorio".

Helen Hensbaum volvió a servir té. Entre tanto, Marta hojeaba los libros.

—Dígame, señora Hensbaum —preguntó ésta—, ¿no me prestaría usted alguno?

—No —replicó sonriendo aquélla—. Nunca presto mis libros, porque los escritores deben vivir de las míseras sumas que se llaman "derechos de autor", que son un siete por ciento, me parece. Por eso, si presto libros, privo a los autores de su sustento. —Reflexionó un instante en silencio y luego exclamó—: Le diré qué voy a hacer. Compraré algunos y se los regalaré, así podrá enterarse de la Verdad por usted misma. ¿Está bien?

—Bueno; no sé... —repuso Marta moviendo la cabeza dubitativamente—. La verdad es que no sé... No me gusta la idea de que cuando ya una se ha deshecho perfectamente de un cadáver, digamos, lo ha atornillado en el cajón y lo ha enterrado, pueda

volver como un fantasma a aterrorizar los días de los vivos.

Maud, que se sentía bastante ajena al tema, pensó que ya era hora de aportar su granito de arena.

—Sí —dijo vacilante—; pero cuando se los hace salir convertidos en humo pringoso por la chimenea del crematorio, entonces todo eso debe de acabarse. . .

—Sin embargo —interrumpió Marta, echándole una severa mirada—, si, como usted dice, hay vida después de la muerte, ¿cómo es que no hay pruebas? Se han ido, y eso es lo último que sabemos de ellos. Que se han ido; porque, si realmente siguieran viviendo, se pondrían en comunicación con nosotros, ¡Dios nos libre!

Por un momento, la señora Hensbaum permaneció sentada en silencio; después se levantó y fue hacia un pequeño escritorio.

—Miren —dijo, volviendo con una fotografía en la mano—. Fíjense. Es una foto de mi hermano gemelo. Lo tienen prisionero los rusos, en Siberia. Sabemos que está vivo porque así nos lo ha hecho saber la Cruz Roja suiza. Sin embargo, no nos es posible recibir noticias directas de él. Yo soy su hermana melliza y *sé* que está vivo. —Marta se sentó y observó la fotografía, dándole vueltas y más vueltas en sus manos—. Mi madre está en Alemania, en Alemania Oriental —prosiguió la señora Hensbaum—. También está viva, pero no podemos comunicarnos. Es decir, que ambos todavía están en esta tierra, entre nosotros. Y supongamos que usted tuviera una amiga, digamos, en Australia, y quisiera hablarle por teléfono. Aunque tuviera su número, tendría que tener en cuenta, además, las diferencias de horario y debería utilizar determinados aparatos mecánicos y eléctricos. Pero, con todo, podría ser que no pudiese hablar con ella, pues quizá ocurriese que estuviera en el trabajo o que hubiese salido. Y eso que sólo se

trataría del otro lado de este mundo. ¡Imagínese, entonces, las dificultades que puede haber para telefonear al otro lado de esta vida!

Marta se echó a reír.

—¡Ay, querida, querida! ¡Qué original es usted, señora Hensbaum! —exclamó tratando de contenerse—. ¡Un teléfono, dice, al otro lado de la vida!

—¡Eh, un momento! —exclamó repentinamente Maud, exaltadísima—. ¡Sí; claro que hay algo de eso! Mi hijo, que trabaja en electrónica en la B.B.C., nos contó —ya saben ustedes cómo hablan los muchachos— de un viejo que inventó un teléfono así y que funcionó. Son microfrecuencias o algo por el estilo, pero después todo quedó en secreto. Me parece que en esto intervino la Iglesia.

La señora Hensbaum asintió con una sonrisa a lo que decía Maud y agregó:

—Sí; es absolutamente cierto. El autor del cual les he hablado sabe mucho sobre la materia. El aparato no prosperó por falta de dinero para perfeccionarlo, me parece. Pero, sea como fuere, mensajes llegan. La muerte no existe.

—¡Bien que lo prueba usted! —exclamó Marta bruscamente.

—No puedo probárselo exactamente de ese modo —le repuso con suavidad la señora Hensbaum—; pero considérelo de esta manera: tome un trozo de hielo y supongamos que representa al cuerpo. El hielo se derrite, lo cual significa la descomposición del cuerpo, y entonces queda agua, que es el alma que se separa.

—¡Disparates! —exclamó Marta—. El agua se puede ver, pero ¡muéstreme el alma!

—Me ha interrumpido usted, señora MacGoohoogly —repuso su interlocutora—. El agua se evapora y se transforma en vapor invisible; y *eso* es lo que representa la etapa de la vida posterior a la muerte.

Maud, que se estaba impacientando porque la conversación la iba dejando a la zaga, dijo después de unos instantes de vacilación:

—Me parece, señora Hensbaum, que, si una quiere ponerse en comunicación con el ausente amado, una va a una sesión y allí la ponen en contacto con los espíritus.

—¡Oh, no, querida! —rió Marta, manteniéndose firmemente en su actitud—. Si quieres espíritus, te vas a la taberna y tomas un poco de *whisky*. La madre Knickerwhacker tiene fama de buena médium, pero también le gusta la otra clase de espíritus. ¿Estuvo usted alguna vez en una sesión, señora Hensbaum?

Helen Hensbaum movió la cabeza con desazón.

—No, señoras. Yo no asisto a esas sesiones. No creo en ellas. Muchos de los que concurren están sinceramente convencidos; pero, ¡ay! , ¡en qué gran error están! —Miró el reloj y se levantó de pronto sobresaltada—. *Mein lieber Gott!* —exclamó—. ¡Ya tendría que estar terminando el almuerzo para mi marido! —Pero, recobrando su compostura, prosiguió con más calma—: Si les interesa, vuelvan esta tarde a las tres y hablaremos un rato más; pero, ahora, debo atender a mis deberes hogareños.

Marta y Maud se pusieron de pie y se encaminaron hacia la puerta.

—Sí —dijo la primera, en nombre de ambas—; vendremos de nuevo a las tres, como usted dice.

Atravesaron juntas el jardín posterior y se pusieron en marcha camino abajo. Marta sólo habló una vez, en el momento en que se despedían.

—¡Vaya! No sé —comentó—. En realidad, no sé. . . Pero encontrémonos aquí, a las tres menos diez. Hasta luego —dijo, y entró en su casa, en tanto que Maud proseguía andando por el camino en dirección de la suya.

En casa de los Hensbaum, la señora Helen trajinaba de un lado a otro con la impetuosidad propia de la bien mesurada eficiencia germánica, murmurando para su coleto extrañas palabras y arrojando platos y cubiertos sobre la mesa con infalible precisión, como si fuese una eximia malabarista de algún *music hall* berlinés. Cuando el portón del frente se abrió y los pasos de su esposo, con su rítmico andar, llegaron a la puerta, ya todo estaba preparado y el almuerzo servido.

El sol había traspuesto ya el punto más alto y se inclinaba hacia el poniente, cuando Maud apareció en la puerta de su casa y se dirigió con paso lento y garboso hacia la de su amiga. Su aspecto era el de una magnífica aparición, con su vestido de flores estampadas que sugería demasiado el baratillo próximo a Wapping Steps.

—¡*Iuju*, Marta! —llamó desde la puerta del jardín de ésta. Marta abrió y parpadeó deslumbrada.

—¡Vaya, me encandilas! —exclamó con tono de espanto—. ¿Es una puesta de sol con huevos revueltos?

Maud se encrespó.

—¿Y tú, con esas faldas tan ajustadas, Marta? Se te trasparentan la faja y las bombachas. ¡Vaya, quién habla!

Y, de veras, Marta estaba un poco llamativa, con su traje gris perla de dos piezas, casi indecorosamente ceñido. Un estudiante de anatomía no habría tenido dificultad alguna para localizar las zonas topográficas e, incluso, la línea alba. Tan desmesurados eran sus tacones altos, que no podía menos que contonearse, de suerte que su altura totalmente antinatural la obligaba a menear y sacudir las caderas. Además, con las considerables prendas que en materia de busto la adornaban, debía adoptar una postura pomposa, como soldado en parada militar.

Así, pues, salieron a desfilar juntas por el camino y entraron en el jardín posterior de los Hensbaum. Al primer toque, la dueña de casa abrió la puerta y las hizo pasar.

—¡Qué veo, señora Hensbaum! —prorrumpió Maud con cierto asombro, a tiempo que entraban—. ¿Se ha metido a vender libros?

—¡Oh, no, señora O'Haggis! —sonrió la alemana—. Como he visto que les interesaban mucho las ciencias psíquicas, he comprado para ustedes algunos libros de Rampa, que les traigo como obsequio.

—¡Oh! —musitó Marta, hojeando uno de ellos—. ¡Qué vejete extraño! ¿No es cierto? ¿De veras que tiene un gato que le sale de la cabeza así?

La señora Hensbaum se echó a reír con todas las ganas, hasta ponerse roja.

—¡No; qué idea! —exclamó—. Lo que sucede es que los editores se toman amplias libertades para hacer las tapas de los libros, y en eso los autores no tienen arte ni parte. Esperen; les mostraré algo. —Subió rápidamente las escaleras y regresó en seguida, un tanto agitada, con una pequeña fotografía—. Vean cómo es el autor. Le escribí y a vuelta de correo recibí su contestación y esta foto, que conservo como un tesoro.

—Pero, señora Hensbaum —sostuvo Marta con cierta exasperación, cuando se sentaron para continuar conversando—. Usted no tiene *pruebas* de nada. Todo es *ficción*.

—Señora MacGoohoogly —replicó aquélla—; está usted totalmente equivocada. *Hay* pruebas; pero pruebas que es preciso experimentar, vivir. Una vez referí a una amiga mía, la señorita Rhoda Carr, que mi hermano, que está en manos de los rusos, me había visitado en el plano astral y me había dicho que estaba en una prisión llamada Dnepropetrovsk. Añadió que se trataba de un enorme establecimiento

carcelario de Siberia. Yo nunca había oído hablar de éste. En aquel momento, Rhoda Carr no dijo una sola palabra; pero algunas semanas más tarde me escribió y me lo confirmó. Como está relacionada con no sé qué organización, tuvo la oportunidad de efectuar averiguaciones por medio de algunos amigos rusos que actúan clandestinamente. Pero —lo cual es muy interesante— me comentó que mucha gente le había contado cosas semejantes acerca de los parientes que tienen en Rusia, y todas ellas —me dijo— se habían enterado por medios ocultos.

Maud, que estaba sentada con la boca abierta, se enderezó y dijo:

—Mi madre me contó que una vez fue a una sesión donde le dijeron cosas muy ciertas. Todo lo que oyó resultó cierto. Entonces, ¿por qué dice usted que esas sesiones no son buenas, señora Hensbaum?

—No; yo no dije que *todo* cuanto se refiere a ellas sea malo. Lo que dije es que no creo. Del otro lado de la Muerte hay entidades dañinas que pueden leer nuestros pensamientos y que juegan con la gente. Después de leer los pensamientos trasmiten mensajes con el propósito de que se crea que provienen de algún Guía Hindú o de algún Amado Ausente. La mayoría de tales mensajes son intrascendentes, vacíos, si bien algunas veces, por casualidad, *algo* resulta ser exacto.

—Deben de ponerse un poco colorados cuando leen mis pensamientos —comentó Marta sonriendo maliciosamente—. Nunca fui una santurrona.

La señora Hensbaum sonrió a su vez y prosiguió:

—La gente está muy equivocada respecto de los que han hecho el Tránsito al Otro Lado. Allí tienen mucho que hacer; no se lo pasan ociosos esperando, deseando contestar preguntas tontas. *Tienen que cumplir sus tareas*. ¿Le gustaría a usted, señora

O'Haggis, recibir alguna llamada telefónica impertinente cuando está sumamente atareada y el tiempo urge? Y a usted, señora MacGoohoogly, ¿le agradaría que alguna persona pesada la entretuviese a la puerta cuando se le hace tarde para ir a jugar a la lotería?

—¡Bah! Tiene razón, claro —gruñó entre dientes Marta, y añadió:

—Pero usted habló de los Guías Hindúes. Los conozco de oídas. ¿Por qué tienen que ser hindúes?

—No preste atención a esas fábulas, señora MacGoohoogly —repuso la interpelada—. La gente imagina guías hindúes, imagina guías tibetanos, etcétera. Piense, simplemente, que aquí, en esta vida, se considera muchas veces a los hindúes, a los tibetanos o a los chinos como pobres nativos de color, menesterosos, que no merecen que nadie repare en ellos. Entonces, ¿cómo es posible, de pronto, considerarlos genios del psiquismo, no bien pasan al Otro Lado? No; muchísima gente ignorante "adopta" a un Guía Hindú porque eso es más misterioso. Pero, en realidad, nuestro *único* guía es el propio Superyó.

—¡Oh! Las cosas que usted dice no están a nuestro alcance, señora Hensbaum. Nos ha hecho un enredo de palabras.

Riendo, la señora Hensbaum replicó:

—Quizás ocurra lo mismo con los libros que lean al principio, comenzando por *El tercer ojo*.

—Si me permite un atrevimiento, ¿podríamos venir a hablar con usted otra vez? —inquirió Maud.

—Sí, por supuesto que pueden. Para mí será un placer —repuso la señora Hensbaum, demostrando su hospitalidad—. ¿Por qué no nos ponemos de acuerdo para encontrarnos aquí, a esta hora, dentro de una semana?

Y así, minutos más tarde, las dos mujeres se pusieron a andar nuevamente por el camino, llevando

cada cual los libros que les había regalado la señora Helen Hensbaum.

—Me gustaría que hubiera hablado un poco más sobre lo que pasa cuando uno se muere —expresó Maud pensativamente.

—¡Bah! Pronto sabrás bastante si la sigues viendo —replicóle Marta.

Tanto en la casa de MacGoohoogly como en la de O'Haggis, las luces permanecieron largamente encendidas. Muy entrada la noche, a través de las celosías rojas del dormitorio de Marta se veía brillar una luz macilenta. Por momentos, alguna ráfaga aislada de viento entreabría las pesadas cortinas verdes de la sala de Maud y permitía distinguir su figura inclinada en una silla alta, con un libro fuertemente asido entre sus manos.

El último autobús pasó rugiendo, con su pasaje de limpiadores nocturnos que regresaban a sus hogares. A lo lejos, un tren chirriaba majestuosamente, con su pesada ringlera de vagones de carga balanceándose y rechinando sobre los rieles de una playa de maniobras. Después, el ulular de una sirena, tal vez de la policía o de alguna ambulancia. Nada perturbaba a Maud, enfrascada profundamente, como estaba, en la lectura. Las campanas del reloj del ayuntamiento comenzaron a sonar, y el tañido de las horas anunció la proximidad de la mañana. Finalmente, la luz se apagó en el dormitorio de Marta. A poco, también se extinguió la de la sala del piso bajo de la casa de Maud, y durante un momento se vio un resplandor en su dormitorio.

El alboroto del lechero madrugador quebró la paz de la escena, y a continuación aparecieron los barrenderos con sus camiones con rodillos y su estrépito metálico. Los ómnibus se echaron a rodar por las calles, para llevar a bordo a los trabajadores mañaneros y conducirlos bostezando a sus ocupacio-

nes. Innumerables chimeneas comenzaron a humear, en tanto que las puertas se abrían y se cerraban con premura a medida que la gente se lanzaba a la diaria carrera con el tiempo y los ferrocarriles.

Finalmente, la celosía roja del dormitorio de Marta se levantó con tal violencia, que las borlas de los cordones quedaron bamboleándose. Con el espanto reflejado en su rostro embotado por el sueño, Marta echó una vacua mirada a ese mundo indiferente. Sus cabellos, sujetos por los rizadores, le daban un aspecto desaliñado y ordinario, al par que el enorme camisón de franela acentuaba sus grandes dimensiones y sus más que abultadas dotes.

Al cabo de un rato, la puerta de la casa de O'Haggis se abrió lentamente y un brazo se alargó para recoger la botella de leche del umbral. Trascurrido un largo intervalo, la puerta se abrió nuevamente y apareció Maud, vestida con una casaca listada. Agotada y bostezando estrepitosamente, se puso a sacudir dos felpudos, y luego volvió a recluirse en el interior de su casa.

Un gato solitario surgió de quién sabe qué pasadizo secreto y atisbó cautelosamente las inmediaciones, antes de aventurarse a enfilar parsimoniosamente hacia la calle. Cuando llegó exactamente al centro de la calzada, se detuvo, se sentó a asearse la cara, las orejas, las patas y la cola, y luego se marchó contoneándose hacia algún otro lugar misterioso, en busca del desayuno.

CAPITULO II

—¡Timón! ¡Timón!

La voz era chillona, despavorida, con esa desgarradora entonación que hace estremecer y pone los nervios en tensión.

—¡Timón, despierta! ¡Tu padre se muere!

Lentamente, el muchachito retornó de las profundidades de su total inconsciencia y comenzó a esforzarse, poco a poco, en medio de las brumas del sueño, por abrir sus pesados párpados.

—¡Timón, tienes que despertarte! ¡Tu padre se está muriendo!

Una mano lo asió de los cabellos y lo sacudió bruscamente. Timón abrió los ojos.

De pronto percibió un ruido extraño, ronco, "como si algún yac se estuviera ahogando", pensó. Picado por la curiosidad, se incorporó en el lecho y volvió la cabeza de un lado y de otro, procurando ver a través de la penumbra del exiguo cuarto.

Sobre una pequeña repisa había un plato de piedra en el cual un trozo de sebo flotaba en su propio aceite derretido. La tira de tela ordinaria que atravesaba el trozo de sebo le servía de improvisado pabilo. En ese momento, la llama chisporroteaba, avivándose y atenuándose alternativamente, proyectando sombras temblorosas en las paredes. Una esporádica ráfaga de aire hizo que la mecha se sumergiera durante un instante; luego, chisporroteando,

salpicó algunas gotas, y la débil llama se tornó aun más tenue. En seguida, saturada otra vez por una nueva inmersión, volvió a relumbrar diseminando el hollín de sus lenguas fumosas por toda la habitación.

—¡Timón! ¡Tu padre se muere; ve corriendo a buscar al lama! —gimió desesperadamente su madre.

Despaciosamente, todavía amodorrado por el sueño, Timón se puso trabajosamente de pie y se envolvió con su única prenda de vestir. El ronquido se aceleraba, se tornaba más lento, y retomaba su ritmo desapacible, monótono. Timón se aproximó al bulto informe a cuyo lado estaba inclinada su madre. Miró hacia abajo temeroso y sintió que el horror lo paralizaba ante la vista del rostro de su padre, que la vacilante llama de la lámpara de sebo mostraba aun más lívido. Azul, estaba azul; y su mirada era dura y fría. Azul, a causa del ataque de insuficiencia cardíaca; y tenso, debido a los signos de la rigidez cadavérica, si bien todavía estaba con vida.

—¡Timón! —repitió la madre—. ¡Ve a buscar al lama, o tu padre morirá sin nadie que lo guíe! ¡Corre, corre!

Timón giró sobre sus talones y se lanzó hacia la puerta.

Fuera, las estrellas fulguraban, metálicas e impasibles, en la cerrazón que precede al alba, hora en que el Hombre está más propenso a decaer y vacilar. El viento cortante, enfriado por las masas de niebla que se destacaban en la ladera de la montaña, se arremolinaba haciendo rodar las piedras pequeñas y levantando nubes de polvo.

El chiquillo, de apenas diez años de edad, se detuvo tiritando mientras trataba de escudriñar en la oscuridad, una oscuridad levemente hollada por el débil resplandor de las estrellas. Allí, cuando no había luna, era la mala época del mes. Las montañas

se tornaban inhóspitas y sombrías, sólo se percibía un desvaído tinte purpúreo que señalaba sus límites y el comienzo del cielo. En el punto en que la pálida coloración púrpura descendía hacia el río de escasa fosforescencia, una manchita de luz amarillenta, diminuta y titilante, era la que refulgía con más intensidad en medio de aquella lobreguez que todo lo envolvía. El chiquillo se puso rápidamente en movimiento, corriendo, saltando y sorteando las rocas esparcidas por el suelo, en su irrefrenable ansiedad por alcanzar el santuario que denunciaba aquella luz.

Las malhadadas piedras se escurrían debajo de sus pies descalzos y lo herían. Los cantos rodados, remanentes tal vez del lecho de algún mar antiguo, se deslizaban arteramente a su paso. Los pedrejones surgían de manera alarmante en la cerrazón de la madrugada, produciéndole magulladuras cuando los rozaba en su carrera a la cual el miedo ponía alas.

A lo lejos, aquella luz era un llamado. Detrás de él, su padre yacía agonizante, sin un lama que guiase los pasos indecisos de su alma. Se apresuró más. Pronto, su respiración se tornó jadeante con el aire enrarecido de la montaña, y a poco lo asaltó un dolor en el costado, produciéndole esa punzada angustiosa que padecen todos los que se esfuerzan excesivamente en la carrera. El dolor se hizo tan punzante que resultaba insoportable Retorciéndose y gimiendo mientras trataba de aspirar más aire, no pudo menos de aminorar la carrera y andar al trote rápido, hasta que, a los pocos pasos, se vio precisado a caminar renqueando.

La luz lo atraía como un faro de esperanza en un océano de abatimiento. ¿Qué sería ahora de ellos? ¿Cómo comerían? ¿Quién velaría por ellos; quién los protegería? Su corazón latía violentamente, hasta el extremo de que temió que pudiera salírsele

del pecho. El sudor se le helaba inmediatamente en el cuerpo al contacto con el aire frío. Su vestidura, raída y mustia, casi no lo protegía contra los elementos. Eran pobres, extremadamente pobres; y ahora lo serían más aún con la pérdida del padre, el único que trabajaba.

La luz seguía llamándolo como un refugio en un océano de temores. Lo llamaba, trémula, debilitándose y volviéndose a avivar, como para recordar al atribulado chiquillo que la vida de su padre se estaba extinguiendo, pero que volvería a brillar allende los confines de este mundo mezquino. Volvió, pues, a lanzarse en desenfrenada carrera, apretando los codos contra sus flancos y con la boca bien abierta, tratando de que cada músculo le sirviera por unos pocos segundos.

La luz ya era más grande, como una estrella que le diese la bienvenida a su hogar. A su vera, el Río Feliz se deslizaba sonriente, como si jugara con las piedrecillas que había arrastrado desde las cumbres de la montaña donde tenía sus vertientes. A la débil luz de las estrellas, el río tenía un pálido fulgor argentado. Ahora, frente a él, el muchacho podía discernir vagamente el bulto más oscuro del pequeño lamasterio que se levantaba entre el río y la falda de la montaña.

Por mirar la luz y el río, se distrajo, y su tobillo cedió bajo su peso, dando con él por tierra violentamente y haciendo que se raspase las manos, las rodillas y el rostro. Gimiendo de dolor y frustración, se levantó penosamente y se puso a cojear.

De improviso, frente a él, apareció una figura.

—¿Quién anda ahí fuera, rondando nuestros muros? —inquirió una voz profunda de anciano—. ¡Ah! ¿Qué es lo que te trae a nuestras puertas a esta hora de la mañana? —continuó aquella voz.

A través de sus párpados inflamados por el llanto, Timón vio frente a sí a un monje anciano y encorvado.

—¡Oh; estás herido! —prosiguió la voz—. Ven adentro y veré qué tienes.

Volvióse pausadamente el anciano y se encaminó al interior del pequeño lamasterio. Timón se detuvo, parpadeando a causa de la luz repentina de alguna lámpara de sebo que parecía muy brillante comparada con la oscuridad exterior.

La atmósfera estaba pesada por el olor a incienso. Timón permaneció un momento con un nudo en la garganta hasta que por fin habló:

—¡Mi padre se muere! Mi madre me ha mandado volando a buscar auxilio para que tenga quien lo guíe en su tránsito. ¡Se muere!

El pobre chiquillo se dejó caer al suelo y se cubrió los anegados ojos con las manos. El anciano monje salió y a poco se pudo oír que conversaba quedamente en otra habitación. Timón se sentó en el suelo llorando en un rapto de consternación y pavor.

Un momento después vino a infundirle ánimos una voz dulce que le dijo:

—¡Hijo, hijo mío! ¡Oh, pero si es el joven Timón! ¡Sí; te conozco, hijo mío!

Con una respetuosa reverencia, Timón se puso de pie lentamente y se secó los ojos con un extremo de la túnica, tiznándose el rostro lloroso con el polvo acumulado en el camino.

—Cuéntame, hijo mío —dijo el lama, a quien Timón había ya reconocido.

Una vez más, éste refirió lo que ocurría, y, cuando hubo finalizado, habló el lama.

—Ven, iremos juntos. Te prestaré un *pony*. Pero, antes, bebe este té y come un poco de *tsampa*, porque has de estar hambriento, y la jornada será larga y dura.

El anciano monje se adelantó con las viandas, y Timón sentóse a comerlas en el suelo, en tanto que el lama se retiraba a hacer sus preparativos.

Al poco rato se oyó ruido de caballos, y el lama regresó a la habitación.

—¡Ah! Ya has concluido. Bien, entonces partamos —dijo, y se volvió, seguido por Timón.

Ahora, sobre los lejanos bordes de la montaña que rodea la planicie de Lhasa, se veían aparecer los primeros y débiles rayos de luz dorada que anunciaban el nacimiento del nuevo día. De pronto, un destello de luz brilló a través de un paso de la alta montaña y por un momento tocó la casa paterna de Timón, situada en el lejano extremo del camino.

—Hasta el día muere, hijo —comentó el lama—; pero a las pocas horas renace convertido en un nuevo día. Así ocurre con todo cuanto existe.

A la puerta los aguardaban tres briosos caballitos, a cuyo cargo no muy firme se hallaba un acólito apenas mayor que Timón.

—Tenemos que cabalgar en estas cosas —susurróle a éste el acólito—. Si no quiere detenerse, tápale los ojos con las manos. —Y agregó patéticamente—: Si así tampoco para, tírate.

El lama montó inmediatamente. El joven acólito le extendió una mano a Timón y luego, con un formidable brinco, saltó sobre su cabalgadura y se echó a andar tras las otras dos, que ya se esfumaban en la oscuridad que aún cubría la tierra.

Dorados rayos de luz aparecían entre los picos de la montaña a medida que el borde superior del sol ganaba el horizonte. La humedad congelada en el aire frío reflejaba una gran variedad de colores y, al incidir en los prismas del hielo, la luz se refractaba mostrando todo el espectro. Sombras gigantescas se proyectaban en el suelo a medida que las tinieblas de la noche cedían al incontenible avance del naciente

día. Los tres viajeros solitarios, meras partículas de polvo en la inmensidad de la tierra yerma, cabalgaban a través de los campos sembrados de guijarros, eludiendo peñascos y hondonadas con mayor facilidad según la claridad iba en paulatino aumento.

Pronto se alcanzó a divisar, de pie junto a una casa aislada, la figura señera de una mujer, que con las manos sobre los ojos a modo de visera, oteaba angustiosamente el camino esperando el auxilio que tanto parecía demorar. Los tres cabalgaban tomando por los senderos más seguros entre el ripio.

—No sé cómo te las has compuesto tan bien, muchacho —le dijo el lama a Timón—. Debe de haber sido un trayecto terrible.

Pero el pobre Timón estaba demasiado asustado y por demás extenuado como para responder. En ese momento, incluso, iba tambaleándose y durmiéndose sobre el lomo del *pony*. Así, pues, los tres prosiguieron la marcha en silencio.

A la puerta de su casa, la mujer se retorcía las manos y sacudía la cabeza con cierta turbación en su actitud de respeto. El lama se apeó del caballo y avanzó hacia la atribulada mujer. Por su parte, el joven acólito se deslizó de su *pony* para acudir en ayuda de Timón, pero ya era demasiado tarde: éste se había caído tan pronto como se detuvo su cabalgadura.

—Venerable lama —prorrumpió con voz trémula la mujer—; mi esposo ya casi no existe. Lo he mantenido consciente, pero me temo que sea muy tarde. ¡Oh! ¿Qué haremos?

—Vamos; indíqueme el camino —ordenó el lama, siguiendo a la mujer, la cual inmediatamente lo condujo al interior.

La casa era oscura. Los vanos se hallaban cubiertos con hule traído de la India remota, pues, como allí no existía el vidrio, servía para suplirlo, si bien deja-

ba pasar una luz extraña a la vez que exhalaba una fragancia peculiar. Una fragancia en que se mezclaba el olor a aceite seco con el del hollín de la siempre humeante lámpara de sebo.

El piso era de tierra bien apisonada, en tanto que las paredes estaban hechas de gruesas piedras unidas entre sí con estiércol de yac. En el centro de la habitación ardía un débil fuego, alimentado también con heces de yac, del cual se desprendía un humo que, a veces, acertaba a escapar por un agujero practicado en el techo con ese propósito.

Contra la pared del fondo, opuesta a la entrada, yacía un bulto que, al primer golpe de vista, se podía tomar por un atado de trapos echados a un lado; pero esa impresión se disipaba debido al rumor que provenía de él. Eran los ronquidos agónicos de un hombre que luchaba por seguir viviendo, los estertores de quien se halla in extremis.

El lama se aproximó y observó a través de la penumbra el cuerpo que yacía en el suelo, un hombre maduro, delgado, marcado por los padecimientos de la vida; un hombre que había vivido conforme a las creencias de sus antepasados, sin tener un solo pensamiento egoísta.

Y ahora estaba allí, jadeando, con el rostro pálido por la falta de oxígeno. Yacía exhalando sus últimos suspiros, luchando por conservar un vestigio de lucidez, porque su fe y las creencias tradicionales decían que su tránsito al otro mundo lo haría mejor con la guía de algún lama experimentado.

Miró hacia arriba y cierto dejo de satisfacción —cierta expresión fugaz— cruzó por su pálido semblante al notar que ya el lama estaba allí. Este se inclinó al lado del moribundo y colocó las manos sobre sus sienes mientras le decía palabras de consuelo. Detrás de él, el joven acólito extrajo prestamente los sahumadores y tomó un poco de incienso

de un paquete. Luego, sacando mecha, pedernal y eslabón de un bolsillo, prendió fuego y sopló hasta producir llama, de modo que pudiera encender el incienso en el momento oportuno.

Aunque más sencillo, no aceptaba el irreverente sistema de acercar el incienso a la ya goteante lámpara de sebo, cosa que habría significado desconsideración hacia el incienso, falta de respeto por el ritual. El incienso debía encenderlo a la manera tradicional, porque él, ese jovencito inquieto, tenía la gran ambición de llegar a ser lama.

El lama, sentado en la posición del loto al lado del moribundo que yacía en el suelo, hizo un movimiento de cabeza al acólito, el cual de inmediato encendió la primera ramita de incienso de manera que la llama tocara sólo la punta de esa primera vara, y después, cuando se puso roja, la sopló y dejó que ahumara.

El lama movió ligeramente las manos para colocarlas en diferente posición sobre la cabeza de aquel hombre, y dijo:

—¡Oh, Espíritu que estás por abandonar ésta, tu envoltura corporal: encendemos la primera vara de incienso para poder llamar tu atención, para poder guiarte, para que puedas seguir la senda mejor entre los peligros que tu desprevenida imaginación te coloque delante!

En el rostro del moribundo asomó una extraordinaria paz. Estaba bañado en sudor, con una tenue capa de humedad; el sudor de la muerte próxima.

El lama le tomó firmemente la cabeza e hizo una leve indicación a su acólito. Este volvió a inclinarse y encendió la segunda rama de incienso; luego sopló hasta extinguir la llama y la dejó que echara humo.

—¡Oh, Espíritu pronto a partir hacia la Gran Realidad, hacia la Verdadera Vida posterior a ésta, el momento de tu liberación ha llegado! ¡Prepárate a

mantener tu atención firmemente puesta en mí, aun en el momento de dejar este tu presente cuerpo, porque es mucho cuanto debo decirte! ¡Escucha!

El lama volvió a inclinarse y le puso sus dedos entrecruzados sobre la coronilla. La respiración estertorosa del moribundo resonó más fuerte y bronca. Su pecho se dilató y volvió a contraerse, y de pronto exhaló un suspiro corto, profundo, casi como si tosiera, y su cuerpo se arqueó hacia arriba hasta apoyarse solamente en la nuca y los talones. Durante un momento que pareció interminable permaneció así, hecho un arco rígido de carne y hueso. Luego, repentinamente, el cuerpo se sacudió, se sacudió hacia arriba hasta quedar a una pulgada, o quizás a dos, del suelo. Después se desplomó, se aflojó como un saco de trigo semivacío que alguien hubiese arrojado a un lado sin miramientos. El último hálito desesperado brotó de sus pulmones y luego el cuerpo se crispó y quedó rígido, pero desde su interior llegó el gorgoteo de los líquidos, el rumor de los órganos y el del aflojamiento de las articulaciones.

El lama hizo un nuevo movimiento de cabeza al acólito, y éste prendió inmediatamente fuego a la tercera rama de incienso y la hizo humear sin llama en el tercer incensario.

—Espíritu que ahora te has liberado de tu sufriente cuerpo, escucha antes de emprender tu travesía; presta atención, porque por tu imperfecto saber, por tus equivocados conceptos, has creado asechanzas que pueden perturbar el sosiego de este tu viaje. Escucha, porque voy a enumerarte los pasos que debes dar y el Camino que debes seguir. Escucha.

Fuera de la pequeña habitación, la brisa matinal comenzaba a levantarse a medida que el escaso calor de los rayos solares que asomaban sobre la cumbre de la montaña empezaba a alterar el frío de la larga noche; de tal manera, ese débil calor de los primeros

rayos hacía que se originaran corrientes de aire provenientes de los lugares fríos y que se formaran pequeños remolinos de tierra que giraban y golpeaban contra las cortinas de hule de las aberturas del cuarto, hasta que en la azorada mujer, que observaba desde el vano de la puerta, se producía casi la impresión de que los Demonios estuviesen golpeando y quisieran llevarse a su marido que ahora yacía muerto frente a ella.

Pensó en la atrocidad de lo que ocurría. Hasta un momento antes había estado casada con un hombre vivo, un hombre que durante años había velado por ella, que le había brindado una seguridad como nunca podría haber en su vida, pero al momento siguiente ese hombre ya estaba muerto, muerto, y yacía ante ella en el piso de tierra de su habitación. Y se preguntó qué sería ahora de ella. Ya nada le quedaba sino un hijo demasiado pequeño para trabajar, demasiado pequeño para ganar dinero, en tanto que ella padecía de una dolencia que a veces se presenta en las mujeres que no han recibido asistencia en el momento de dar a luz. Durante todos los años trascurridos desde el nacimiento de su hijo había tenido que andar arrastrándose.

De rodillas en el suelo, el lama cerró los ojos del cadáver y le puso piedrecillas sobre los párpados para mantenerlos cerrados. Luego le colocó una cinta debajo de la barbilla y la anudó sobre la cabeza para que el maxilar quedase firme y la boca permaneciera cerrada. Hecho esto, a una señal suya se encendió la cuarta rama de incienso que fue cuidadosamente depositada en su braserillo. Ahora ya había cuatro ramas de incienso cuyo humo ascendía casi como si hubiera sido trazado con tiza azul grisáceo, tan rectas eran sus columnas dentro de la habitación poco menos que falta de ventilación y de tiro.

El lama prosiguió:

—¡Oh, Espíritu desprendido del cuerpo que está ante nosotros; ya ha sido encendida la cuarta rama de incienso para atraer tu atención y retenerte aquí mientras hablo, mientras te digo aquello con lo cual has de encontrarte! ¡Oh, Espíritu a punto de extraviarte, atiende a mis palabras para que tus desvíos puedan ser corregidos!

El lama, pensando en la instrucción que había recibido, miró el cadáver con pesar. Pensaba en que era telépata, en su facultad de oír lo inaudible, en que podía ver la aureola del cuerpo humano, esa extraña flama coloreada, multicolor, que gira y se entreteje en torno al cuerpo viviente. Ahora, contemplando ese cuerpo muerto, podía ver la flama casi extinguida. En lugar de los colores del arco iris y aun muchos más, sólo había un remolino azul grisáceo que se oscurecía cada vez más. Empero, al fluir del cuerpo, el azul grisáceo se elevaba aproximadamente sesenta centímetros sobre el cadáver. Había allí una gran actividad, un intenso bullir, y parecía como si una multitud de luciérnagas se lanzasen en derredor, luciérnagas que hubiesen sido adiestradas como soldados y que estuvieran tratando de ocupar posiciones prefijadas. Las diminutas partículas luminosas se movían, se arremolinaban y se entrecruzaban, hasta que al cabo, ante los ojos del lama, ante su tercer ojo, apareció una réplica del cadáver, pero bajo el aspecto de un hombre vivo, de un joven. Todavía era sutil y flotaba desnuda a más o menos sesenta centímetros sobre el cuerpo. Luego, subió y bajó levemente, quizá dos o tres pulgadas en cada movimiento. Volvió a subir y bajar, retomó su posición y bajó y subió otra vez, y paulatinamente los detalles se fueron tornando más claros, el tenue cuerpo fue formándose y adquiriendo mayor sustancia.

El lama se sentó y aguardó a que la luz azul grisácea del cuerpo yacente se tornara más oscura, pero

entretanto la luz multicolor del cuerpo situado más arriba volvióse más fuerte, más sustancial, más vívida. Al fin, tras una súbita ondulación y una sacudida, el cuerpo "fantasma" se enderezó con la cabeza hacia arriba y los pies hacia abajo. Desapareció la ligera unión entre la carne yacente y el espíritu vivo, y éste quedó ya formado y libre de su ex envoltura corporal. Inmediatamente, el cuartucho se llenó del olor de la muerte, el olor extraño, penetrante, del cuerpo que comienza a descomponerse, un olor desagradable que penetraba por la nariz y la colmaba hasta la altura de los ojos.

El joven acólito, sentado detrás de las humeantes ramas de incienso, levantóse prudentemente y se dirigió hacia la puerta. Allí saludó con una ceremoniosa reverencia a la viuda y a su hijo Timón, y gentilmente hizo que se retirasen de la habitación. Cerró la puerta y permaneció de espaldas contra ella un instante, al cabo del cual exclamó para su adentros: "¡Puf! ¡Qué atmósfera! " Después, se dirigió pausadamente a la ventana cubierta de hule y aflojó un extremo para que entrara aire puro. Pero lo que entró fue una formidable ráfaga de viento cargada de arena, que lo dejó escupiendo y tosiendo.

—¡Cierra esa ventana! —exclamó el lama en voz baja aunque furioso.

Con los ojos casi cerrados, el acólito manoteó a ciegas la cortina que se agitaba de un lado a otro y trató de ajustarla nuevamente contra el marco. "¡Vaya! ¡Al menos he respirado un poco de aire puro, mejor que este hedor! ", pensó, y volvió a sentarse en su lugar, detrás de las cuatro ramas de incienso.

El cuerpo yacía inerte en el suelo. En ese momento, de él llegó el gorgoteo de los humores que deja-

ban de fluir y que ya encontraban sus niveles. También se percibieron el rumor y los quejidos de los órganos que iban dejando de vivir, porque el cuerpo no muere inmediatamente, sino por etapas, órgano por órgano. Primero sobreviene la muerte de los centros superiores del cerebro, y después, en ordenada sucesión, la de los demás órganos, que, privados del control cerebral, dejan de funcionar, dejan de elaborar las secreciones o de producir las sustancias necesarias para la supervivencia de ese complejo mecanismo al cual denominamos cuerpo.

A medida que la energía vital se retira, va dejando los confines del cuerpo y reuniéndose en el exterior, formando una masa amorfa exactamente sobre él. Allí se queda suspendida por la atracción magnética en tanto queda aún un resto de vida, mientras todavía hay algún fluir de partículas vitales que van dejando su anterior envoltura. Paulatinamente, a medida que los órganos se van desprendiendo unos tras otros de la energía vital, la forma sutil que flota sobre la envoltura carnal va adquiriendo cada vez un mayor parecido a ésta. Al cabo, cuando ya el parecido es total, la atracción magnética cesa, y el "cuerpo espiritual" flota en libertad, listo para su próxima travesía.

Ahora, el espíritu estaba completo y unido tan sólo por un hilo sumamente débil al cuerpo inerte. Flotaba, confundido y asustado. Nacer a la vida en la tierra es una experiencia traumática. Significa morir para otra forma de existencia. Morir en la tierra significa que el cuerpo espiritual nace de nuevo en otro mundo, en el mundo espiritual, o en uno de ellos. En esos instantes, la forma dudaba, flotaba más arriba y descendía; flotaba y aguardaba las instrucciones telepáticas del lama, cuya vida estaba dedicada por entero a auxiliar a los que dejaban la tierra.

El lama miró atentamente, apelando a sus sentidos telepáticos para calcular la capacidad del espíritu recién liberado y a su tercer ojo para ver realmente su forma. Luego, quebró el silencio con su enseñanza telepática.

—¡Oh, Espíritu recién liberado! —dijo—. ¡Presta atención a mis pensamientos para que tu tránsito pueda así facilitarse! Repara en las instrucciones que voy a darte para que tu camino se allane, pues millones han andado ese camino antes que tú y millones lo andarán.

Aquella entidad vaporosa, que hasta muy poco antes había sido en la tierra un hombre sumamente avisado, se turbó ligeramente y un tinte verdoso y oscuro cubrió su ser. Una leve agitación la recorrió en toda su extensión y luego se apaciguó hasta quedarse quieta. No había, empero, ningún indicio, aunque fuese vago, de que esa entidad estuviese ya en vísperas de despertar del coma del tránsito de la muerte terrenal al nacimiento en el plano del espíritu.

El lama observaba estudiando, calculando, estimando. Al fin, volvió a hablar telepáticamente y dijo:

—¡Oh, Espíritu recién liberado de las ataduras de la carne, escúchame! Encendemos la quinta rama de incienso para atraer tu atención que divaga, a fin de poder guiarte.

El joven acólito había estado rumiando el problema de cómo hacer para largarse a jugar. Hacía un tiempo excelente para remontar cometas. Y si otros andaban por ahí, ¿por qué no él? ¿Por qué tenía él que. . .? Pero en ese momento volvió a prestar atención rápidamente y encendió con premura la quinta rama de incienso, soplando la llama con tal fuerza que, en seguida, la vara comenzó a llamear nuevamente.

El humo ascendió serpenteando y entretejió sus tenues hilos en torno a la figura suavemente ondulante del espíritu que flotaba por encima del cuerpo muerto.

El muchachito volvió a sumirse en sus pensamientos respecto del vuelo de las cometas. "Si le pusiera el cordel un poco más atrás" —conjeturaba—, "le daría un mayor ángulo de ataque contra el aire y subiría más rápido. Pero, si hago eso. . .". Mas sus reflexiones se vieron nuevamente interrumpidas por las palabras del lama.

—¡Oh, Espíritu liberado —entonaba éste—, que tu alma esté alerta! Mucho tiempo hace que te has agostado bajo el peso de las supersticiones propias del ignaro. Te traigo sapiencia. Encendemos la sexta rama de incienso para darte sabiduría, pues debes saber que estás por emprender tu viaje.

El acólito rebuscó frenéticamente en el oscuro piso de tierra la rama que acababa de sacar y masculló una exclamación de las que no se enseñan en el lamasterio cuando sus dedos se encontraron con la mecha encendida, detrás de la cual se hallaba la vara. A toda prisa le prendió fuego y la metió en el incensario.

El lama le echó una mirada de reconvención y prosiguió instruyendo al Difunto Espíritu.

—Tu vida, desde la cuna al sepulcro, se ha enredado con supersticiones y falsos temores. Has de saber que muchas de tus creencias no tienen fundamento. Has de saber que muchos de los demonios que temes que se te aparezcan son fruto de tu propia fantasía. La séptima rama de incienso se enciende para obligarte a que te quedes aquí, de modo de poder instruirte y prepararte adecuadamente para el viaje que tienes por delante.

Como el acólito estaba ya preparado con el incienso encendido y humeante, el lama continuó con sus exhortaciones y sus enseñanzas.

—No somos más que muñecos del Unico que está en lo Alto, puestos sobre la tierra para que El pueda experimentar las cosas de la tierra. Percibimos confusamente nuestra naturaleza inmortal, nuestros vínculos eternos, y al percibirlos tan oscuramente la imaginación trabaja, tememos y buscamos explicaciones.

Calló y observó la vaporosa y silente figura que tenía ante sí. Miró y vio el gradual despertar, el resurgir de la conciencia. Sintió el pánico, la incertidumbre, experimentó la dimensión del choque espantoso del que es arrancado violentamente de en medio de las cosas y lugares familiares. Sintió y comprendió.

El espíritu se inclinó y onduló, luego, el lama continuó:

—Habla con tu pensamiento. Yo captaré esos pensamientos si te recuperas del estupor del choque. *Piensa* que puedes hablarme.

La forma latió y vaciló; las ondas se mecieron a lo largo de ella y luego, como el apagado piar inicial del pájaro que acaba de salir del cascarón, se oyó el lamento de un alma amedrentada.

—Estoy perdido en el yermo —dijo—. Tengo miedo de los demonios que me acosan. Temo que quieran arrastrarme a las regiones profundas y quemarme o congelarme por toda la eternidad.

El lama cloqueó con lástima.

—Por nada te atribulas, Espíritu. ¡Escúchame! Aparta de ti esos vanos temores y escúchame. Préstame atención para que pueda guiarte y proporcionarte alivio.

—Te escucho, santo lama —replicó la forma—, porque tus palabras habrán de serme de provecho.

El lama hizo una indicación de cabeza a su acólito, y éste tomó al punto una ramita de incienso.

—¡Oh, despavorido Espíritu! —salmodió aquél. La octava rama de incienso encendemos para poder guiarte.

El acólito arrimó presuroso la mecha al incienso y, satisfecho del resultado, lo introdujo en el sahumador y preparó otro para cargarlo en el momento oportuno.

—El hombre es en la tierra un ser irreflexivo —prosiguió el lama— que se entrega a creer lo que no es en lugar de lo que es. El hombre está sumamente entregado a la superstición y a las falsas creencias. Tú, Espíritu, temes que los demonios te cerquen. Sin embargo, los demonios no existen, salvo aquellos que ha creado tu fantasía y que se desvanecerán como una bocanada de humo al viento cuando comprendas la verdad. En torno a ti hay sombras insustanciales y carentes de sentido que sólo reflejan tus aterrorizados pensamientos como una tranquila fuente podría reflejar tus facciones si te asomaras a ella. Son sombras engañosas, apenas criaturas de un momento, como son las reflexiones del hombre alcoholizado. No temas: nada hay que pueda dañarte.

El espíritu gimió de terror y dijo, telepáticamente:

—Sin embargo, *veo* demonios; *veo* monstruos que parlotean, que alargan sus garras hacia mí. Quieren devorarme. Veo los rasgos de aquellos a quienes en vida he agraviado y que ahora vienen a pagarme con la misma moneda.

El lama elevó sus manos para bendecir.

—¡Escúchame, oh Espíritu! —dijo—. Mira atentamente al peor de tus supuestos agresores. Míralo severamente y haz un esfuerzo mental para que se aleje. Imagínalo esfumándose en una nubecilla de humo y así se desvanecerá, porque sólo existe en tu afiebrada imaginación. Piénsalo *ya*. ¡Te lo ordeno!

El espíritu se elevó balanceándose. Sus colores refulgieron con toda la gama del espectro y al punto llegó la triunfante exclamación telepática:

—¡Se fue! ¡Se han ido!

La forma onduló expandiéndose y contrayéndose varias veces, como podría hacerlo un ser terrenal que jadease luego de un gran esfuerzo.

—Nada hay de temer, salvo el temor —dijo el lama—. Si nada temes, *nada* puede vulnerarte. Ahora te hablaré de lo que viene a continuación: luego deberás emprender la prolongada etapa de tu travesía hacia la Luz.

El espíritu resplandecía ahora con nuevos colores; veíase que había tomado confianza y que el temor había desaparecido. Así, pues, aguardaba enterarse de lo que aún debía afrontar.

—Ya es el momento —dijo el lama— de que prosigas tu viaje. Cuando te haya dejado, sentirás un poderoso impulso de flotar a la ventura. No te resistas. Las corrientes de la Vida te llevarán a través de torbellinos de niebla. Hórridos rostros te observarán desde la oscuridad, mas no les temas: a una orden tuya se irán. Conserva puros tus pensamientos, calmo tu semblante. Pronto llegarás a un delicioso prado, donde habrás de experimentar la alegría de vivir. Acudirán a ti fraternales asistentes que te darán la bienvenida. No temas. Respóndeles, pues a nadie encontrarás allí que quiera hacerte daño.

La forma se mecía suavemente mientras escuchaba las advertencias.

—Luego te conducirán amistosamente al Salón de las Memorias —prosiguió el lama—, lugar éste que constituye el repositorio de todo conocimiento, donde todo acto, bueno o malo, ejecutado por las personas, queda registrado. Entrarás en el Salón de las Memorias y sólo tú verás tu vida tal como fue y tal como debería haber sido. Tú, y nadie más que

tú, juzgarás del acierto o desacierto de tus acciones. No hay ningún otro juicio, así como tampoco hay infierno, salvo el que puedan imponerte tus remordimientos. No hay condenación eterna ni tormentos. Si tu vida ha sido equivocada, tú, tú sólo podrás decidir tu posterior retorno a la vida terrena para realizar un nuevo intento.

Calló el lama e hizo una indicación al acólito, el cual de inmediato tomó la última rama de incienso.

—¡Oh, Espíritu que ya has sido aleccionado! —continuó—. ¡Emprende tu tránsito! ¡Viaja en paz! Viaja sabiendo que nada tienes que temer que no sea al temor mismo. ¡Anda!

Lentamente, el espíritu se elevó; se detuvo un momento para echar una última mirada a la habitación y luego atravesó el cielo raso hasta que se esfumó. El lama y su acólito se pusieron de pie, y, cuando hubieron recogido sus elementos, abandonaron a su vez el cuarto.

Más tarde, cuando el sol alcanzaba ya el cenit, una figura harapienta se aproximó a la casucha y entró. A poco volvió a salir llevando sobre los hombros la forma cubierta de vendajes que constituía los despojos mortales del padre de Timón. Luego, se encaminó por el sendero pedregoso para trasportar aquel cuerpo al lugar en que debían desmembrarlo y seccionarlo de modo que los buitres pudieran devorar sus restos y, con el trascurrir del tiempo, retornasen trasformados a la Madre Tierra.

CAPITULO III

—¡Ja, ja, ja!

La estruendosa carcajada resonó en la habitación, y el joven delgado, inclinado en su asiento y de espaldas a quien así se reía, dio un repullo como si le hubiesen dado un empellón.

—¡Eh, Juss! —gruñó aquella voz—. ¿Has leído esto?

Justin Towne cubrió cuidadosamente el órgano portátil que estaba pulsando con tanta suavidad, y se puso de pie.

—¿Si leí qué? —preguntó disgustado.

Con una amplia sonrisa, Dennis Dollywogga agitó un libro sobre su cabeza.

—¡Toma! —exclamó—. Este tipo piensa que todos los homosexuales somos enfermos. Dice que tenemos trastornos glandulares y que somos una mezcla de hombre y mujer. ¡Ja, ja, ja!

Justin se acercó parsimoniosamente y tomó el libro que le extendía su amigo. Estaba abierto en la página noventa y nueve y debido a que aquél lo había doblado excesivamente en su arranque de hilaridad, la unión del lomo se había roto.

Dennis observó por encima del hombro de su compañero y con un dedo largo y afilado señaló el pasaje exacto.

—¡Ahí! —dijo—. Empieza ahí. Léelo en voz alta, Juss; el tipo éste debe de ser un perfecto ingenuo.

Se acercó a una poltrona y se echó muellemente con un brazo apoyado al descuido en el respaldo.

Justin limpió los cristales de sus anteojos, se los volvió a calar y, luego de doblar el pañuelo y ponérelo en la manga, tomó el libro y leyó:

> En el trasiego que supone el paso del mundo astral a este otro que llamamos Tierra, se producen confusiones. Nacer es una experiencia traumática, un acontecimiento sumamente brusco; de manera que es fácil que algún mecanismo muy delicado se altere. Por ejemplo: un niño debe nacer, pero como durante la gestación la madre no se ha preocupado mucho por su alimentación ni por sus actividades el niño no ha recibido lo que podríamos llamar un aporte químico balanceado. Es decir, el niño puede estar falto de algún componente químico y de este modo haberse desarrollado defectuosamente ciertas glándulas. Digamos que la criatura debía nacer mujer, pero, por la carencia de determinados factores químicos, nace varón; varón con inclinaciones femeninas.
>
> Los padres, al advertir que han dado vida a una pobre criaturita afeminada y que la han expuesto a excesivos mimos o cosa parecida, tal vez deseen inculcarle cierto discernimiento para que, de un modo o de otro, se vuelva más varonil; pero de nada servirá. Si las glándulas funcionan mal, a pesar de los atributos masculinos, el nuevo ser seguirá siendo mujer en cuerpo de varón.
>
> En la pubertad, es posible que el joven no se desarrolle normalmente o que continúe desarrollándose en el aspecto exterior. Pero, ya en la escuela, bien puede evidenciarse como un flojo, sin que al pobre le sea posible evitarlo.
>
> Al alcanzar la edad adulta, se encuentra con que no puede "hacer las cosas que vienen naturalmente" y que, en cambio, lo atraen los muchachos, los hombres. Esto sucede, evidentemente, porque todos sus deseos son los deseos propios de la mujer. Su psique en sí misma es femenina, aun cuando por una desdichada serie de circunstancias esa femineidad haya sido provista con atributos masculinos, que no le sirven de mucho, pero que están a la vista.
>
> En consecuencia, el varón se trasforma entonces en lo que solía llamarse "ninfo", y tiene tendencias homosexuales. Cuanto más femenina es su psique, más fuertes son esas inclinaciones.

Si una mujer tiene psique masculina, no le interesan los hombres sino las mujeres, porque esa psique, que está más próxima al Superyó que el cuerpo físico, retrasmite mensajes confusos a ese Superyó, el cual devuelve la orden: "Manos a la obra; haz lo que te corresponde". Esa pobre y desventurada psique masculina siente repulsión, por supuesto, sólo de pensar en "hacer lo que le corresponde" con un hombre, de suerte que todo su interés se concentra en la mujer; y así nos encontramos con el espectáculo de una mujer que le hace el amor a otra y a la cual denominamos *lesbiana*, calificativo tomado de una isla griega donde eso solía ser un hecho común.

Carece totalmente de sentido condenar a los homosexuales, pues no se trata de bribones; hay que considerarlos, en cambio, como gente enferma, como personas que padecen trastornos glandulares. De manera que, si la medicina y los médicos se tomaran más interés, podrían hacer algo respecto de tales deficiencias.

Después de mis últimas experiencias personales, cada vez me convenzo más de que los médicos occidentales son un despreciable hatajo de anormales a quienes sólo interesa hacerse rápidamente de dinero. Pero, por inenarrablemente deplorables que hayan sido esas experiencias mías, no estoy hablando ahora de mí sino de los homosexuales.

Si una lesbiana (mujer) o un homosexual (varón) acierta a encontrar un médico consciente, éste puede recetarle extractos de glándulas que ciertamente mejoran mucho esos estados y tornan llevadera la vida; pero, por desgracia, con la actual abundancia de médicos que sólo parecen dispuestos a hacer dinero, hoy es preciso buscar mucho para hallar uno bueno. Pero es inútil que se condene a los homosexuales, porque la culpa no es de ellos. Es gente muy desdichada que vive en estado de confusión, que no sabe qué pudo haberle sucedido y que no puede sustraerse de lo que, en definitiva, es el impulso más poderoso del hombre y la mujer: el instinto de la reproducción.

Los atrofiadores del cerebro, alias psicólogos, no sirven realmente de mucho, pues les lleva años hacer lo que cualquier persona corriente podría hacer en unos pocos días. Si se explica claramente a los homosexuales que lo que tienen es un desequilibrio glandular, por lo general logran regularlo. Por eso, las leyes vienen modificándose para adaptarlas a tales casos, en lugar de alentar que se los someta a una despiadada persecución y a encarcelamiento por lo que en rigor de verdad es una enfermedad.

Hay varias maneras de prestar asistencia a esa gente. La primera consiste en que alguna persona muy entendida y bastante mayor, de profundos sentimientos caritativos por el que sufre, le explique con exactitud de qué se trata. La segunda es igual que la anterior, pero con el agregado de que al paciente hay que suministrarle algún medicamento que suprima la necesidad, el deseo sexual. La tercera requiere, también, que se expliquen las cosas y que un buen médico recete las inyecciones de hormonas o testosterona que le permitan alcanzar definitivamente al organismo su acomodación sexual.

Lo fundamental es que nunca, se debe condenar al homosexual, puesto que es inocente. Se lo castiga por algo que no ha hecho, por un error de la naturaleza; porque quizá su madre tuvo una dieta inadecuada, o porque tal vez madre e hijo eran químicamente incompatibles. Como quiera que sea, y de cualquier modo que se lo considere, sólo es posible hacer algo por los homosexuales si se los trata con verdadera comprensión y simpatía y, posiblemente, con una medicación adecuada.

Concluida la lectura, Justin preguntó:

—¿Qué libro es éste? —Luego, cerrando de golpe la tapa, leyó—: Lobsang Rampa, *Avivando la llama*. —Y agregó ásperamente—: ¡Vaya si avivará la llama si nos ataca!

—¿Y, Juss? ¿Qué te parece? —preguntó Dennis ansiosamente—. ¿Hay algo en todo eso o sólo son cosas de un tipo que habla porque nos detesta? ¿Qué piensas tú, eh, Juss?

Justin se alisó prolijamente el labio superior donde el bigote brillaba por su ausencia, y respondió en voz un tanto alta:

—Digo yo, este tipo, ¿no es un ex monje o algo por el estilo? Quizá no conozca siquiera la diferencia que existe entre un hombre y una mujer.

Se sentaron juntos en la poltrona y se pusieron a repasar las páginas del libro.

—Sin embargo, muchas de las cosas que dice aquí parecen acertadas —reflexionó Justin Towne.

—Entonces, ¿cómo es que está tan equivocado acerca de nosotros? —inquirió Dennis Dollywogga. Pero, en ese momento, éste tuvo una idea verdaderamente brillante que le iluminó el rostro.

—¿Por qué no le escribes y le dices que está totalmente equivocado? A ver; ¿figura su dirección en el libro? ¿No? Entonces me imagino que se le podrá escribir a la dirección de la editorial. Escribámosle, Juss, ¿eh?

Así, pues, vino a acontecer que, cuando el tiempo estuvo en sazón —como se dice en los mejores ambientes—, el autor Rampa recibió carta de un caballero que le aseguraba que él no sabía un ápice de homosexuales. De manera que, luego de analizar punto por punto las duras manifestaciones acerca de su sano juicio, de sus ideas, etcétera, el autor envió a su corresponsal la siguiente invitación: "Le concedo que es poco lo que conozco respecto de relaciones sexuales, a pesar de lo cual insisto en la exactitud de mis observaciones; sin embargo, envíeme usted su opinión referente a la homosexualidad y veré que mi editor, siempre que se atreva y lo tenga a bien, me permita publicar su carta o artículo en mi decimotercer libro".

Al recibir la carta, dos cabezas se juntaron y cuatro ojos se posaron ávidamente sobre ella.

—¡Cáspita! —resolló Dennis Dollywogga, atónito—. El tipo nos ha devuelto la pelota. Y, ahora, ¿qué hacemos?

Justin Towne tomó aliento y contrajo el estómago.

—¿Qué hacemos? —preguntó con voz trémula—. La respuesta se la escribirás tú; eso es lo que harás, ya que la idea ha sido tuya.

Hubo un momento de silencio. Al fin, ambos partieron hacia lo que debía ser su ocupación, si bien

en la práctica se convirtió en un devanarse los sesos en horas de trabajo.

Las manecillas del reloj giraban lentamente entorno a la esfera, hasta que finalmente llegó el momento de abandonar el trabajo y volver a la brega.

El primero en llegar a su casa fue Dennis, seguido a poco por Justin.

—¡Juss! —musitó aquél mientras mascaba el último bocado de hamburguesa—. Juss; en nuestra unión, tú eres la inteligencia y yo la fuerza. ¿Qué te parece si escribes algo tú? ¡Caramba! He estado pensando en esto todo el día y no he podido trazar una sola línea.

De modo, pues, que Justin se sentó a la máquina y en un abrir y cerrar de ojos escribió la respuesta.

—¡Ma-ra-vi-llo-so! —exclamó Dennis paladeando cada sílaba, después de leerla detenidamente—. ¡Qué te parece! —Y, luego que hubieron doblado las hojas con cuidado, salió a despachar la carta por correo.

Los servicios postales del Canadá jamás habrían logrado establecer una marca de velocidad, ya sea por los paros, las huelgas de brazos caídos, el trabajo a desgano o el trabajo a reglamento, pero de todas maneras, antes que el papel criara moho, el autor se encontró un día con el envío en su apartado postal, junto con otras sesenta y nueve cartas. Revisándolas, dio finalmente con esa pieza especial cuyo sobre rasgó para ponerse a leer de inmediato su contenido; al cabo, lanzó una interjección que puede interpretarse como: "Bien; publicaré todo, carta y artículo, para que la gente conozca el problema directamente por boca del interesado".

Más tarde, el autor leyó de nuevo la carta y el artículo, y volviéndose a Miss Cleopatra, su gata siamesa, comentó:

—Y bien, Cleo. En mi opinión, esto justifica *absolutamente* lo que escribí antes. A ti, ¿qué te parece?

—Pero Miss Cleopatra tenía la cabeza en otra parte; pensaba en comer. De manera que el autor se concretó a preparar la carta y el artículo para entregárselos al editor, y he aquí el contenido de ambos, para que lo leáis.

Estimado Dr. Rampa:

Al enviarle un trabajo sin terminar, quiebro, por decirlo así, una costumbre mía. Con ello quiero significarle que se trata de mi primer escrito, fruto de mi pensamiento. No responde exactamente a lo que he querido decir, pero por alguna razón me parece importante que se lo envíe. Cuando usted vea que no sé expresarme y que conozco poca gramática, tal vez lo tire disgustado; pero no le reprocharía nada por eso ni me enojaría.

No siempre digo bien lo que he querido hacer entender, y, si bien pensé que, si hubiera tenido tiempo, lo habría corregido y vuelto a escribir una y otra vez hasta dejarlo lo mejor posible, tal vez pueda servir de algo tal como está.

Algunas de las cosas que quise verdaderamente decir son: que muchos homosexuales no son los mariquitas que se ven por las calles, no son los que médicos y psiquíatras analizan en sus escritos, porque ésos son los emocionalmente perturbados.

Como buscavida he trabajado en ciudades, en granjas, en rodeos, etc., y conozco homosexuales en todas partes que son tan normales como las medialunas, por decirlo así. O sea, que pueden ser muy varoniles, que pueden pensar y obrar como hombres y que no piensan ni actúan como mujeres ni tienen ninguno de los caracteres femeninos que tantos heterosexuales parecen pensar que tienen.

Quise poner de relieve el hogar, el papel importante que el homosexual podría desempeñar en el mundo si se lo quitara de encima y no lo lamentara. Yo no creo en ciertas cosas como esa "alegre liberación" que todos los jóvenes de hoy piensan que hay que considerar importante, sino en seguir adelante y hacer bien lo que a uno le corresponde, con las herramientas que se tienen (o sea con sus propias dotes, etc.).

Traté de señalar también que en mi caso yo provengo de un hogar perfectamente normal, sin dependencias que me hicieran un perturbado emocional; y que realmente

nadie sabe ni supone que yo sea un "alegre", a menos que yo quiera decirlo. . . No me avergüenzo de ello en modo alguno ni me parece que a nadie debe importarle más que si soy demócrata o republicano, cristiano u hotentote. También sé que tengo más suerte que muchos porque toda la gente en seguida quiere abrirme su corazón y de ese modo he aprendido mucho, muchísimo sobre los sentimientos de las personas.

Ahora bien, en cuanto a la publicación, puede usted disponer de la totalidad o de cualquiera de las partes de este artículo que usted desee; puede redactar, cambiar, corregir o suprimir a su criterio, o puede tirarlo al cesto si no le sirve, que no me ofenderé. Si le hace falta un nombre, puede poner "Justin"; y si por una REMOTA casualidad (porque no me hago ilusiones al respecto) quisiera usted utilizar TODO O PARTE DE ESTO, Y SI TUVIERA (perdón por las mayúsculas) que dar mis señas a alguien que honradamente quisiera plantearme algo en favor o en contra, no tendría inconveniente en escribirle, pero, como no tengo número de casilla de correo particular, tendría que poder escribirle yo primero. Siempre parece que sin responsabilidad de mi parte, como por predestinación, la gente me encontrase de pronto y fuera como si yo tuviera la misión de ayudar. . . Incluso ahora, estoy ayudando a una cantidad de personas, pero no de mi misma clase, por decirlo así.

Bien; me parece que nada más. . . Me gustaría escribir algún día un libro sobre mi vida, lo mismo que les gustaría hacer a tantos otros, porque eso parece estimular a mucha gente a juzgar con más rigor; pero quizás lo haga cuando tenga más años. En la actualidad estoy muy ocupado atendiendo un trabajo, una casa y haciendo muchas cosas agradables, la jardinería, por ejemplo, me gusta mucho. Tenemos un lugarcito de terreno con espacios agrestes y mucho trabajo. Me gustaría que pudiera usted visitarlo; creo que le agradaría.

Con los mejores deseos para usted y sus proyectos, salúdalo sinceramente

JUSTIN.

Todo el mundo sabe que las características de cada individuo respecto de las de los demás son tan variadas como las estrellas del firmamento o las arenas de la playa. Nadie duda, creo, que eso es lo que hace que el mundo sea lo que es, lo que hace que haya hombres admirables y hombres insignificantes, lo que produce la grandeza y el

derrumbe de las naciones y lo que genera la atracción y la repulsión entre una persona y otra. Para mayor claridad convengamos en que las *características* del mundo abarcan todos los rasgos, maneras, valores y debilidades individuales, los defectos, las virtudes y, en general, la suma total de lo que hace que cada individuo sea diferente de todos los demás individuos. Algunas de esas características las traemos en el momento de nacer, ya sea porque las hemos adquirido en vidas anteriores o por haberlas elegido por necesarias para auxiliarnos en esta vida a fin de llegar a ser una persona más completa. De manera que, también, algunas de tales características han sido adquiridas en el transcurso de esta vida.

Según las épocas y lugares, las sociedades consideran buenas o malas distintas características, es decir, convenientes o perjudiciales o meramente demasiado comunes como para tenerlas en cuenta, conforme a los puntos de vista y necesidades particulares de cada sociedad específica. Pero no nos ocupemos de las sociedades en particular; fijémonos en cambio en las enseñanzas de todas las grandes religiones, esto es, en que cada hombre viene a la tierra expresamente para aprender y experimentar determinadas cosas, que viene a la tierra y elige deliberadamente aquellas características que sólo él necesita para su propio desenvolvimiento. Este enfoque nos permite mirar a los hombres con mayor comprensión, con más tolerancia, y le confiere más significación a la sentencia: *No juzgues, si no quieres ser juzgado*. Esto no quiere decir que la vida del hombre esté enteramente predestinada, porque su albedrío puede rebasar el poder de sus características individuales innatas y optar por utilizar o desdeñar a voluntad esas condiciones connaturales.

De las muchas características que el hombre posee, las de naturaleza emotiva parecen ser por lo común las más poderosas. Entre éstas se cuentan, en parte, sus gustos y aversiones, sus deseos y sus afectos, etc. De ellos, sus afectos, o sea, esa relación emocional que se produce por sus amores y sus odios y por quienes lo rodean, desempeñan un papel extremadamente importante en su desarrollo en todos los demás aspectos de su evolución. Por ejemplo, un hombre puede amar el trabajo que ha elegido hasta tal extremo que todas las demás experiencias de la vida queden a un lado. Puede amar a su familia a tal punto que sacrifique su propia evolución a fin de asegurarle sus deseos y necesidades. Por el mismo impulso afectivo, el

hombre puede odiar hasta el extremo de consumir todas sus energías en procura de eliminar lo que odia, olvidando por completo todo aquello que tenía la misión de realizar. Ahora bien, esto es particularmente cierto en cuanto a sus amores y sus odios hacia otro individuo; pero, cuando a estas características emocionales se agrega la más perjudicial de todas, la del miedo, pueden ocurrir todos los estragos, puede perderse el raciocinio y puede sobrevenir un desastre total. Por ejemplo, un amante descubre de pronto que su amada tiene evidentemente otro pretendiente que al parecer está ganando la batalla. Su amor por ella se torna repentinamente aún más intenso, su temor de perderla magnifica su aversión hacia el competidor y, si no se domina, puede hasta olvidar su lucha por conquistar el amor de ella y concentrarse solamente en eliminar a su antagonista por la calumnia, el engaño y por muchos otros recursos todavía más terminantes. O puede ser que acumule y gaste todas sus energías en compadecerse a sí mismo, sin que con ello deje de volcar secretamente sus temores y sus odios contra su adversario, lo cual a su vez le insume todas sus energías, de suerte que muy a menudo se resienten su trabajo, su salud, su felicidad y generalmente se altera todo su desarrollo.

De manera, pues, que el amor y el temor, y sus contrapartidas, el odio y el entendimiento (porque no hay hombre que tema lo que comprende perfectamente), son las más fuertes de todas las características humanas. Nunca se manifiestan con más fuerza que en las creencias religiosas, las convicciones políticas y en los afectos personales. Las culturas, los gobiernos, las ciudades, las poblaciones y los pequeños grupos, todos se guían y se rigen por sus actitudes respecto de estas características predominantes.

Consideremos lo que es particularmente caro e importante para casi todos los seres humanos: Su amor personal hacia otra persona y sus efectos sobre los demás. *El amor es ciego, En amor, todos los gustos son buenos* y *El amor todo lo puede* son sentencias muy válidas. . . Juan y María se enamoran y se casan contra la voluntad de sus familias y de esta manera cada miembro de ellas puede hacer que toda la vida sea de desdichas y antagonismos. Pero no nos ocupemos de casos individuales sino de una diferencia universal y más notable. Tomemos la diferencia entre el heterosexual y el homosexual. El heterosexual (varón o hembra) nace en un mundo que parece desenvolverse por pura necesidad de manera hetero-

sexual... De más está decir que ésta es la forma normal para la procreación, etc. Por ello, el heterosexual no alcanza a entender la manera de razonar del homosexual. Hay quienes piensan que éste es un ser degenerado, lascivo, incapaz de dominar sus apetitos; otros lo consideran un enfermo, etc. Existen centenares de libros sobre la materia, la mayor parte escritos por psiquíatras que opinan que los homosexuales son disminuidos mentales, o por médicos que estiman que habría que cambiarles ciertos sistemas o aplicarles coadyuvantes médicos para modificarlos; y unas pocas obras escritas por homosexuales que tratan de defenderse desesperadamente y de justificar algo su a veces desdichada existencia. Por desgracia, debido a que las susceptibilidades se propagan grandemente entre la mayoría de los heterosexuales ignorantes, no puede haber una nómina de quién es quién en el mundo del homosexual... Empero, para quien está informado, la lista es sumamente extensa. Como ocurre con todos los conjuntos de personas, podemos subdividir y clasificar a los homosexuales en tres grupos principales. El primero comprende a los que se mencionan en *Avivando la llama*, es decir a los que por una contingencia en el nacimiento resultan ser como son. El segundo abarca a los que después de nacer tienen intensos problemas emocionales y se vuelcan a la homosexualidad para resolverlos o mitigarlos. Estos son los grupos sobre los cuales escriben los médicos y los psiquíatras. Sin embargo, ambos son muy pequeños con relación al tercero y el más importante de ellos. En este grupo se encuentran los individuos que posiblemente no podrían aprender todo lo que deben sin ser homosexuales. En otras palabras, son los que optan por venir a este mundo, en esta vida, como homosexuales.

Antes de entrar en esto, reparemos en el hecho de que en el mundo hay millones de homosexuales, hombres y mujeres, y que algunos de los más preclaros también lo han sido... No obstante, el común de la gente no tiene idea de que entre sus amigos, héroes y líderes haya tantos que no tienen la misma manera de pensar que ella. En ciertas ciudades del Oeste el porcentaje se eleva al diez por ciento, e incluso hay estadísticas que arrojan cifras más altas. En las zonas rurales, el porcentaje parece ser menor, debido, por lo general, a que, como la mujer o el hombre homosexual joven deben buscar al de su misma condición y todo el mundo se conoce perfectamente en las comunidades pequeñas, a la persona le resulta violento

permanecer en una región hostil. El común de las personas cree que puede distinguir en cualquier momento y en cualquier lugar al homosexual, pero no es verdad; ni siquiera es verdad entre los homosexuales. Hay miles de hombres y mujeres casados y felices, con muy lindos hijos, que son homosexuales y que pueden o no "ejercer" activamente, como les gusta decir a los psiquíatras. También es falso que el homosexual no pueda tener relaciones con el sexo opuesto (si bien toda regla tiene siempre sus excepciones). El homosexual no tiene generalmente contactos con el sexo opuesto porque no existe atracción ni interés, sino que se siente más bien como hermano, o hermana, respecto de éste. . . o, lisa y llanamente, amigo. Pocos homosexuales encontrará usted que no hayan tenido contactos con el sexo contrario, porque durante el crecimiento atraviesan por un gran atolladero al aceptar el hecho de que deciden ser lo que son. . .; de modo que sienten la necesidad de probarse, al menos, que podrían si lo desearan. . . y al mismo tiempo demostrarse que están en lo cierto en lo que hacen. . . Físicamente, puede ser agradable; pero sin esa "rectitud" emocional es desacertado y constituye una pérdida de tiempo, lo mismo que es perder el tiempo jugar al fútbol si a uno no le gusta. Entre los homosexuales hay muchos individuos muy susceptibles, que *suelen tener un rígido sentido* de la moralidad y que no andan de una cama a otra (excepto cuando jóvenes, lo cual también se aplica al mundo de los heterosexuales. . .). Por lo contrario, se hallan en la eterna búsqueda de un amante permanente. . . Una vez hallado, la vida de la pareja no es diferente de la de los heterosexuales.

¿Por qué puede ocurrir que alguien opte por nacer homosexual? Porque, contrariamente a lo que sucede con los otros grupos, pueden aprenderse ciertas cosas. Si uno decide nacer negro en un país de blancos, o blanco en una población negra, puede aprender cómo es sentirse en un grupo minoritario y saber y experimentar cosas, etc., que no podría saber ni experimentar como individuo perteneciente a las masas de esos conglomerados. Lo mismo pasa con el homosexual, salvo que éste tiene una serie totalmente diferente de problemas que resolver. . . Por ejemplo, pueden meterlo en la cárcel (en algunas partes) por el mero hecho de ser como es, puede perder su empleo, pueden echarlo de la ciudad y puede verse expuesto a toda una cantidad de situaciones desagradables

debido a la gran ignorancia del mundo heterosexual. Ese torpe mundo heterosexual estima que es justo porque para él tal persona atenta contra las leyes de los hombres y contra la ley de Dios... Sin embargo, permítaseme decir aquí muy categóricamente que: 1) si fuera por voluntad de Dios que él sea como es, ¿cómo puede ser contra Su voluntad? ; 2) contrariamente a lo que cree la mayoría, *ningún* hombre puede *hacerse* homosexual si no lo es, así como tampoco ningún hombre puede trasformarse en heterosexual si no lo es. En verdad, todo hombre o mujer puede intentar cualquier cosa... Incluso puede hacerlo durante un breve lapso, como lo evidencian el buscavidas y las prostitutas que hacen cualquier cosa por dinero, pero no es de éstos de quienes estamos hablando... Ninguna madre ni ningún padre tienen por qué temer que su hijo o su hija vayan a convertirse de pronto en otra cosa... Yo, que llevo mucho tiempo vivido y cuya existencia es la de homosexual, he pasado gran parte de esta vida investigando este verdadero problema con el novicio. Pero más todavía después... Sin embargo, jamás he visto ninguna conversión feliz ni permanente de una cosa en la otra. Si no existe el "milagro" que atrae a un ser humano hacia otro, nadie puede hacer que surja. Si se pudiera, no habría casi homosexuales en el mundo, porque el tormento por el cual atraviesan durante su evolución es tan intenso, que darían cualquier cosa para que se produjese ese milagro. No obstante, hay en todo eso un lado mucho más feliz, y es que el homosexual puede aprender, evolucionar y realizar cosas que posiblemente no podría aprender de otra manera.

Para el homosexual corriente, una vez que se acepta a sí mismo con plena conciencia, el mayor don que recibe es la comprensión... Ha adquirido a través de sus propias experiencias vitales una profunda sensibilidad respecto de los sentimientos de los demás y habitualmente tiene un sentido moral muy estricto debido al extraordinario espíritu indagador que se necesita para aceptarse a sí mismo en tales condiciones. De esa manera le es posible hacer mucho bien en este mundo porque ha aprendido la necesidad de la discreción, la necesidad de la verdad, la necesidad de tener una mente vivaz, la capacidad de captar rápida y exactamente a la gente y de comprender inmediatamente una situación. En último análisis, su vida entera ha dependido de esa capacidad. Así, pues, los grandes líderes, guerreros, hombres de negocios, médicos y

todos los campos de actividad de la tierra cuentan con el concurso de los dones del homosexual. El homosexual suele poseer grandes dotes o aptitudes artísticas y estéticas, en cuyo caso resultan ser escritores, músicos, artistas. Por lo general son personas compasivas, de acendrado amor hacia toda la gente, por lo cual su acción reconfortante es notable.

Como consecuencia de todas estas ventajas, más el hecho de ser (si así lo desean) indescubribles, pueden viajar por el mundo como cualquier otra persona, y hacer mucho bien, sin impedimentos, como tal vez podría tenerlos un hombre con algún defecto físico o mental de nacimiento, que podría hacer que la gente le rehuyese. Es decir; si el homosexual quiere, puede trazarse muchos objetivos en su camino.

En cuánto a la crónica, también, la tasa de delincuencia entre los homosexuales es muy baja, pues son tolerantes y no tienen propensión a la violencia física, de modo que es muy raro oír hablar de violaciones dentro de su mundo. De seducción, quizá; pero, aun así, eso es raro en comparación con el mundo de los heterosexuales, sobre todo porque el homosexual tiene una gran necesidad de amar y ser amado, lo cual no cuenta en la violación ni en la seducción forzada. En general, el homosexual no es el ruin libertino que tantos heterosexuales desavisados creen que es. Ello ocurre, muy a menudo, sólo porque éstos no pueden concebir que alguien pueda amar a otra persona de su mismo sexo. Sin embargo, podemos enfocar esto de otra manera. En algunas encarnaciones es necesario nacer como mujer para aprender ciertas cosas, y la vez siguiente se puede nacer varón. Es decir, lo que cuenta es la persona y no el cuerpo físico que ocupa. Bien sabido es que los sentidos físicos hacen comúnmente que haya atracción entre los sexos opuestos a fin de que la población del mundo no sufra una detención brusca; pero, por los mismos medios, solemos sentirnos atraídos hacia las gentes que constituyen el complemento de nuestra personalidad y que percibimos que podrán ayudarnos en el camino de la vida del mismo modo que nosotros podremos prestarles nuestro apoyo. . . Y eso es lo que hace el homosexual.

Quizá, si le refiero sucintamente algo acerca de mí mismo, pueda usted apreciar más fácilmente este punto de vista.

Nací en una pequeña población de California, de padres perfectos. Eramos sumamente pobres, es verdad; pero nuestra extraordinaria madre, cristiana devota, jamás permitió que nos sintiéramos ni nos imagináramos ser "pobres". Eramos ricos y muy afortunados, porque, en resumidas cuentas, cuando llovía, ¿quién podía echar a navegar barquitos por el piso del cuarto de estar mientras la madre leía emocionantes historias marinas? ¿Quién tenía un padre que saliese con su rifle al anochecer y al cabo de una hora trajese a su casa un conejo fresco, en lugar de tener que comer carne común comprada en la carnicería? Eramos unos niños afortunados, los tres, además de felices. Educada en una escuela mixta de misioneros, el deseo más ferviente de mi madre era que alguno de nosotros entrara en una orden religiosa. Hacia los cinco años de edad, me di cuenta de que mi hermano y yo teníamos ideas diferentes sobre la importancia de las chicas. Dos años más tarde supe que nada me resultaba más atractivo y agradable que estar en compañía de muchachos y de hombres. La belleza física del varón me maravillaba y, ya a esa edad, era importante para mí mirar a los muchachos, y eso que era uno más entre ellos (quiero decir que participaba en sus correrías y me unía a ellos); pero siempre me daba cuenta de que la razón que yo tenía para que me gustaran era distinta de la que tenían ellos para que les agradara yo. Para ellos, yo sólo era uno más; para mí, ellos eran algo muy especial, aun cuando no estaba del todo seguro por qué. . . Comprendía que las chicas se deshicieran por ellos, pero las compadecía porque nunca podrían ser un muchacho como yo y ser ellas al mismo tiempo. Jamás quise ser una chica. Naturalmente, como jóvenes que éramos, experimentábamos con nuestras cosas, una vez que supimos que había algo más de lo que originariamente saltaba a la vista. Así noté nuevamente que yo era distinto debido a la manera en que me "sentía" acerca de eso. Y aun entonces siempre me sentía disgustado al saber que para el otro muchacho la experiencia no significaba nada. . ., porque, para mí, era algo tan espiritual como la religión. Eso me preocupaba porque tanto las queridas y santas monjas como la Iglesia enseñaban que todo eso era muy malo, sin duda; de suerte que yo ofrecía misas, plegarias, velas, obras y toda clase de cosas, pidiendo ser como los demás. No porque yo lo quisiera, pero tantas personas me habían dicho que estaba equivocado. . . No con tantas palabras,

por supuesto, porque yo sabía que no podía atreverme a decirles realmente cómo me sentía. Siempre he sabido escuchar a los demás, de manera que podía entenderlos mejor, y yo sabía.

A los trece años me aceptaron en un monasterio, donde yo pensaba dar gusto a mi madre haciéndome monje. Sin embargo, me di cuenta de que estaba equivocado y al cabo de un año y medio me fui. Me vi entonces abandonado a mi propia suerte, porque mi familia me hizo saber que no podía mantenerme. Eso fue desalentador. Significaba que no tendría que ir a la escuela a menos que yo quisiera, porque debería trabajar, y como, por supuesto, yo era un muchacho de salud normal, no quería concurrir al colegio (de todos modos nunca había sido demasiado bueno en él). Cuando salí de la gran urbe para buscar fortuna, por un momento estuve a punto de ser marinero y echarme a navegar por los siete mares, incluso llegué a introducirme como polizón en un barco, pero el sentido común (o el miedo) me obligó a salir antes que zarpara. Entonces se me ocurrió por un instante que podía ir a Arizona a pelear contra los indios y los forajidos. Me gustaban los caballos y me daba maña con ellos, de modo que podía servir en la partida; pero la idea de cazar hombres con quienes podía simpatizar me apartó de llevar a cabo tal empresa. Como tenía un temperamento aventurero, estaba en constante movimiento, en la búsqueda de algún amigo especial y de nuevos descubrimientos. Al llegar a los dieciséis años había aprendido tres cosas muy importantes. Primero, todos los hombres, mujeres y niños se sentían de alguna manera atraídos hacia mí. Además, todos contaban conmigo y me hacían su confidente, y así yo era como una estación receptora y debía reconfortar a casi todos aquellos con los que me encontraba. Esto me llevó a casi todas las clases sociales, por lo cual entre mis amigos (algunos de los cuales todavía lo son) había adinerados, pobres, ladrones y sacerdotes.

En segundo lugar, me enteré de que era homosexual. Traté de obligarme a llevar una vida heterosexual, pero eso siempre me parecía impuro, mientras que con los de mi misma índole era de lo más espiritual y digno que se pudiera pedir.

Tercero, supe lo afortunado que era y todo lo obligado que estaba hacia los demás debido a que era fuerte, seguro, normal, aventurero y porque me necesitaban. Sin embargo, eso me planteaba un serio problema. Me impo-

nía obligaciones para las cuales no estaba preparado, obligaciones hacia los sentimientos de las personas. Me di cuenta de que yo, como cualquiera, podía herir muchísimo a la gente si no me cuidaba. Advertí, también, que muchos muchachos de mi edad, poco más o menos, luchaban tan tenazmente al saber que eran homosexuales, que todo se les estaba trastrocando, por lo cual algunos se volcaban hacia la delincuencia para demostrarse a sí mismos que eran hombres, otros se abandonaban y se comportaban como chicas, y otros se hundían en las más negras profundidades. Comprendí que, de algún modo, yo podía ayudarlos. La única manera que yo conocía era la de hacerme amigo de toda la gente que pudiera y dejar que me pidieran ayuda. Como tenía predilección por los barrios de mala vida, pasé bastante tiempo en los salones de billares y en los paradores. Sin embargo, como necesitaba también de la estabilidad de lo más próspero, pasaba igualmente algún tiempo en la parte alta de la ciudad. Mi trabajo me llevó hacia la fotografía y las artes como medio de vida, si bien cualquiera que fuese la ocupación que me tocara desempeñar era para mí atractiva, en particular si antes no la había llevado a cabo nunca. Llegó la guerra y me alisté en la armada. Cuando me dieron de baja, trabajé en campos para la juventud y en escuelas de reeducación, pero eso no tenía la misma significación que cuando por casualidad me encontraba con alguien que realmente me necesitaba. . . Permítaseme decir, también, que en mi vida ha habido más heterosexuales que homosexuales y que nunca les dejé traslucir mis gustos, no porque me avergonzara de ellos, sino porque muchos podían perder su confianza en mí en caso de no comprender.

A comienzos de la década del cincuenta tenía yo treinta años y hacía mucho tiempo que pensaba que era hora de ocuparme de mí mismo. . ., es decir, de ir a la escuela. Pero, como no había cursado la secundaria, decidí ir a Europa, donde podría aprender lo que quisiera sin tener que concurrir primero a ella y estar obligado, después, a cursar todas las demás asignaturas que hay que pasar en nuestros *colleges* y que son ajenas a la profesión que se elige. Ahorré cuatrocientos dólares y me marché a Europa, donde pasé casi diez años y me encontré con mucha gente que necesitaba de mi amistad, aun cuando yo no dominaba bien los idiomas. Al volver, a comienzos de los años sesenta, me fui a vivir en pleno corazón del

famoso barrio de los altos de Asburry. Creo que fue allí donde aprendí lo principal y lo más indeleble. . . Porque a los pocos años se convirtió, de un lugar a donde la juventud inquieta venía a encontrar la verdad, en un sitio al cual iba a refugiarse de la vida. . . Pero en los primeros años aprendí bastante y mi edad y experiencia ayudan mucho a los demás. Como tenía un departamento amplio, hice de él un hogar para los que no lo tenían. De esa manera conocí gente de toda clase durante aquél período de tres años. Ahora tengo cincuenta y trabajo en un medio humano totalmente distinto, aun cuando pienso que a la postre los resultados son casi los mismos.

JUSTIN.

CAPITULO IV

El autor se sentó en su despacho y sonrió disimuladamente con una mueca de gran comprensión. Aquello no era en realidad un "despacho", sino una cama de metal sin elásticos y de lo más incómoda, de esas que se levantan y se bajan apretando un botón y que, cuando están arriba, se produce algún corte de energía. Empero, ése era el único lugar de que disponía, de manera que se sentó en él, tal como estaba, con una sonrisa de verdadera satisfacción.

La radio del Canadá estaba informando que el ex Primer Ministro inglés, Mr. Harold Wilson, "se había expedido" acerca de la prensa. Según él, si la prensa podía enterarse de algo, lo distorsionaba; y, si no le era posible saberlo, lo inventaba.

¡Exactamente! Eso era lo que el autor venía diciendo desde hacía años, pero era como si una voz solitaria predicase en el desierto. La prensa, en la opinión del autor, es algo *sucio*. Nunca había podido explicarse cómo se les podía ocurrir que fuesen algo "especial". Hasta hace apenas unos años, a la gente chismosa la tiraban al estanque de los patos del pueblo. Hoy, si una persona tiene afición a la carroña, se mete de reportero en el periodismo. El autor, debido a su amarga experiencia con la prensa, creía a pie juntillas que esa caterva era en la actualidad la fuerza más dañina de la tierra, responsable de todas las guerras y revueltas. Sin embargo, lo que es verdad

respecto de la prensa no lo es en cuanto a los editores, puesto que al no haber impedimentos, esa mala hierba medra sin coto.

El autor, pues, se sentó en su despacho —la susodicha cama— y miró a su rededor: una deteriorada mesa de cama adquirida de centésima mano en algún hospital local, una aporreada y antigua máquina de escribir japonesa y él mismo, el autor, aún más aporreado y viejo y cayéndose de puro arrugado.

Sobre el lecho se hallaban esparcidas alrededor de setenta cartas. La gorda Taddy, la gata siamesa, se revolcaba entre ellas y a ratos se revolvía sobre el lomo y agitaba las patas en el aire. "Camarones, camarones", refunfuñaba, "¿Por qué no hay camarones, eh? ¡Eso es lo que yo quisiera saber! " La hermosa Cleopatra, su hermana, estaba echada junto al autor, con sus patas replegadas y con una enigmática sonrisa en la cara. " ¡Patrón! ", dijo de pronto levantándose y sacudiéndose de la cola una imaginaria mota de polvo. "Patrón, ¿por qué no se sienta en su silla de ruedas y nos vamos a mirar los barcos? Uno se embota aquí dentro, ¿no? "

Justo frente a la ventana, el buque polaco Stefan Batory se disponía a zarpar. El gallardete de partida, es decir la bandera azul con un cuadrado blanco en el centro, acababa de ser izado y una multitud se agolpaba como ocurre siempre que un buque está para hacerse a la mar. Durante unos instantes, el autor se sintió tentado. " ¡Oh! ¿Por qué, no? ", pensó; pero otra vez se impuso la cordura —por lo demás, sentía un nuevo dolor en ese momento—, de modo que musitó: "No, Cleo, tenemos que trabajar; debemos escribir algunas cuartillas para poder pagar esos camarones por los cuales tanto suspira Taddy." Miss Cleo bostezó, saltó ágilmente al suelo y se alejó parsimoniosamente. Miss Taddy pataleó, dio una voltereta final y la siguió.

El autor lanzó un suspiro que por poco hace volar todas las cartas de la cama y tomó un puñado de éstas. Abrió una y leyó: "¿Cómo —tronaba el remitente— *se atreve* usted a decir que no contestará ninguna carta a menos que se incluya el dinero para el franqueo? ¿No sabe que la gente le dispensa un honor al gastar dinero y tiempo en escribirle? ¡Tiene usted el *deber* de contestar todas las cartas y de dar toda la información que se le solicita! "

" ¡Tate, tate! ", pensó el autor. "He aquí una mocita que se va a recibir una sorpresa." La máquina de escribir era un cascajo viejo y pesado que molía las rodillas cuando se la apoyaba en ellas un rato demasiado largo; pero el autor no tenía la complexión de una sílfide, pues, si bien había rebajado de sus modestos ciento veintiséis kilos, no bajaba del límite de los noventa y siete aun cuando siguiese su dieta de mil calorías diarias. El problema era, pues, otro: o su barriga era demasiado abultada o excesivamente cortos sus brazos. En cuanto a tener secretario... No, señor; no, señora. No tenía secretario alguno, porque solamente los autores que escriben cosas pornográficas ganan lo suficiente para poder pagárselo.

De manera, pues, que nuestro autor tomó displicentemente aquel vil cascajo que era su antigua máquina de escribir y lo arrastró hasta sus rodillas.

"Estimada señorita Buggsbottom —resonaron las teclas—: Su carta ha sido recibida, aunque no *bien* recibida. ¿Me permite que aproveche la oportunidad para 'ponerla en claro' o 'ponerla al tanto', como suele decirse? Mi correspondencia viene aumentando, señorita Buggsbottom, y también aumentan las tarifas postales. Ahora bien, el costo en tiempo y material se calcula que, en la actualidad, es de *más* de tres dólares por cada carta de una sola página que se envía. Contrariamente a lo que usted supone, yo

no percibo un dólar por libro que se vende. Recibo entre el siete y el diez por ciento del precio más bajo del país donde se edita la obra."

El autor resolló y estalló indignado: "De eso, puede que tenga que abonar a los primeros editores el cincuenta por ciento... ¡y no me pregunte por qué! Además, hay otras comisiones que pagar, pérdidas en la conversión de moneda e *impuestos*. De modo, señorita Buggsbottom, que en verdad no tiene usted la menor idea de lo que dice. ¡Ah! Y, además, los escritores también tienen que *comer*, por si no lo sabe."

—Ha llegado el correo —dijo Ra'ab, entrando—. Hoy son solamente sesenta y tres. Deben de estar demoradas en algún lado.

Luego recordó al maltrecho autor otra carta que había dejado aparte. Este hurgó en la primera pila y extrajo una hoja de papel de color anaranjado chillón con unas flores inverosímiles estampadas en los márgenes.

—¡Ah! —exclamó—. Aquí está.

Luego, extendiéndola, leyó: "Dice usted que es monje. ¿Cómo es, entonces, que existe una 'señora'? ¡Qué monje! , ¿eh? ¿Cómo se explica eso? "

El pobre autor suspiró otra vez, irritado. "¡Vaya, qué cosa extraordinaria es la gente! ", pensó, si bien la contestación, una vez mecanografiada, podría ser que le sirviese a alguien.

Señoras y señores: ¿Habéis oído hablar alguna vez de un convento donde haya habido algún sacerdote? ¿Habéis oído hablar alguna vez de una orden en que el hombre pueda vivir con una mujer, con mujeres? Porque no cabe pensar siempre que éstos se lo pasen haciendo todo lo que el concupiscente se imagina que pueden hacer. ¿Habéis oído hablar alguna vez de una prisión (por ejemplo) que tuviese enfermera? Y pensad: ¿Habéis oído hablar alguna vez de que hu-

biese una sola enfermera nocturna en el pabellón de hombres? ¡Pensad, pensad! En las mejores comunidades, los hombres y las mujeres no se lo pasan siempre metiéndose juntos en la cama. ¡Ah, perverso, perverso! ¡Qué pensamientos tiene la gente!

El estimado corresponsal (eso de "estimado" debe interpretarse al contrario) seguía diciendo: "... y ¿por qué usa barba? ¿Para ocultar, acaso, una expresión taimada? " El gran público se asombraría si supiese las sandeces que escriben los que forman parte de él. Veamos una muestra auténtica, absolutamente cierta y textual, tomada de una carta remitida por cierto personaje original: "Estimado señor: Necesito ser *libre*; libre para vivir mi vida sin que nadie me mande. Debo ser *libre* o mi espíritu sucumbirá. Envíeme un millón de dólares a vuelta de correo". Luego venía una firma, y agregaba: "P. S., Gracias anticipadas".

Luego de mecanografiar lo anterior, el autor se puso a darle vueltas y más vueltas entre sus manos al original. ¡Vaya si algunas cartas eran... *originales*! Suspiró una vez más, probablemente debido a la falta de oxígeno del aire enrarecido de la ciudad, y tiró la carta al tacho de la basura. ¡Puaf! "Puedes decirlo otra vez", musitó la gorda Taddy entrando con su andar cansino. Pero la vida y las cartas siguen fluyendo. ¿Más todavía acerca de homosexuales? Pero, ¡qué furor! Algunas gentes contrarias a ellos podrían aguarles completamente la fiesta con sus insidias. Pero veamos algo de esto en cuanto al aspecto femenino.

El bar subterráneo, situado en los suburbios de Soho, en Londres, donde todo tiene su asiento, se hallaba casi vacío. El tabernero, con su traza de asesino, estaba recostado contra la pared del fondo de sus dominios, mondándose los dientes al descuido y con la mente en blanco. En un rincón apartado, sen-

tadas en altos taburetes, dos personas conversaban quedamente de temas profundos. . ., es decir de cintura para abajo.

Una de ellas, Lotta Bull, era el epítome de la mujer masculina, desprovista solamente de ciertos aditamentos esenciales para hacer de ella un hombre auténtico. Tenía el cabello corto, casi a la usanza militar, y una expresión severa que podía prestar realce a la fachenda de cualquier sargento. Su atuendo era de lo más *unisex* que imaginar se pueda y, su voz, grave como la de los barcos del *trust* naviero de Londres. Observaba con mirada posesiva a la muchacha que tenía ante sí.

La otra, Rosie Hipps, era enteramente femenina, suave, frívola y casi sin un solo pensamiento en su cabeza rubia y hueca. Con sus ojos azules y sus bucles de muñeca de porcelana, daba una impresión de recatada inocencia. El cuerpo de Rosie Hipps era ondulado, tan curvilíneo como recto era el de Lotta Bull. Delicadamente, Rosie colocó un cigarrillo en una boquilla desmesurada; por su parte, Lotta se puso a mascar la punta de un pequeño cigarro de hoja.

Un parroquiano entró en el bar y por un momento se quedó mirando en derredor. Al descubrir a Rosie Hipps, enfiló hacia ella, pero, como viera la furibunda mirada de Lotta Bull, cambió bruscamente de dirección a mitad de camino y se dirigió discretamente hacia el cantinero que lavaba las copas.

—No te metas con esa fulana —le susurró el cantinero—, o su "pareja" te dará una buena. Esa Lotta Bull es una fiera. ¿Qué vas a tomar?

Lotta resopló:

—¡Hombres! No piensan más que en esas cosas. Si alguno se me acercara con intenciones torcidas, lo mataría. Lo que a mí me interesa son las mujeres, y

nada más. Nada más. ¿Has tenido alguna vez relación con un hombre, Rosie?

Rosie sonrió. Luego, impulsada por sus pensamientos íntimos, se echó a reír abiertamente.

—Vamos a otra parte —dijo—; éste no es sitio para hablar. —Apuraron sus copas y salieron a la calle—. Tomemos un taxi.

Con un rápido ademán, Lotta Bull hizo que un taxi girara en redondo y fuera a detenerse ante ellas. Mientras subían, el conductor les echó una ojeada; luego bajó la bandera, y cuando Lotta le indicó la dirección de una sórdida calle de Paddington, situada exactamente detrás del hospital, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Para Londres, a esa hora de la noche el tráfico era liviano. Los oficinistas ya se habían retirado a sus casas, los comercios estaban cerrados y para que las multitudes afluyeran a los cines y teatros aún era demasiado temprano. El taxi avanzaba rápidamente, sorteando los pesados ómnibus rojos, pasando a los vehículos familiares de la Green Line que también circulaban velozmente atravesando la ciudad en su recorrido hacia la campaña y de ella. Al cabo, al llegar a una esquina dobló y se detuvo suavemente. Lotta Bull miró el taxímetro, buscó a tientas en su bolsillo y abonó el importe.

—Muchas gracias, señor —dijo el conductor—. Que lo pase bien. —Y con la soltura propia de su larga experiencia, movió la palanca de los cambios y se lanzó presurosamente por la calle en busca de otro viaje.

Impasiblemente, Lotta Bull atravesó la acera seguida por Rosie Hipps, que sobre sus altísimos tacones cimbraba de manera que todo se le meneaba y le brincaba en los sitios correspondientes. En la calle, varios hombres de distintas edades volvieron la cabeza y silbaron de asombro, ante la mirada gélida de Lotta.

La llave chirrió en la cerradura y, con un clic casi inaudible, la puerta se abrió. Lotta buscó a tientas el interruptor y al momento la habitación de entrada se inundó de luz. Una vez en el interior, la puerta se cerró tras ellas.

—¡Ah! —respiró Rosie Hipps, desplomándose placenteramente en una silla baja y despojándose de sus zapatos—. ¡Estos pies me están matando!

Lotta entró en la cocina y enchufó la pava eléctrica.

—De lo que tengo ansias es de una taza de té —dijo—. Estoy más seco que un esparto.

El té estaba caliente; los bizcochos, deliciosos. Luego se sentaron juntas en una dormilona de estilo antiguo, frente a una mesa baja.

—Me ibas a hablar, Rosie, del primer hombre que conociste —dijo Lotta, alargando un pie para hacer a un lado la mesa. Después se descalzó e hizo que Rosie se echara a su lado en el diván del amor.

Rosie rió y dijo:

—Fue algo bastante repugnante, por cierto. Ocurrió hace algunos años. En ese tiempo yo no sabía qué diferencia había entre un muchacho y una chica. Ni siquiera sabía que hubiese alguna diferencia. . . Mamá era muy estricta. De manera que, en aquella época, yo concurría a la doctrina dominical. Tenía alrededor de dieciséis años. El maestro era un tipo joven, como de veinte años, que me demostraba una amistad halagadora. Como tenía un bonito coche Vauxhall de los chicos, yo pensaba, además, que debía de ser de buena posición. —Se detuvo para encender un cigarrillo y echó una bocanada de humo—. Muchas veces, después de la doctrina dominical, quería llevarme a casa, pero yo siempre le decía que no por lo muy severa que era mamá. Entonces me sugirió llevarme y dejarme en la esquina. Le dije que sí y subí al auto. El coche era todo

verde y muy lindo, además. Bueno; me llevó a casa varias veces y una de ellas nos detuvimos en el Parque. En ese entonces vivíamos en Wandsworth. Parecía que no podía respirar bien o algo así, porque yo no le entendía ni jota lo que decía; pero como manoteaba tanto, pensé que lo que andaba buscando era pelea o algo por el estilo. ¡Qué tonta era! Pero en ese momento apareció doblando la esquina un policía a caballo y el tipo puso inmediatamente el coche en marcha y salimos como conejos espantados.

Jugueteó con el cigarrillo y lo aplastó en el cenicero. Luego hubo unos instantes de silencio, que al fin quebró Lotta Bull para decir:

—Bueno, ¿y después?

Rosie Hipps exhaló tal suspiro que por poco sale disparada.

—Mamá era tan mojigata —continuó—. Jamás entraba un hombre en casa. Papá había muerto en un accidente a poco de nacer yo. No tenía absolutamente ningún pariente del sexo masculino, ni animales domésticos ni nada. Me estaba vedado, pues, el saber nada acerca del sexo. En la escuela, claro está, dábamos vueltas a las cosas entre nosotras, como les gusta hacer a las chicas. Explorábamos todos los caminos, como dicen los políticos; pero, de muchachos, nada. Algo se hablaba acerca de ellos, pero lo que se decía estaba totalmente más allá de mi comprensión. Sabía que había cristianos y que había judíos, y pensaba que la diferencia entre los muchachos y las chicas era casi la misma: era cosa de ir a distinto templo o a distinta escuela, o algo así.

Se detuvo para encender un nuevo cigarrillo que le provocó un acceso de tos al aspirar en el momento inoportuno. Lotta Bull se incorporó para servirse otra taza de té y se zampó el tibio brebaje de un poderoso sorbo. Luego volvió a echarse y rodeó a Rosie con sus brazos.

—¿Y? —requirió, deslizando sus manos de arriba a abajo como si estuviese tocando el violín.

—¡Bueno! ¿Te parece que puedo hablar si haces *eso*? Si deseas enterarte, espera a que te cuente. ¿O es que quieres ponerle música al bizcocho?

Lotta abrazó nuevamente la cintura de Rosie y replicó:

—¡Bah, otra vez con tus ingenuidades! ¡Habla!

—Bueno —prosiguió Rosie—; no volví a verlo para nada hasta la clase del domingo siguiente. Parecía un poco temeroso de mí y me preguntó en voz baja: "¿Le has contado a tu madre?" Le dije que no, por supuesto, que no le había dicho absolutamente nada. Pareció aliviarse y luego continuó enseñándonos las Escrituras. Después dijo que un individuo de la Congregación de Abstinentes quería hablarnos porque teníamos que hacer votos para ser unas buenas abstinentes o algo por el estilo. Eso no tenía sentido para mí, porque yo jamás había probado una gota.

En ese momento se oyó un formidable ruido a lata producido por dos autos al chocar. Lotta Bull se incorporó con tanta brusquedad que la pobre Rosie se cayó al suelo, y corrió a la ventana para ver la escena que se desarrollaba abajo: transeúntes boquiabiertos, dos conductores insultándose a gritos y, después, la policía.

—¡Esbirros! —dijo torvamente—. Jamás los pude tragar. Siempre lo complican todo. Vamos, Rosie; sigamos.

Volvieron a ocupar sus lugares en el tan adecuadamente llamado diván del amor, y Rosie continuó:

—Luego de la clase dominical me iba a casa cuando se me acercó y abrió la portezuela del coche. Entré y fuimos a Putney, donde permanecimos sentados dentro del auto al lado del río. Como había

gente alrededor, tuvimos que quedarnos sentados, conversando. Allí me dijo una cantidad de cosas que no pude comprender. . . en aquel momento. Me dijo que era una tonta porque me llevaba siempre de lo que mi madre me decía. "Vente conmigo, el sábado que viene, a Maidenhead", me dijo. "Di a tu madre que vas a salir con una amiga. Yo sé de un lindo lugarcito donde pasaremos un buen rato." Le dije que tenía que pensarlo y entonces me llevó a casa después de convenir en que me vendría a buscar el viernes a la salida de la escuela. Aquella semana mamá estuvo de lo más insoportable. Me preguntaba continuamente: "¿Qué te pasa, Rosie? " En la escuela todo me iba mal. Mi amiga Molly Coddle me tomó inquina repentinamente —ya sabes, esas cosas que les dan a las chicas— y la vida se me volvió amarga al extremo. Como yo era celadora, la directora me puso como un trapo por no haberle comunicado varias cosas de las que ni me había dado cuenta, y cuando le dije que no las había visto, me contestó que no servía para esas tareas. ¡Oh, qué semana espantosa fue! —La pobre Rosie se detuvo, sofocada por la indignación que le producían los recuerdos que afluían a su mente—. Después, la directora me preguntó si tenía algún problema o qué me pasaba. Le dije que nada, que sólo tenía el problema que ella me estaba creando. Entonces se puso colorada y me respondió que hablaría con mi madre respecto de mis modales insolentes. ¡Oh, Señor! Pensé que aquello era el acabose. Pero la semana todavía no había terminado. ¡Qué iba a terminar!

Lotta Bull sacudió la cabeza comprensivamente.

—Echamos un trago, ¿eh, Rosie? —sugirió levantándose y yendo hacia el bar empotrado en un rincón de la habitación—. ¿Qué vas a tomar? ¿Whisky? ¿Gin con tónica? ¿Vodka?

—No. Hoy estoy cursi. Dame una Watneys —dijo Rosie—. Ahora siento una gran amargura, así que dame una cerveza.*

Se sentaron juntas en el diván del amor, Lotta con su whisky con hielo y Rosie con su Watneys.

—¡Jesús! ¡Esto me está interesando! —exclamó Lotta—. ¿Quieres contarme el resto?

—Pues bien. El viernes por la mañana, antes de ir a la escuela —prosiguió Rosie—, mamá recibió una carta de la directora —¡vieja bestia! — y, a medida que la leía, se fue poniendo horriblemente enrojecida. "Rosie", vociferó cuando terminó de leerla (¡debe de haber sido tremenda!): "Rosie, espera a que regreses de la escuela. ¡Ya verás cuando te levante la falda y te dé una tunda en las asentaderas, so. . . so. . .! ", me dijo jadeando y tartajeando de tal manera que le faltaron las palabras. Salí huyendo. Aquel día, en la escuela, me sentí mal desde el comienzo hasta la salida. Todo el mundo parecía estar lívido contra mí. —Hizo una pausa para beber y ordenar sus pensamientos—. El me estaba esperando a las mismísimas puertas de la escuela. ¡Vaya; jamás me había sentido tan contenta de verlo! Corrí hacia el auto y subí. Salimos al escape y estacionamos más adelante —ya conoces aquella plazoleta—, y allí le conté todo lo que me pasaba. Le dije que tenía miedo de ir a casa. Al fin, me dijo: "Mira; escríbele una nota a tu madre, que yo buscaré a un chico para enviársela. Dile que vas a pasar la noche con tu amiga Molly Coddle". Arranqué, pues, una hoja de mi cuaderno y garrapateé la nota. —Lotta movió la cabeza ansiosamente—. No bien encontró un chico en bicicleta para enviarla, nos lanzamos por el camino hacia Maidenhead. En las afueras había un lindo lugar, ya sabes, con habitaciones. . . y una

* El autor realiza un juego de palabras con *bier* (féretro) y *beer* (cerveza), fundándose en su etimología y valor fonético, imposible de expresar en castellano. (*N. del T.*)

especie de restaurante, también. Tomó una pieza para los dos y entramos para comer. Ya era hora, por otra parte, porque estaba muerta de hambre. Mamá se había puesto de tal manera conmigo que yo, ¡bueno! , me había tenido que perder el desayuno para escapar del jaleo. Porque es imposible comer cuando alguien te está chillando. Además, sabes bien cómo es la comida que te dan en la escuela. Los comedores escolares más vale perderlos que encontrarlos. —De sólo pensarlo meneó la cabeza y frunció la nariz.

—¡Sí —murmuró agriamente Lotta Bull—; pero deberías haber visto lo que nos daban a nosotras en el reformatorio! No importa; continúa.

—De manera, pues, que estaba verdaderamente hambrienta —prosiguió Rosie Hipps—. Comí todo lo que pude, y, aunque él no paraba de hablar, yo no le escuchaba, pues estaba demasiado ocupada comiendo. Me pareció que quería jugar. "¿Y bien? ¿Qué importa? ", pensé, "eso es lo que hacemos Molly Coddle y yo. ¿Qué tiene que ver que él sea distinto de mí de alguna manera inexplicable? ¿Acaso no pueden estimarse un cristiano y un judío? " ¡Oh, qué idiota ignorante era yo! —Echóse hacia atrás y rió tristemente al acordarse. Luego tomó un sorbo de cerveza y continuó su narración—. Pues bien; había comido y bebido abundantemente —el té. . . ya sabes— y me puse a mirar hacia todos lados buscando el baño para damas, pero como no lo encontré le dije que fuéramos a la habitación. Pasamos por la playa de estacionamiento y nos dirigimos a la pieza que habíamos reservado. Al llegar, vi que la puerta del baño estaba abierta y le dije que tenía que ir. Bueno; entre una cosa y la otra estuve un rato más bien prolongado, al cabo del cual terminé y volví al dormitorio luego de apagar la luz. —Se detuvo y prorrumpió en una risa breve y áspera. Lotta

Bull permanecía sentada, con la boca desmesuradamente abierta. Luego de tomar un trago, Rosie continuó—: Me volví y me topé con él. ¡Dios mío! ¡Nunca había experimentado una conmoción semejante en mi vida! Allí estaba él, desnudo como cuando vino al mundo. Pero, ¡oh, mi Dios! Era todo peludo y tenía como una excrecencia espantosa. "Está canceroso", pensé; pero en ese momento se me aproximó y entonces me caí al suelo desvanecida. Debí de dar con la cabeza contra el borde de alguna silla o algo así, porque *realmente* me quedé sin sentido. —Lotta Bull palpitaba de emoción y la expresión de sus ojos comenzaba a tornarse fiera—. Después de lo que debió de ser un lapso muy prolongado, volví a tener noción de las cosas. Me parecía tener sobre mí un peso tremendo que me estaba vapuleando. "¡Oh, mi Dios! ", pensé como en sueños, "se me ha sentado encima un elefante". Abrí los ojos y lancé un grito de terror. El yacía sobre mí y yo también estaba desnuda. Me estaba lastimando, te imaginas. Entonces dio un salto y cayó de rodillas y se puso a suplicarme insistentemente. En ese momento se oyeron pasos a la carrera, una llave se introdujo en la cerradura y dos hombres irrumpieron en la habitación. ¡Y todo cuanto me cubría era el rubor de mi bochorno! —Lotta Bull se acomodó contra el respaldo con los ojos entornados, como si estuviese entreviendo la escena. Rosie prosiguió—: Uno de los individuos me observó de arriba a abajo y dijo: "La oímos gritar, señorita; ¿ha querido violarla? " Sin agregar ninguna palabra más, ambos se abalanzaron sobre el maestro de doctrina y le dieron una serie de formidables puntapiés por todas partes. Este sólo atinaba a pedir clemencia a gritos. "Mejor será que se vista, señorita", me dijo uno de aquellos hombres, "porque llamaremos a la policía". "¡Ay, Dios mío! ", pensé; "¿Qué irá a pasar ahora? " Me

precipité hacia mi ropa y me asusté al ver que tenía mucha sangre en las piernas; pero tenía que vestirme.

—Y ¿qué pasó después? ¿Llamaron a la policía? —inquirió Lotta Bull.

—¡Por supuesto! —respondió Rosie—. Mejor todavía que en la tele. Al momento llegó un coche policial e inmediatamente detrás un tipo de un diario que me echó una mirada maliciosa y que, mientras abría su libreta de apuntes, se veía que paladeaba la desgracia ajena. Pero uno de los policías lo detuvo diciéndole "déjela; debe ser menor de edad". Entonces el tipo del diario le echó el ojo al maestro de doctrina que seguía allí, de pie, como una banana pelada, porque los hombres aquellos no lo habían dejado vestir mientras no llegase la policía. ¡A esas alturas yo ya sabía la diferencia que hay entre un hombre y una mujer!

Desde fuera llegaba el pregón de un diariero: "¡Extra! ¡El crimen del siglo! ¡*Eeextra*! "

—Eso es lo que hacen —dijo Lotta Bull—. El periodismo se apodera de cualquier pequeño incidente y hace de él un asunto descomunal. Pero, ¿qué ocurrió después?

—Bien —continuó Rosie Hipps—; la policía hizo muchas preguntas. ¡Caray, qué barullo hubo! Me preguntaron un montón de cosas. . . Si había ido con él a la habitación por propia voluntad. Les dije que sí, pero que en ese momento no sabía qué pretendía él. Y agregué que no conocía la diferencia que hay entre un hombre y una mujer. Al oír eso, se rieron como descosidos y el periodista se puso a escribir febrilmente. "Ahora lo sé", añadí, y él volvió a escribir. De pronto, el maestro de doctrina se soltó, cayó de rodillas y comenzó a balbucear ruegos como un torrente. Después, ¡santos cielos! , se irguió y me acusó *a mí* de inducirlo a eso. ¡Jamás en mi vida me sentí tan humillada!

—¿Te llevaron a la comisaría?

—Sí. Me pusieron en el automóvil policial junto al conductor y al otro policía. El maestro de doctrina ocupó la parte de atrás y partimos hacia la comisaría de Maidenhead. Los periodistas, que en ese momento ya eran siete, nos venían pisando los talones. En la comisaría me empujaron a una habitación donde había un médico y una empleada de policía que me hicieron quitar toda la ropa. Luego me separaron las piernas —¡Dios, qué vergüenza! — y me examinaron. El médico iba señalando las marcas, las magulladuras y todo lo que encontraba, y la mujer anotaba. Después me colocó un objeto tubular y me aclaró que estaba tomando una muestra para ver si había sido violada. ¡Dios! ¿Cuántas cosas pensaría que me habían pasado? —Se detuvo y tomó el vaso que Lotta acababa de llenar una vez más. Bebió largamente, como para ahuyentar los malos recuerdos, y continuó—: Después de lo que me parecieron horas y horas de espera, un empleado y una empleada de policía me llevaron a casa. Mamá estaba pálida y tartamudeaba de ira agitando un diario en el que, con grandes titulares, decía: "Una colegiala seduce a un destacado maestro de doctrina". Mamá, que estaba *lívida*, pero lo que se dice *lívida*, le dijo a la policía que me llevaran a donde quisieran, pero que ella había terminado conmigo... y dio un tremendo portazo. Los dos policías se miraron. La mujer me condujo de nuevo al coche y el hombre se quedó llamando a la puerta. —Se interrumpió para encender un cigarrillo y continuó—: Al fin, el agente regresó y dijo que mamá me había cerrado la puerta para siempre. Me miró con cierta compasión y me comunicó que tendrían que llevarme al Hogar de Mujeres del Ejército de Salvación. ¡A mí! Bueno, para abreviar: para pasar la noche me alojaron en ese espantoso edificio que *tú* conoces de sobra.

Lotta Bull resopló con desdén.

—¡Vaya si lo conozco! —admitió agriamente—. Allí fue donde aprendí todo lo referente a las cuestiones sexuales. Pero cuéntame el resto de lo que te ocurrió.

Rosie Hipps la miró casi complacida por su inquebrantable interés y retomó el hilo de su relato.

—Aquella noche aprendí todo lo referente a la vida. Todo lo que atañe al sexo. ¡Vaya, vaya! Algunas de aquellas muchachas estaban locas. ¡Completamente *locas*! ¡Qué cosas que hacían entre ellas! Sin embargo, aquella noche infernal e interminable también pasó y a la mañana me dieron el desayuno, que no pude probar, y después me llevaron al juzgado... ¡que no era *precisamente* el Buckingham Palace! —Guardó silencio unos instantes para poner en orden sus amargos pensamientos y encender otro cigarrillo. Luego continuó—: La empleada de policía que vino a por mí me trató como si yo fuera una peligrosa delincuente. Sin duda me tenía fastidio. Le dije que la ofendida era yo, pero me replicó: "¡No me digas!" Después de mucho esperar, me metieron en la sala de audiencias. ¡Oh, fue espantoso! Allí estaba la prensa. Mamá me miraba enojada desde su asiento. Después trajeron al maestro de doctrina y lo sentaron en el banquillo. Yo tuve que contarlo todo. Algunos hombres acezaban. Luego me preguntaron si yo había ido con él voluntariamente. Dije que sí, pero que no sabía qué era lo que él quería. Todos soltaron la carcajada. ¡Oh; todavía no puedo casi soportar acordarme de eso! —Calló para enjugarse los ojos con un trocito de cinta—. No obstante, dijeron que de cualquier manera yo estaba en edad de consentir, con más de dieciséis años. Entonces, un periodista que había hecho una descripción cabal de nuestra escuela, se apresuró a decir que él me había visto correr hacia el auto y entrar en él. Y agregó

que no había mediado uso de fuerza. En síntesis, dejaron en libertad al maestro, con la advertencia de que en lo futuro debía portarse bien. ¡Caray, cómo salió corriendo de aquel juzgado! —Se detuvo para apagar el cigarrillo y tomar un trago—. Después empezaron conmigo. Yo era una chica mala, desagradecida, perversa. Hasta mi pobre madre, viuda y sufrida, que se había deshecho las manos por mí durante dieciséis años, había caído enferma por mi culpa y me había echado, me había despreciado, y no quería saber más nada de mí. De manera, pues, que el tribunal tenía que tomar alguna medida al respecto para salvar mi alma. Entonces, una delegada de libertad vigilada, o lo que fuere, se paró ruidosamente sobre sus patas traseras y echó un discurso. El vejete que entendía en los casos jugueteaba con sus anteojos, consultó uno o dos libros y después dijo que tenían que enviarme dos años a la Escuela de Niñas Descarriadas. —Lotta Bull meneó la cabeza con muda conmiseración—. Eso me destrozó totalmente. Porque yo no había hecho absolutamente *nada*. Entonces les dije lo que me parecía, pero con toda la calma que pude porque quería mantener limpio mi prontuario. El vejestorio me contestó que yo era una chica grosera y de lo más desagradecida. Luego dijo "el caso siguiente", y me llevaron a empellones a una celda. Hubo un tipejo que me puso un emparedado entre mis manos temblorosas y otro que me alargó un jarro grande y rústico de té frío. Ni decir que no pude probar nada de eso.

—Igual que cuando me agarraron a mí —dijo Lotta—. Pero, sigue.

Rosie respiró profundamente y continuó:

—Al rato vino una mujer que me dijo que ese día no podría ir a la Escuela y que debería pasar la noche en la prisión de Holloway. ¡Imagínate, yo en Holloway, y sin haber hecho nada de veras! No

obstante, allá me llevaron en camión celular. ¡Qué espanto! Jamás me sentí tan sola en mi vida. —Se detuvo y se estremeció. Luego agregó—: Y eso es todo lo que me pasó.

Lotta Bull movió un almohadón y un libro cayó al suelo produciendo un ruido sordo. Alargó el brazo para levantarlo y Rosie reparó en la tapa esbozando una sonrisa en la cual se notaba su interés.

—Es un libro muy bueno —comentó aquélla—. Espera un momento. -Pasó las páginas y dijo—: Lee esto. Escribe mucho sobre homosexuales y lesbianas. Debes leerlo. Yo coincido con él en todo.

Rosie Hipps se echó a reír con gran simpatía.

—¿Leerlo? —preguntó—. Pero si yo tengo todos los libros que ha escrito y sé que todos son sinceros. Le escribo, ¿sabes?

Lotta sonrió.

—¿Ah, sí? ¡Cuenta! Pero si es el más ermitaño de todos los ermitaños. ¿Cómo has hecho para conocerlo?

En el rostro de Rosie se dibujó una misteriosa sonrisa.

—Me ha ayudado mucho. Me ayudó cuando creí volverme loca. ¡Por eso lo conozco! —Hurgó en su cartera hasta que al fin extrajo una carta—. Es de él —explicó extendiéndosela a Lotta.

Esta la leyó y asintió con la cabeza.

—Dime, ¿cómo es él? —inquirió.

—¡Oh! Es más bien anticuado —repuso Rosie—. No bebe ni fuma y, en cuanto a la mujer, sólo existe como concepto abstracto para él. Y, además, porque tiene el mismo *sex appeal* que una pasa de uva —agregó—. No; piensa que si las mujeres se quedaran en casa y cuidaran de sus hijos, el mundo sería mejor. Ya sabes, muerto el perro se acabó la rabia.

Lotta Bull frunció el ceño pensativamente.

—Así que... nada de mujeres, ¿eh? ¿Será, acaso... *como nosotras*: homosexual?

Rosie Hipps se echó hacia atrás y se puso a reír hasta saltársele las lágrimas.

—¡No; por Dios! —exclamó—. ¡Qué mal lo has interpretado! —Y agregó consternada—: El pobre hombre se lo pasa ahora entre la cama y la silla de ruedas.

—¡Vaya, me gustaría verlo!

—Pues, pierde las esperanzas. Ya no recibe a nadie. Le han tocado ciertos periodistas execrables que tramaron una verdadera sarta de mentiras acerca de él y que tergiversaron todo cuanto había dicho y hecho. Ahora, el periodismo es para él la fuerza más dañina del mundo. Por mi parte, yo sé que la prensa ha sido la causante de que *yo* fuese a parar a un correccional —agregó reflexivamente.

—Bien —concluyó Lotta poniéndose de pie—. Creo que ya es hora de ir bajando para tomar el expreso.

CAPITULO V

Una suave llovizna comenzó a derramarse como enviada a la tierra por alguna compasiva Diosa de la Misericordia, haciendo renacer la vida en la zona árida. La mollina, tenue como el rocío, vacilaba y se mecía como dudosa de su destino, hasta que, al tocar el suelo reseco, se producía un lánguido rumor y el agua desaparecía en las profundidades. En la tierra, las raicillas rebullían en su semiletargo al contacto con el líquido elemento, volvían en sí y absorbían ávidamente el agua vivificante. Como tocadas por una varita mágica, las primeras y menudas matas de verdor comenzaron a aparecer a flor de tierra, leves briznas verdes que iban creciendo y espesándose a medida que la lluvia arreciaba.

Ya la lluvia se había convertido en una precipitación torrencial y caían grandes gotas que levantaban diminutas partículas de tierra, manchando de barro las reverdecidas plantas. Aquí y allá surgían los primeros brotes minúsculos. En aquella desolada región, la Naturaleza estaba preparada para obrar con prontitud y hacer crecer la vegetación al primer signo de humedad. Los pequeños insectos corrían afanosamente una planta a otra y saltaban de piedra en piedra.

De una cercana depresión del terreno llegó un murmullo débil, extraño, seguido de gorgoteos y del traquetear de guijarros. En seguida aparecieron las

primeras aguas bulliciosas de un arroyo, arrastrando terrones todavía secos, insectos ahogados y los sedientos desechos de una comarca privada de agua durante largo tiempo.

Las nubes descendieron más aún. La estación de los monzones de la India se abatía sobre los montes Himalaya y derramaba torrentes de agua de las turbulentas y densamente cargadas nubes. El relámpago fulguraba y las laderas de las montañas devolvían el eco del restallar del trueno. Aquí y allá el rayo se descargaba con saña contra algún pico elevado, haciéndolo todo añicos y levantando una nube de polvo y piedras que se despeñaban por las escarpadas pendientes de la montaña e iban a dar pesadamente, con un ruido sordo, contra el suelo anegado de la falda. Las piedras se precipitaban y chocaban con un chasquido en los lagunajos, arrasando plantas y salpicando totalmente de fango los peñascos.

En plena creciente, el río se salía de madre y, en sus afluentes, la corriente se movía en sentido inverso. Las aguas cubrían ya completamente el tronco de los sauces, en cuyas ramas superiores los desamparados pájaros se acurrucaban, demasiado mojados como para poder volar y temiéndose el fin del mundo. La lluvia caía. Los pantanos se convertían en lagos. Los lagos se trasformaban en mares interiores. El trueno estallaba y bramaba en los valles, con los inacabables y absurdos ecos mil veces repetidos que formaban una enloquecedora mezcolanza de ruidos.

El día se oscureció y se puso negro como una noche sin luna. La lluvia caía como una espesa cortina. Ya no se podía distinguir el curso del río, pues la tierra entera parecía cubierta por las turbulentas aguas. Se había levantado un viento ululante que azotaba la superficie de las tierras inundadas y producía en ella una espuma blanca.

El ulular del viento, se tornó mas intenso hasta convertirse en un agudo silbido que destrozaba los nervios y hacía pensar en las almas en pena. Después hubo un vívido destello, como si el sol estuviese estallando, y el estruendoso fragor del trueno; al punto, la lluvia cesó como si se hubiera cerrado una canilla. Un rayo de sol se abrió paso a través de la oscuridad, se ocultó un momento, y al fin las nubes retrocedieron vencidas para que la claridad del día brillase nuevamente sobre el anegado mundo.

En las tierras altas, donde aún había ciertos visos de solidez, se hallaban dispersas unas masas de color gris oscuro del tamaño de rocas, las cuales de pronto se irguieron sobre sus robustas patas, cobraron el aspecto de yaques monolíticos de cuyos lomos enormes de empapada pelambre manaban ríos de agua, y se sacudieron como aletargadas, salpicándolo todo a su rededor. Satisfechos de verse libres del agua, comenzaron a hozar las partes más secas del suelo, en su eterna búsqueda de alimento.

Debajo del precario resguardo de una enorme saliente rocosa surgió un nervioso parloteo. Gradualmente fueron apareciendo algunas figuras que lanzaban imprecaciones contra las inclemencias del tiempo y que, sin dejar de rezongar, se quitaron la ropa mojada, la estrujaron para secarla y volvieron a ponérsela. A poco, la gente y los animales comenzaron a despedir tenues vapores a medida que la temperatura ascendente del día contribuía a secarlos.

Un joven se apartó del grupo y echó a correr a campo traviesa, saltando de lugar seco en lugar seco lo mejor que podía. Junto a él, un gran mastín iba ladrando y haciendo cabriolas. Con gritos y ladridos, entre ambos hicieron que los yaques fueran en dirección de los otros, y una vez hecho esto, hombre y mastín salieron a mantener a los *ponies* reunidos contra un distante muro de roca.

Un camino abrupto conducía, entre peñascos desprendidos, a un espacio abierto al pie de la montaña; desde allí, el camino se desviaba y ascendía unos cien metros y terminaba en una roca plana, donde crecía un arbusto raquítico de aproximadamente un metro ochenta de altura. Más allá del arbusto, la superficie de la roca mostraba una abertura: la entrada de una caverna más bien amplia, que finalmente conducía a los túneles de un volcán extinguido largo tiempo atrás.

Allí, el observador atento podía distinguir una mancha de color, es decir. . . dos manchas de color. A la entrada de la caverna se hallaban sentados un lama y su acólito, ambos secos y a sus anchas, mirando la vasta planicie de Lhasa y observando el rápido retroceso de las aguas que hasta ese momento inundaban la tierra. El inesperado aguacero había dejado el aire aún más límpido que de costumbre y los dos contemplaban aquel paisaje que les era familiar.

Desde lejos, los techos dorados del Potala se veían relumbrar con enceguecedores destellos al reflejarse el sol en sus múltiples facetas y ángulos. El frente recién pintado del edificio despedía un fulgor ocre, y las Banderas de Oración se sacudían y ondeaban con el fuerte viento. Los edificios de la Escuela de Medicina, en la Montaña de Hierro, tenían un aspecto extrañamente fresco y limpio, y los de la aldea de Shö relumbraban.

Se podían ver claramente el Templo y el Lago de la Serpiente, y también, en las aguas, los sauces, cuyas copas se balanceaban como en muda señal de aprobación. Por algunas débiles manchitas de color podíase inferir que los monjes y los lamas se encaminaban a sus tareas cotidianas. Asimismo distinguíase una pequeña columna de peregrinos que recorrían el Camino Interior del Circuito de los Peregrinos, en su

marcha de Acto de Fe desde la Catedral de Lhasa al Potala y regreso. La Puerta Occidental brillaba a la luz del sol y se columbraba un grupo desordenado de mercaderes que pasaban entre el Pargo Kaling y el pequeño convento de enfrente.

Abajo, al pie de la montaña, los mercaderes habían logrado cargar sus yaques y montar sus *ponies* y, en ese momento, entre gritos y chanzas, habían emprendido su lenta marcha hacia el paso que desciende, desciende, y lleva a las tierras bajas del Tíbet. . . y de la China.

Poco a poco, el mugir de los yaques, los ladridos de los perros y el vocerío de la gente se fueron extinguiendo y la paz y el silencio volvieron a reinar.

El lama y el acólito contemplaban la escena que se desarrollaba ante ellos. A lo lejos, a la izquierda de Chakpori, se veía al botero en su bote de cuero inflado, que hundía frenéticamente una larga vara procurando hacer fondo en el río y evitar así el ser arrastrado por las turgentes olas del desbordado torrente. Se inclinó hacia afuera con desesperación y sondeó la profundidad. El bote se ladeó bajo su peso, se bamboleó y salió despedido, dejando al botero luchando y ahogándose en medio de la riada. Aligerado ya de su peso y llevado por la rauda correntada, el bote se deslizó velozmente favorecido aún más su impulso por la brisa. La larga pértiga sobrenadaba a la deriva en los bajíos que irónicamente habían estado tan cercanos, en tanto que el botero flotaba boca abajo hacia ellos.

Allá en lo alto, los buitres se calaban y revoloteaban en busca de alimento, escudriñando con su penetrante mirada la presencia de algún ser humano u otra criatura viviente en aprietos. Uno de ellos se precipitó sobre el botero ahogado y a último momento viró observando atentamente. Al ver que no se movía, el ave volvió a lanzarse sobre su presa y se

posó en la espalda del muerto. Allí permaneció un momento componiéndose el plumaje, hasta que al fin miró en torno con actitud desafiante y comenzó su faena en el cuello de aquel hombre.

—Mañana nos dispondremos para ir a visitar a nuestra gente —dijo el lama al acólito—. Por hoy nos quedaremos a descansar y relajarnos, lo cual nos vendrá muy bien para conservar nuestras energías. El viaje será largo y difícil. —Se puso de pie y señaló—: Al lado de aquellas rocas veo que hay algunas ramas mojadas. Ve a recogerlas para hacer té y *tsampa*. —Sonrió levemente y añadió—: Después te daré algunas lecciones elementales de relajación y respiración, cosas ambas en las cuales son notorias tus deficiencias. Ahora, anda y recoge esas ramas.

Dicho esto, volvióse y entró en la caverna. El muchachito se puso prestamente de pie y tomó un trozo de cuerda que había a un costado, se lo enrolló a la cintura y en torno a los hombros, y así, con grave riesgo de ahorcarse, se deslizó por el sendero hacia el llano del valle. Iba ya a dirigirse hacia el otro lado de un gran peñasco, cuando de pronto se detuvo. Allí estaba, echado, un enorme pájaro, componiéndose y secándose las plumas mojadas por el reciente aguacero.

El acólito se quedó pensando qué le convenía hacer. Si esperaba a que el ave ocultase la cabeza bajo el ala, podría acercársele a hurtadillas y asestarle un golpe que la dejara bien aturdida. Si, en cambio, se le aproximaba reptando, podría agarrarla de una pata. Evidentemente, la primera idea era la mejor. Se escurrió, pues, de costado, conteniendo la respiración y avanzando lentamente hasta ponerse bien arrimado a la roca.

El pájaro se escarbaba, se arreglaba las plumas y batía las alas. Después, satisfecho de su limpieza, se acomodó a sus anchas sobre la roca y metió la cabe-

za bajo el ala. Extasiado, el chico se apresuró, pero tropezó con una piedra y se cayó de cabeza. El pájaro despertó súbitamente sobresaltado y reaccionó como suelen hacerlo todas las aves, soltando sobre el rostro del pequeño un repugnante "regalito" y remontando el vuelo pesadamente. El muchacho luchó desesperadamente, con los ojos que de pronto parecía tener pegados como con cola, y desde la entrada de la caverna llegó el rumor de una risa apagada.

Al fin, el acólito pudo arrancarse de la cara y de los ojos esa masa pringosa y hedionda, y se dirigió a un pequeño charco formado en una cavidad de la roca en donde, sumamente asqueado, metió la cabeza en el agua helada y se frotó hasta quedar perfectamente limpio. Desde arriba llegó una exhortación: " ¡No te olvides de la leña! " El muchacho, que ya no se acordaba más de ella, dio un respingo y, girando sobre sus talones, salió a todo correr por el sendero pedregoso.

Sin embargo, la tentación es algo que siempre tiende celadas a los niños. Sobre una gran roca plana oscilaba un inmenso peñasco que, por algún capricho de la naturaleza, había caído en una posición que hacía que se balancease con toda exactitud. Al ver que se mecía de un lado a otro, al joven acólito se le iluminó el rostro y corrió hacia él. Apoyó sus manos sobre una de las caras de la piedra y empujó con fuerza; luego la soltó esperando a que retrocediese, y volvió a empujarla. Así, gradualmente, logró imprimirle una oscilación cada vez mayor, hasta que al fin la piedra se movió fuera de su centro de gravedad y se vino abajo con un estrépito que hizo temblar la tierra. El muchacho hizo un gesto de satisfacción y emprendió la marcha de regreso a la caverna.

A mitad de camino, empero, sacudióse sobresaltado al recibir un perentorio mensaje telepático que casi le destroza el cráneo. " ¡Leña! ", le ordenaba

aquel mensaje, "¡leña, *leña*!" Volvió a girar sobre sus talones y lanzóse nuevamente a la carrera por el sendero, con àquel apremiante "¡leña, *leña*!" golpeándole el cerebro.

Al fin, reunida ya una buena cantidad de leña, el joven acólito formó un haz y lo ató con un extremo de la cuerda. La otra punta la aseguró alrededor de su cintura y de esa manera, arrastrándolo y con grandes esfuerzos, se ingenió para llevar el fardo hasta la boca de la caverna. El lama que lo estaba aguardando con cierta impaciencia, lo ayudó a cortar la leña en trozos e inmediatamente el fuego ya se hallaba encendido.

—Tu estado es deplorable —le dijo el lama—, de modo que tendremos que hacer algo al respecto o acabarás como esos occidentales que he visto cuando estuve en la India. Antes de empezar con los ejercicios respiratorios voy a enseñarte uno que en este momento viene muy al caso. —Sonrió y le indicó al niño que se levantase—. Se trata de un ejercicio sumamente vigorizador para quienes acostumbran estar sentados mucho tiempo. . . y tú estás sentado casi siempre. Además, es muy bueno para reducir las grasas del abdomen. Tiene un bonito nombre: se llama "ejercicio del leñador", porque al hacerlo se obtienen resultados similares a los que produce la acción de cortar leña. Bien; ahora, ponte derecho. —Hizo que el chico tomara una posición erguida—. Imagina que estás cortando leña; imagina que tienes entre las manos una hacha muy pesada, una de esas hachas muy buenas, que acaban de traer los mercaderes de Darjeeling. Ahora, manténte firme, muy firme, y pon los pies bien separados. Después junta las manos como si sostuvieras el mango de esa pesada hacha. Imagina que la pala del hacha está en el suelo, así que aspira profundamente y levanta las manos con la supuesta hacha por encima de tu cabe-

za, hasta que tu cuerpo alcance la posición opuesta y ya no esté inclinado hacia adelante sino hacia atrás. Debes tener presente que estás levantando una hacha muy pesada; por tanto, haz que tus músculos aparenten que... estás levantando una hacha muy pesada. Después, sin dejar de sostener esa pesada hacha por encima de tu cabeza, contén un momento la respiración y luego expulsa con fuerza el aire por la boca y con un movimiento muy enérgico vuélvete hacia abajo con el hacha imaginaria como si estuvieras cortando un tronco grande, grande, de árbol. No debes, por supuesto, detenerte con el impacto del hacha en la madera, sino que debes dejar que tus brazos desciendan hasta quedar exactamente entre tus piernas; es decir que tienes que hacer que tus brazos bajen de manera que tus manos queden en la misma línea que tus pies. Debes mantener derechos los brazos, lo mismo que la espina dorsal. El ejercicio tienes que repetirlo varias veces. Bien; empieza ya, hijo, y hazlo con bríos. Al menos con el mismo brío que has puesto para derribar aquella piedra.

El muchachito acometió, pues, el ejercicio, hasta que al fin se detuvo jadeando y refunfuñando por el esfuerzo realizado.

¡Ay, venerable lama! —dijo, falto de aliento—. La verdad es que estos ejercicios pueden matar a cualquier persona, a menos que se tenga una salud de hierro. ¡Yo me siento casi deshecho!

—¡Pero, criatura! —replicóle el lama, un poco enfadado—. Este ejercicio no puede hacer sino bien, a menos que se trate de una persona de corazón débil o de mujeres aquejadas por alguna indisposición femenina. No creo que padezcas del corazón, pero por la forma como protestas y gimes es muy posible que seas una vieja y, por lo tanto, que ya hayas pasado el tiempo de padecer de los trastornos

femeninos a que me referí. Vamos; haz de nuevo los ejercicios.

El jovencito se echó al suelo y se sentó encorvado, frotándose los pies. Pero el lama, que había permanecido de pie junto al muro de piedra, mirando hacia el Valle de Lhasa, se volvió repentinamente y le dijo:

—¿Por qué estás encorvado de esa manera? ¿Estás enfermo? ¿Te duele algo?

El joven acólito se puso pálido un instante y luego repuso:

—¿Enfermo? ¿Quién? ¿Enfermo, yo? ¿Yo?

El lama gruñó y aproximóse.

—¡Sí, enfermo! ¡Tú! ¡Sentado ahí como una vieja con juanetes y callos! ¡Como las viejas que se sientan en los alrededores del mercado para oír el chismorreo de los mercaderes! ¿Te sientes mal de los pies? —Se puso de rodillas para revisarle los pies; pero, al comprobar satisfecho que no tenía nada, se levantó—. ¡Muchacho, ponte de pie! —le ordenó—. Ya verás cómo tienes que hacer para relajar los pies. Porque supongo que los sientes cansados después de haber querido aporrear aquél pájaro y por haber tumbado aquella piedra que, por cierto, no te causaba mal alguno. Ese es el motivo de que ahora estés cansado. Yo te enseñaré la forma de relajar tus pies. —Tomó al muchacho por los hombros e hizo que se parase derecho—. Ahora verás cómo te circulará mejor la sangre. Párate en un pie, primero en el izquierdo. Luego levanta el pie derecho y muévelo del tobillo para abajo. No muevas toda la pierna, recuérdalo, pues estamos trabajando con tus pies. Muévelo. Deja quieta la pierna y sacude fuertemente el pie desde el tobillo para abajo. Sacúdelo durante tres minutos hasta que empieces a sentir un hormigueo. Después pon ese pie en el suelo, levanta la otra pierna y sacude el pie tres minutos seguidos. Haz

esto tres veces. Te servirá cuando sientas los pies helados y cuando hayas caminado mucho o permanecido de pie largo tiempo. Te vendrá bien, además, cuando hayas estado derribando piedras movedizas. —Sonrióse un instante y agregó—: Haz siempre los ejercicios descalzo, nunca con las sandalias puestas. Surte mejor efecto tener los pies en contacto directo con el suelo.

El pobre muchacho lanzó un quejido y exclamó:

—¡Ay venerable lama! Ahora me siento mucho más cansado parándome de esta manera, y todos estos ejercicios han hecho que el cuerpo íntegro me duela de cansancio. ¿No puedo descansar un momento?

El lama ocultó su sonrisa.

—Así que me quieres engañar, ¿no es cierto? Lo que ocurre es que te has cansado haciendo lo que no debías; de modo que, si ahora te enseño lo que debes hacer podrás evitar cansarte cuando hagas lo que no debes. Ahora vamos a procurar eliminar el cansancio de la parte superior del cuerpo, por medio de un ejercicio muy elemental que nuestros amigos, los chinos, denominan "relajación del tronco".

—¡Pero, venerable lama! —protestó el joven acólito al borde del desmayo—. Yo creía que íbamos a hacer ejercicios de respiración y no estas cosas horribles.

El lama hizo un movimiento de desaprobación con la cabeza.

—Estos son, precisamente, los ejercicios previos a los de respiración, hijo. Bien; préstame ahora mucha atención, porque este ejercicio particular debe aprenderse, más bien, como una serie de cuatro ejercicios. Su acción está dirigida al cuello, a los hombros, al centro de la espalda y finalmente a todo el cuerpo, desde donde las piernas se juntan con el tronco hasta donde la cabeza se une al cuello. Primero debes pa-

rarte así. —Se inclinó y apartó los pies del muchacho unos sesenta centímetros—. Párate siempre con los pies bien separados y deja que tu cabeza quede colgando hacia adelante como si tus músculos hubieran perdido la fuerza. Con la cabeza colgando libremente, imprímele un movimiento de rotación lento, una vez, en el sentido de las agujas del reloj. Los brazos deben estar colgando sueltamente. Después de eso, deja que tu cabeza quede otra vez colgando inánime hacia adelante, pero ahora debes dejar que tus hombros caigan como si no tuvieras músculos. Es decir que tanto tu cabeza como tus hombros y tus brazos están colgando libremente. Después haz girar tus hombros en el sentido de las agujas del reloj, pero cuidando que la cabeza y los brazos estén fláccidos y no se muevan. Una vez hecho esto, haz el movimiento inverso.

El desventurado muchacho, hecho una verdadera lástima, comenzó los ejercicios, pero al terminarlos se sintió completamente exhausto. No obstante, el lama hizo sonar los dedos inmediatamente para llamarle la atención, y le dijo:

—Ahora, deja el tórax inclinado hacia adelante e imprímele ese movimiento circular a toda la parte superior del cuerpo. Debes hacer rotar todo lo de la parte superior del cuerpo, desde la cintura para arriba. Después de hacerlo en un sentido, hazlo en el otro.

El muchacho permanecía de pie con las piernas bien separadas y con un aspecto de tanto agotamiento que daba la impresión de estar a punto de caerse de cara. Sin embargo, hizo rotar la cabeza y los hombros en una dirección, y después, lentamente, en la otra.

—Ahora —dijo el lama— tienes que poner los pies mucho más separados para tener una buena base de sustentación; deja que de la cintura para arriba todo

esté perfectamente laxo, y luego, curvando la cintura, describe un círculo tan amplio como te sea posible sin que te caigas. Haz un gran círculo en el sentido de las agujas del reloj, de manera que en cierto modo te sientas a punto de perder el equilibrio. Continúa describiendo esos círculos, pero haciéndolos cada vez más pequeños hasta que llegue un momento en que estés inmóvil. Luego comienza a moverte de nuevo en sentido contrario, describiendo círculos cada vez más amplios hasta que estés nuevamente en peligro de perder el equilibrio. Al concluir esto, repítelo una vez más. Después haz rotar los hombros en un sentido y luego en otro. Hecho esto, haz rotar en la misma forma la cabeza. ¡Ya! —dijo el lama—. ¿No te sientes en realidad mucho mejor?

El joven acólito miró con astucia al lama y repuso:

—Sí, venerable lama; debo reconocer que realmente me siento mucho mejor después de esto. Pero estoy seguro de que me sentiría mejor aún si pudiera descansar después de hacerlo, porque, como usted ha dicho, mañana nos espera una larga y difícil travesía y me temo que estos ejercicios me fatiguen inútilmente.

—De acuerdo —repuso el lama con una sonrisa—; por el momento no haremos más nada; pero durante el trayecto hacia las tierras bajas deberás aprender otros ejercicios. Tendrás que aprender algo de respiración, porque nuestro andar no se reduce tan sólo a recorrer la tierra: tenemos que abarcar también el saber. Cuanto más aprendas ahora, menos tendrás que aprender después; y así hasta que alcances el nivel de conocimientos de que, cuanto más se sabe, más es lo que resta saber. Bien; por ahora puedes irte.

De pronto, el joven acólito recobró totalmente sus energías y salió corriendo por el sendero en busca de

cualquier aventura que se le pudiese presentar. El lama volvió a sentarse al borde del farallón y se quedó contemplando aquel amado Valle de Lhasa, donde en ese momento el sol comenzaba a ocultarse y las sombras se hacían cada vez más largas en la tierra rodeada de rocas.

Las sombras tomaron un profundo tinte purpúreo y se extendieron con mayor rapidez por las oscuras tierras del valle. El macizo occidental del cordón montañoso estaba ya en penumbra y aquí y allá podían verse tenues puntos de luz como de llamas mortecinas.

El Potala, mansión del Recóndito, irradiaba destellos como en escamas de oro. Detrás de la Montaña de Hierro, el Río Feliz refulgía como un camino luminoso en un abismo de tinieblas.

Inmediatamente, el sol se ocultó detrás de las montañas y la oscuridad de la noche pareció elevarse como se elevan las aguas en época de avenida. El macizo oriental de la cordillera se fue hundiendo cada vez más profundamente en la naciente noche, y a poco sólo quedó el tinte múrice de ésta y una suave brisa que trasportaba, incluso a esa distancia, un hálito de incienso y de sebo rancio.

A miles de metros más arriba, las cumbres más elevadas conservaban un último reflejo de sol y una línea dorada se extendía como una bandera llameante en los confines superiores, demorándose más tiempo en los puntos más altos, hasta que éstos también se apagaron y se sumieron en la oscuridad total. El tiempo trascurría lentamente. La gente noctámbula comenzó sus actividades. Se oyó el reclamo de una ave nocturna y después de un momento llegó desde lejos la respuesta. Un ratón solitario chilló y en seguida se percibió el rumor de una refriega y otro chillido que cesó abruptamente.

La noche avanzaba. Las estrellas brillaban con todo su esplendor en el aire frío y límpido. Con su relumbrar de colores nunca vistos desde las tierras bajas, parecían parpadear y hacer guiños como si participasen de algo misterioso que estuviese muy fuera del alcance del entendimiento de los mortales. Lentamente, un fantasmal resplandor plateado pobló de brumas el lejano horizonte, y majestuosamente apareció la esfera de la luna, con sus montañas y cráteres, de aspecto llano a simple vista.

La luminiscencia se derramó blandamente por el valle, haciendo brillar los blancos picos helados y arrancando rutilantes destellos de las techumbres del Potala. El Río Feliz se tornó como de plata fundida y las aguas del lago de los sauces convirtiéronse en un espejo perfecto. La luz de la luna se acentuó y la inmóvil sombra del lama, sentado cerca del arbusto al borde del farallón, se recortó claramente. Un escrutador hilo de luz se introdujo por la boca de la caverna y puso al descubierto el cuerpo del joven acólito, que yacía boca abajo durmiendo el sueño que sólo pueden disfrutar los pequeñuelos.

Desde muy lejos llegó el impetuoso retumbar de un repentino desprendimiento de rocas, seguido después de un intervalo por el seco golpeteo de enormes pedrejones que se precipitan contra el suelo luego de haber permanecido en su lugar durante decenas de miles de años; y, como si inopinadamente el sacudimiento del suelo fuese causa suficiente de alarma, se oyó también el graznido de terror de un pájaro.

La noche avanzaba. La luna surcó majestuosa el cielo y se ocultó serenamente detrás de la protectora cadena montañosa, y las estrellas se fueron esfumando a medida que se aproximaba la claridad del nuevo día. El cielo se llenó de colores. De uno a otro horizonte se extendían franjas de luz que se tornaban cada vez más radiantes. Las aves nocturnas graznaron

de sueño y se fueron en busca de sus refugios diurnos al amparo de las grietas de las laderas de la montaña. Las criaturas de la noche se aprestaban para pasar otro día durmiendo.

El viento nocturno aminoró; durante un lapso apreciable reinó una calma chicha y luego comenzó a soplar una brisa ligera en sentido contrario. Los seres que viven de día comenzaban a moverse.

De pronto, el joven acólito se incorporó, se restregó los ojos y se lanzó fuera de la caverna. Un nuevo día había comenzado.

Acabar con el ayuno que impone el descanso nocturno era algo sencillo. Tanto el desayuno como el almuerzo, la merienda y la cena, todas las comidas, llámense como se las llame, son idénticas para los sacerdotes del Tíbet: té y *tsampa*. El té, de la peor calidad y el menos refinado de todos, procede de la China y viene prensado especialmente. Y *tsampa*. Y eso es todo. Ambos manjares suministran todo lo necesario para la conservación de la salud y de la vida.

Luego de desayunar rápidamente, el lama se volvió hacia el acólito y le preguntó:

—¿Qué es lo que tenemos que hacer ahora?

El muchacho bajó la vista esperanzado y repuso:

—¿No podemos descansar un rato, honorable lama? Sé de un sitio en donde hay un nido de buitres con huevos. ¿Vamos a verlos?

El lama suspiró.

—No —replicó—; debemos pensar en quienes han de venir después de nosotros. Tenemos que higienizar la caverna, esparcir en el suelo arena limpia, cuidar que esté bien provista de leña, porque los próximos viajeros que lleguen aquí pueden tener imperiosa necesidad de contar con fuego, con calor. Debemos tener presente que, si a nosotros nos hubie-

ra gustado tener leña, debemos hacer lo que a nosotros nos habría agradado.

El muchacho salió y nuevamente descendió por el empinado sendero, dando puntapiés al pasar a las piedras que encontraba mientras trotaba por la pendiente, hasta que dio con una que no estaba suelta, sino bien enclavada en el suelo. Durante algunos instantes estuvo saltando en una pierna, lanzando alaridos extraordinarios y asiéndose con ambas manos el pie lastimado. Pero en ese momento algo atrajo su atención: una pluma que bajaba ondulando desde el cielo. En su entusiasmo por mirar aquella gran pluma de buitre se olvidó por completo del pie y se lanzó tras ella. Al ver que se trataba de una pluma sucia que el viento había arrastrado hasta allí, la tiró y continuó su interrumpida marcha en busca de leña.

Al cabo de un rato la caverna quedó limpia y barrida con ramas secas, y con un montón de leña apilada contra un muro interior, preparada ya para los próximos viandantes. Entonces, ambos se sentaron juntos en el borde de la roca.

—Tienes que aprender un poco de respiración —dijo el lama—. El ruido que haces al respirar es como el de las alas del buitre en el aire. Veamos; ¿cómo tienes que sentarte para hacer los ejercicios respiratorios?

El joven acólito prestó atención inmediatamente y en seguida se sentó en una Posición del Loto de lo más exagerada. Colocó las palmas de las manos en el regazo y en su rostro se dibujó una expresión perfectamente tonta y fría, a la vez que ponía los ojos de una manera particular, como si estuviese mirando hacia algún lugar imaginario situado a pocos centímetros más arriba y frente a él.

El lama rió de buena gana.

—¡No, no! —exclamó—. Tú no te sientas de ese modo. Respirar es algo natural. Tú te sientas y te

estás de pie de cualquier forma que te resulte conveniente y cómoda. Por las ideas que tiene acerca de los ejercicios respiratorios muchísima gente parece estar tocada. Creen que tienen que adoptar las poses más extravagantes y antinaturales, y que estos ejercicios no pueden beneficiar si no constituyen también un gran sacrificio. Mira, muchacho —continuó—; siéntate o ponte de pie de cualquier modo que te sientas cómodo. Puedes sentarte derecho, pero —y esto es lo único importante— la columna vertebral debes mantenerla erguida en la medida en que te resulte cómodo. La manera más fácil es imaginar que la espina dorsal es un poste clavado en el suelo y que el resto del cuerpo pende libremente de él. Mantén derecha la columna, que así no te sentirás cansado después. —El lama, que ya se había sentado en posición erguida y con las manos juntas sobre el regazo, miró al jovencito—. Relájate, relájate —le dijo—, debes relajarte. No se trata de padecer tortura ni de servir de modelo para una de esas imágenes nuestras de cera. Estás aprendiendo a respirar. Relájate, pues; siéntate con naturalidad y pon derecha la columna. —El muchacho se sentó con más soltura y el lama aprobó con la cabeza—. ¡Ah! Así es mejor, mucho mejor. Ahora aspira lentamente. Haz que el aire llene la parte inferior de tus pulmones, exactamente como las sombras del crepúsculo colman primero la parte baja del valle. Después aumenta la cantidad de aire hasta llenar la porción media y superior de tus pulmones. Puedes percibirlo, verdaderamente. Pero hazlo en forma pareja. —Se detuvo y sonrió—. Cuando las sombras de la noche anuncian la extinción del día —continuó—, comienzan por arrastrarse a ras del suelo; luego, la oscuridad va aumentando constantemente, con suavidad y en forma uniforme, sin que su ritmo se altere, sin empellones. Así debes respirar tú. Es decir, el aire tiene que ir aumentando

y llenándote los pulmones, de la misma manera en que, por la noche, las sombras se acentúan y la oscuridad invade el valle. Pero, a medida que el aire entre en tus pulmones, echa las costillas hacia afuera; imagínate que se trata de un día muy caluroso y que la ropa se te pega. Aparta, pues, la ropa de tus flancos. Bien; echa entonces las costillas hacia afuera de esa manera y ya verás cómo puedes inspirar cada vez más y más aire. —Miró para verificar si el muchacho seguía puntualmente las instrucciones, y satisfecho de que así fuera, prosiguió—: Escucha los latidos de tu corazón; por empezar, pues, haz que el aire penetre por espacio de cuatro latidos. Verás que el cuerpo se expande durante el período de inspiración y que se contrae al espirar. Debes exagerar ligeramente la natural expansión y contracción del tórax. —De pronto, el lama le advirtió con severidad—: ¡No, no, muchacho! ¡De ningún modo! Tienes que mantener la boca cerrada mientras respiras. ¿O es que quieres tragarte alguna mosca? —El pequeño cerró la boca con un sonoro chasquido—. El verdadero fin de este ejercicio —continuó el lama— es hacer que el aire penetre por las fosas nasales y circule por los espacios aéreos del cuerpo, para ser expelido nuevamente a través de las fosas nasales. Cuando quiera que respires por la boca te lo diré. Al principio, mientras no tengas mucha experiencia en esto, debes practicar durante quince minutos aproximadamente, e ir aumentando después hasta treinta.

El muchacho se sentó y comenzó a respirar, en tanto que el lama levantaba lentamente una mano para marcarle el ritmo correcto de la respiración.

—Bien; por ahora ya es suficiente —díjole al fin— Vamos a trabajar.

Se puso de pie y se sacudió la arena del manto. actitud que imitó el muchacho. Después inspeccionaron la caverna para asegurarse de que no se habían

olvidado de nada, y juntos descendieron hacia el valle por el sendero, en cuyo extremo el lama dispuso algunas piedras de manera que señalasen el camino hacia la cueva.

—Ve a buscar los *ponies* —dijo, volviéndose al muchacho.

De mala gana, el acólito se alejó en busca de algún rastro de los caballos y, al cabo, trepándose a un gran peñasco, los divisó como a unos cuatrocientos metros. Cautelosamente se fue deslizando de roca en roca hasta llegar muy cerca de ellos. Advertidos, los caballos se miraron entre sí y luego miraron al joven acólito; pero, a medida que éste caminaba hacia ellos, los animales se alejaban exactamente al mismo compás. El muchacho cambió de dirección y procuró tomarlos de frente, pero los dos caballos, imperturbablemente, aceleraron un poco la marcha y se mantuvieron a la misma distancia. A todo esto, el pequeño ya se sentía bastante acalorado y jadeaba. Esos animales —para él no cabía duda alguna— tenían en la cara una expresión cínicamente socarrona.

Al fin, el joven acólito ya no pudo más y regresó a donde el lama se hallaba aguardándolo.

—¡Ay, honorable lama! —se lamentó algo irritado por la frustración—. Esos caballos no se dejan agarrar. Se burlan de mí.

El lama miró a la pobre criatura y una sonrisa juguetona se le insinuó en la comisura de los labios.

—¿Conque es así? —inquirió tiernamente—. Veamos entonces si vienen por mí.

Se adelantó y golpeó las manos. Los *ponies*, que ya se habían puesto a pastar nuevamente, levantaron la cabeza con las orejas bien enhiestas. El lama volvió a golpear las manos y los llamó. Entonces, los caballos se miraron, volvieron la cabeza hacia el lama, se miraron de nuevo entre sí y comenzaron a

trotar hacia él. Este fue a su encuentro, les dio unas palmaditas y colocó su equipaje sobre el lomo del más grande.

El más pequeño de los *ponies* le echó una ojeada al joven acólito pero cuando éste quiso aproximársele se apartó; y así, al cabo de un momento, el muchacho se encontraba corriendo en pos del caballo, que huía en círculo. Fastidiado ya de la jugarreta, el lama amonestó severamente al animal que al instante se detuvo con docilidad. El muchacho aprovechó, entonces, para acercársele y echarle su fardo al cuello, cuidándose muy bien de mantenerse a distancia de sus cascos.

El lama hizo un gesto con la cabeza, montó a caballo y se quedó aguardando. El muchacho dio un salto excesivamente grande para tomar desprevenida a su cabalgadura, pero el animal hizo un leve movimiento y el chiquillo pasó por encima del lomo y fue a aterrizar estrepitosamente en la arena.

—¡Ay, querido, querido! —se lamentó el lama, suspirando resignadamente mientras se le acercaba—. Todos los días la misma historia. Pero es que tenemos prisa. . . —Se inclinó para levantar al muchacho y lo depositó sin contemplaciones sobre el lomo del *pony*—. ¡Andando! —ordenó—. Ya hemos perdido bastante tiempo. Tenemos que apresurarnos, o perderemos otro día más.

Ambos equinos se echaron a andar a la vez, evitando las rocas. El lama marchaba un poco adelante, en tanto que el chico se esforzaba por mantenerse detrás de él, y, si bien nunca se había destacado como buen jinete, cosa que jamás llegaría a ser, trataba de cabalgar lo mejor que podía.

Mientras marchaban, el lama iba montado cómodamente erguido, descansado y tranquilo. El muchacho, en cambio, sobre su pequeño *pony*, cabalgaba doblado como una bolsa de cebada, pero a diferencia

de ésta, a medida que trascurría el tiempo se sentía más dolorido. Finalmente, después de tres o cuatro horas de marcha, el lama se detuvo.

—Descansaremos un rato aquí —dijo—. Puedes desmontar.

Todo cuanto tuvo que hacer el joven acólito fue dejar de seguir suspendido de las crines del caballo y dejarse caer al suelo como un bulto informe.

El caballo se apartó algunos pasos.

CAPITULO VI

En los lindes del valle de Lhasa, donde el hollado sendero desciende y se interna profundamente en dirección a las abrasadoras tierras bajas e incluso hacia la China, el lama y su joven acólito se echaron a descansar en el suelo de tierra firmemente asentada. A pocos metros de distancia, maneados, los caballos erraban en busca de matas de pasto. En lo alto, un enorme pájaro revoloteaba pesadamente en círculos, atrayendo las miradas no muy interesadas del muchacho, cuya verdadera preocupación eran los dolores y penurias que debía soportar cada vez que montaba a caballo. En aquellos momentos se hallaba echado boca abajo y de vez en cuando volvía la cabeza de un lado y de otro para contemplar el vuelo del ave. Al fin, amodorrado, se durmió.

También en otras partes del mundo había gente descansando. En una fábrica de radios situada en la parte occidental del globo, los obreros se hallaban en uno de esos innumerables "descansos" que rompen la monotonía de la vida de taller. De pronto, Rusty Nales, el carpintero, prorrumpió en carcajadas y arrojó despreciativamente al suelo un libro forrado de azul.

—Este tipo debe de estar tocado —vociferó—. ¡Papanatas! ¡Qué cantidad de gente inconsciente se sale con la suya con los libros!

—¿Qué te pasa, hombre? —preguntóle suavemente Isadore Shutt, el judío moreno, agachándose para recoger el libro causante del disgusto.

Rusty Nales escupió su desagrado y, secándose la boca con el dorso de la mano, exclamó:

—¡Ah! ¡Qué perfecta idiotez es todo eso!

Iván Austin, el camionero, le arrebató el libro a Isadore Shutt y se puso a mirarlo.

—*Avivando la llama*, por Lobsang Rampa —leyó, y luego exclamó con fastidio—: ¡Ah, éste! Pero, ¿habrá alguien que le crea? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular, y continuó—: ¡Este tipo es un necio! ¡Eso es lo que es: un necio!

Shirley May, la telefonista, montó en cólera.

—¡Eso es lo que tú te crees! —prorrumpió furiosa—. No tienes cabeza para nada bueno, ¡bocaza! —Se encogió de hombros y miró con enojo al pobre Iván Austin.

—¡Cállate la boca, mocosa estúpida! —gritó éste, exasperado—. Si tú tampoco crees en estas... estas... —vacilaba buscando la palabra adecuada— estas mentiras. Este tipo es un...

En ese momento se abrió la puerta y entró meneándose Candy Hayter, una de las mecanógrafas.

—¡Vaya manera de gritar la de ustedes! —observó—. Pero yo sé que es verdad lo que dicen estos libros. Su autor ha sido acusado, juzgado y sentenciado por la prensa corrompida, sin que se le diera *ninguna* oportunidad para defenderse. Para ustedes, eso es periodismo; y los incautos como ustedes son tan estúpidos —clavó la vista en Rusty Nales y en Iván Austin— que creen a pie juntillas todo lo que dicen los diarios. ¡Bah!

—Sí, señora; está bien —intervino Bill Collector, de la sección contaduría—. Pero oiga lo que escribe este anormal. —Buscó una página del libro, limpió los anteojos y echó una mirada a su auditorio antes de

comenzar a leer—: *Avivando la llama*, por Lobsang Rampa, página 23, último párrafo. Dice así: "Es perfectamente posible hacer un aparato que nos permita comunicarnos por teléfono con el mundo astral. En realidad, esto ya se ha hecho. . ."

Su voz se esfumó y por un momento hubo un silencio, quebrado al fin por Iván Austin para decir:

—¿Ven, lo que yo digo? Está *loco*. . . El tipo debe de haber estado muy drogado cuando escribió eso.

Ernest Truman, jefe del Departamento de Investigación, frunció los labios y se levantó para dirigirse a su oficina. Al cabo de un momento regresó con una revista abierta en una determinada página.

—Ahora voy a entrar en la discusión —dijo—. Escuchen. Voy a leerles algunos pasajes de una de las revistas británicas más importantes.

Se detuvo para repasar la página, pero en ese momento volvió a abrirse la puerta y entró R. U. Crisp, gerente del establecimiento.

—¿Qué pasa? —preguntó bruscamente—. ¿Creen ustedes que les pago para que se lo pasen de reunión? A ver, ¡muévanse, vamos, a trabajar! ¡Ligero, váyanse, rápido!

—Señor Crisp —arriesgó Ernest Truman—. Le pido un momento, señor, por el bien de la evolución del conocimiento técnico con la cual tal vez tengamos que enfrentarnos después. Quisiera leer a esta gente, *y a usted*, unos pocos párrafos.

R. U. Crisp pensó un instante y al cabo tomó una decisión.

—Muy bien —dijo—. Sé de su formal voluntad de mantenernos informados a todos, de manera que llame a mi secretaria, Alice May Cling, para que tome la versión de eso al pie de la letra.

La secretaria Cling se hizo presente sin pérdida de tiempo, acompañada de Sherry Wines, la cantinera; y

cuando Ernest Truman comenzó a hablar, sus palabras suscitaron la más absoluta atención de los presentes. Porque, después de todo, se les estaba *pagando* por escuchar, lo cual era mucho más cómodo que armar aparatos de radio.

—Se ha denigrado y puesto en tela de juicio al escritor Lobsang Rampa por atreverse a decir lo que, en realidad, constituye una posibilidad científica —pontificó—. Mucho es lo que se lo ha escarnecido por sus sugerencias y por sus exactas aseveraciones. Veamos. La gran revista británica de radio *Wireless World*, en su edición de junio de 1971, trae un artículo, en la página 312, cuyo título es "¿Comunicación electrónica con los muertos? " Voy a leerles algunos pasajes; pero, si desean leer todo el artículo, pueden consultar la publicación que les he dicho. —Se detuvo un momento, atisbó por encima de sus anteojos, se pasó el pañuelo por la nariz y se aclaró la garganta. Luego comenzó a leer—:

> Los comentarios de Free Grid acerca de las ondas ψ modificadas (véase página 212 del número de abril), me hicieron recordar un curioso episodio que me sucedió hace algunos años y para el cual nunca he podido hallar una explicación racional. Cuando tenía catorce años aproximadamente, encontré abandonado en un desván un viejo receptor de radio de aquellos que en los años veinte se conocían, según me parece, con el nombre de "det-2 l.f.".
>
> (. . .) Arreglé, pues, aquella pieza de museo y, queriendo averiguar su capacidad DX, tomé por costumbre, durante las vacaciones escolares, poner el despertador para que sonara a las dos de la mañana y buscar estaciones radiofónicas estadounidenses para escucharlas con los auriculares.
>
> Y ahora viene lo extraordinario. En dos o tres oportunidades, en el lapso de varias semanas, en los momentos en que ya había retirado la bobina remplazable de la antena para cambiar de longitud de onda (lo cual significa que la antena se hallaba virtualmente en circuito abierto), una voz ronca rompió el silencio y dijo algunas palabras. Se la oía claramente, pero tan distorsionada que no se podía entender qué decía. Sólo fueron unas pocas palabras por

vez; pero recuerdo que me quedé esperando alrededor de una hora para tratar de oír algo más, sin conseguirlo. La mayoría de las emisoras europeas hacía ya rato que habían dejado de trasmitir, y yo estaba lejos de las radiodifusoras comerciales de gran potencia y tampoco había aficionados que operasen en el área.

Ya me había olvidado de todo aquello, cuando me lo hizo recordar la hipótesis de Free Gird. Después, de la manera inopinada en que siempre suceden las cosas, di con un libro de publicación reciente, titulado *Breakthrough*, que muy especialmente les recomiendo. Su autor sostiene que, si se conecta un grabador magnetofónico de los comunes y se lo deja andar solo, al pasar la cinta puede advertirse que reproduce voces provenientes de los muertos.

Y, ahora, unas pocas palabras que impresionan más que el "espiritismo", cuya sola mención levanta vehementes opiniones en favor y en contra. De manera que, si usted está en contra y piensa: "Pero, ¡todavía más supercherías sobre vibraciones y ectoplasma! ", le pido que se sofrene y me tenga paciencia unos minutos más.

Yo, personalmente, por el momento soy neutral. Sólo sé lo que he leído. El doctor Raudive, su autor, no se dedica a la electrónica, pero aparentemente ha registrado alrededor de setenta y dos mil de esas voces, de las cuales se ha trasladado al disco una selección que se encuentra en venta. Lo que es más importante aún desde nuestro punto de vista, es que ha reunido una gran cantidad de opiniones imparciales, incluso las de físicos e ingenieros electrónicos de primera línea, todos los cuales corroboran la afirmación de que las voces aparecen verdaderamente en la cinta, a pesar de que no todos ellos están seguros de que provengan de los muertos. Nadie es capaz de formular ninguna teoría que permita conciliar las leyes naturales conocidas con este fenómeno. Los ingenieros electrónicos han sometido a experimentación esta misteriosa producción de voces, por medio de sus equipos especiales, y las han hecho más notorias con diversos circuitos creados por ellos (en este libro se proporcionan los gráficos correspondientes), los cuales son más adelantados respecto del aparato original de Raudive. Entre paréntesis, se dice que el *video tape* podría ser uno de los medios para llevar a cabo futuras tareas de perfeccionamiento.

(. . .) En cuanto a las voces en sí, se dice que "mencionan su propia identidad, que nos nombran y nos dicen

cosas coherentes (o que, a veces, nos desconciertan); son voces que no se originan acústicamente, y los nombres que dan corresponden a personas que sabemos que ya no están en el mundo de los vivos. Las voces se hallan en una cinta que se puede oír y que cualquiera puede escuchar. Los físicos no aciertan a explicar el fenómeno; y, en cuanto a los psicólogos, tampoco éstos logran dar ninguna explicación. Las pruebas científicas han demostrado (en la jaula de Faraday, por ejemplo) que tales voces se producen fuera del experimentador y que no se relacionan ni con la autosugestión ni con la telepatía. También han estudiado el fenómeno los filólogos, quienes han testimoniado que si bien son audibles y se entienden, *las voces no se producen por medios acústicos, tienen el doble de la rapidez de la palabra humana y son de un ritmo peculiar idéntico en los setenta y dos mil ejemplos examinados hasta ahora*". (El subrayado es mío).

Parece, también, que las frases tienen un estilo telegráfico y que, cuando el experimentador domina varios idiomas, el lenguaje es a veces poligloto —una palabra puede ser en sueco, la siguiente en alemán, la otra en inglés, etcétera. Como los mensajes se proponen emanar de fuentes físicas convencionales, el acento parece ponerse en el reconocimiento de los amigos y familiares desaparecidos.

La honestidad del libro parece incuestionable, y sus casi cien páginas de apéndices proporcionan muchos detalles técnicos del aparato utilizado así como las hipótesis referentes a la causa del fenómeno.

(. . .) Entre éstas últimas no faltan las teorías fundadas en la relatividad y en la antimateria.

(. . .) Una cosa es indudable, y es que el problema del origen de esas "voces" está pidiendo a gritos que se investigue. Yo sé, como ustedes, que todo esto suena a imposible. ¿Cómo puede ser que de un micrófono mudo surjan palabras? Sin embargo, no nos olvidemos que, en 1901, era teóricamente imposible que las ondas radiales pudieran atravesar el Atlántico, pues nadie sabía de la existencia de la ionosfera. Esto permite afirmar que, indudablemente, hay una cantidad de cosas relativas a la electrónica, sobre las cuales no sabemos nada hasta el presente.

Ernest Truman concluyó de leer; cerró despaciosamente la revista, se quitó los anteojos y se enjugó el rostro con un gran pañuelo blanco. Luego se caló de

nuevo sus anteojos y miró en torno para observar el efecto que había causado su lectura.

Por un momento, en todos aquellos rostros que lo rodeaban se pudo advertir una expresión atónita. Iván Austin se había quedado de pie con la boca abierta, y Alice May Cling estaba colgada del brazo de su amiga. En cuanto a Rusty Nales, respiró profundamente y dejó escapar una expresión de asombro:

—¡Caray! ¿Qué les parece?

Eva Brick, la muchacha empaquetadora de válvulas, se volvió hacia su amiga Ivy Covrd y sonriendo con suficiencia le dijo:

—¡Vaya, vaya! Así que una vez más Lobsang Rampa ha demostrado que tiene razón... ¡Cómo me alegra!

Empero, la última palabra fue de R. U. Crisp.

—¡A trabajar, señores, ya se han divertido bastante! ¡A trabajar! ¡Esto *cuesta dinero*!

Y así, de uno y de dos, el personal se dirigió a sus tareas lo más lentamente posible, comentando en forma atropellada todo lo referente al tema.

En los lindes del valle de Lhasa, donde el sendero desciende hacia las tierras bajas y donde el lama y su acólito se incorporaban ya para prepararse a continuar su travesía en los reluctantes *ponies*, el descanso había llegado también a su fin.

Una vez más los caballos se apartaron del muchacho, mofándose evidentemente de él y manteniéndose a una distancia justa, precisa, para que no pudiese alcanzarlos, y eludiendo hasta sus más enérgicas arremetidas para sujetarlos. Al fin, el lama tuvo que adelantarse nuevamente y entonces los *ponies* fueron mansamente a su encuentro. Luego, ambos

tomaron sus bultos, montaron y se echaron a andar camino abajo.

Detrás del lama, que marchaba a la cabeza, y a más o menos cincuenta metros de distancia, iba el acólito cuyo *pony*, afortunadamente, seguía por su propia voluntad a su congénere, porque él no ejercía casi ningún control sobre su cabalgadura. El camino, que se internaba entre elevadas rocas y en las profundidades de inmensos precipicios, los iba acercando gradualmente al Río Feliz. En ese punto, el río recibe el nombre de Yaluzangbujiang; pero, después de abandonar el Tíbet y de describir una curva muy cerrada en forma de horquilla entre las montañas, se trasforma en el caudaloso Brahmaputra —cuyo volumen y fuerza aumentan hasta que va a precipitarse en la Bahía de Bengala—, que constituye uno de los más importantes ríos de la India. Por el momento era el río feliz, con sus tres vertientes en el Tíbet, todas ellas reunidas en Lhasa —en el valle de Lhasa—, y alimentado por incontables corrientes tributarias dentro del mismo valle. Innúmeros manantiales brotaban al pie de la Montaña de Hierro y del Potala y formaban el Lago del Templo de la Serpiente, el Lago de los Sauces y los fangales, para ir a desaguar suavemente en el Río Feliz. Allí, en los declives que continúan al valle de Lhasa, el río se tornaba más ancho y torrentoso.

Durante tres, o tal vez cuatro días, el lama y su acólito continuaron la marcha. En aquellas comarcas, donde el tiempo carece de importancia, donde no hay relojes ni nada que señale el trascurrir de los días y los meses, salvo la trayectoria del Sol y las fases de la Luna, uno pierde la cuenta de los días.

De las elevadas mesetas descendieron a las tierras bajas, donde el rododendro alcanza grandes dimensiones y a veces llega a tener una altura de siete a nueve metros, y donde las flores —cada una de ellas

del tamaño de un repollo— forman un tapiz de exultantes colores. El lugar estaba poblado, también, de gran diversidad de plantas y árboles. La atmósfera era densa, brumosa, cálida, debido a que el aire quedaba encerrado en un desfiladero rocoso, en una profunda grieta. Por un lado se hallaba un frente rocoso y, por el otro, a mano derecha, se precipitaba el río, bramando y rugiendo en las abras y desplomándose una y otra vez desde una altura de treinta metros, sobre picos rocosos, para luego continuar volcándose, más abajo, en profundas hoyas.

Muchas veces, el lama y su acólito tenían que cruzar y recruzar el río por precarios puentes construidos con maderos suspendidos de bejucos o largos tallos de plantas trepadoras, tallos estos que son flexibles como la maroma y fuertes como la madera; y cada vez que esto ocurría tenían que vendar los ojos a los *ponies* y conducirlos cuidadosamente por aquellos puentes, pues de otra manera no habría habido *pony* ni caballo alguno que se hubiese atrevido a atravesar tan riesgosas estructuras.

Al cruzar uno de esos puentes, el joven acólito, que marchaba tambaleándose y frotándose quejosamente las nalgas, se dolió:

—¡Ay, honorable lama! Después de cabalgar durante todos estos días, comprendo perfectamente por qué los mercaderes que van y vuelven de la India tienen ese modo tan peculiar de andar.

Finalmente, al cabo de tres o cuatro días más, con sus reservas de alcacer exhaustas y padeciendo los tormentos del hambre, alcanzaron a divisar un pequeño lamasterio enclavado en lo profundo de un valle. A sus espaldas, una cascada vertía sus aguas desde una escarpa, las cuales pasaban al lado de aquel pequeño lamasterio en su impetuoso y prolongado curso en dirección a la Bahía de Bengala.

A la entrada del lamasterio se hallaban reunidos unos cincuenta o sesenta monjes que miraban hacia arriba con las manos puestas sobre los ojos, a modo de visera, para protegerse del sol, y, cuando la alta figura del lama estuvo al alcance de su vista, prorrumpieron en expresiones de bienvenida mientras el abad corría hacia él gritando de alegría. Inmediatamente, los monjes sujetaron a los *ponies* y ayudaron a desmontar al lama y al acólito.

El joven acólito comenzó a recomponerse en seguida, porque ¿acaso no era él uno de los acólitos del Potala, de la Sagrada Lhasa? ¿No pertenecía a la flor y nata de la élite? ¿No acompañaba, acaso, al Venerable Gran Lama para impartir instrucciones a ese lamasterio? Era natural, entonces, que mereciese el mayor respeto, que fuese acreedor del respeto debido a un lama en cierne, cuando menos. Por eso se componía y se pavoneaba, hasta que de pronto se acordó de que tenía hambre.

En esos momentos, el abad se encontraba conversando animadamente con el lama —con aquel lama que venía del centro principal de estudios lamaístas— y de improviso se lanzaron como impulsados por un resorte hacia el lamasterio, donde ya se había preparado té y *tsampa* calientes. Allí se hallaba el joven acólito, que había tomado un gran sorbo y se sentía morir, tosiendo, balbuceando y salpicando té por todas partes.

—¡Ay, venerable lama! —exclamó aterrorizado—. ¡Rápido, auxílieme!

El lama fue hacia él rápidamente y le dijo:

—No tengas miedo, que no es nada. Piensa que aquí estamos en un lugar mucho más bajo y que la temperatura del té es por eso más elevada. Ya te he explicado que el punto de ebullición del agua, en Lhasa, es tibio comparado con el de aquí; por eso hay que esperar un poco y no beber con tanto apre-

suramiento. A ver, pruébalo de nuevo, que ya ha de haber bajado la temperatura. —Dicho esto, el lama retornó sonriente a su conversación con el abad y con algunos de los lamas del lugar.

El acólito, que todavía se sentía algo atolondrado, levantó recelosamente el tazón y con todo cuidado bebió un sorbo de té. La infusión, por cierto, estaba todavía caliente, y más para el muchacho que en su vida había probado nada a tan alta temperatura, pero aun así era deliciosa. Después, la atención del chico se sintió atraída por el *tsampa*, pues era la primera vez que lo comía caliente.

Mas, ya llegaba el clangor de las trompetas y el resonar de las caracolas. Por la puerta del templo emergían nubes de humo de incienso y desde muy cerca se oía el grave rumor de las voces lamaístas que señalaban el comienzo del oficio vespertino, a cargo de monjes y lamas, y al cual se disponían ya a asistir el Gran Lama y su acólito.

Esa noche se habló mucho. Se habló de lo que sucedía en Lhasa, de lo que los mercaderes procedentes de la India contaban a los lamas acerca de los monjes, y así la conversación de los lamas y acólitos alcanzó animación en aquel pequeño lamasterio. Además, se contaron sucesos referentes a los cultivadores de té de Assam, episodios tocantes a los mercaderes de Bhutan y, por supuesto, las inevitables historias acerca de los chinos y sus vilezas, de su perfidia, y de que, con el correr de los años, habrían de invadir aquellas tierras. La conversación, pues, se tornaba interminable. En ese lugar, el sol se ponía temprano y la más profunda oscuridad cubría aquella negra hondonada del valle.

La noche, en el lugar, no era tan silenciosa, con los pájaros y demás animales que con mayor profusión que en las inmediaciones de Lhasa lo habitaban.

Allí, como las tierras eran bajas, al joven acólito le costaba trabajo respirar debido a la atmósfera demasiado húmeda, excesivamente densa. Le parecía que el aire lo ahogaba y andaba de un lado a otro, desvelado, pues le resultaba totalmente imposible dormir entre las cuatro paredes del dormitorio colectivo de los monjes.

Fuera, al aire libre, se sentía el exquisito aroma de las flores que flotaba en la fría brisa de la noche. Los animales hacían oír sus reclamos, y las aves nocturnas pasaban batiendo sus alas, negras sombras en la oscuridad del cielo. A su izquierda, el Río Feliz se precipitaba sobre una saliente rocosa y bajaba impetuoso esparciendo su espuma blanca y arrastrando pedruscos y guijarros en su alocada carrera en dirección al mar. El chiquillo, sentado en una roca a un lado de la cascada, pensaba en todo cuanto le había sucedido, en su vida en Chakpori, en el Potala, y en que ahora, al día siguiente, tendría que seguir las clases de respiración que le daría su amado lama.

Repentinamente, la noche se tornó aún más oscura y el viento sopló gélido, produciendo la impresión de penetrar hasta los huesos debido a su humedad. El pequeño se levantó tiritando y a toda prisa se dirigió al lamasterio para ir a dormir.

La luz del día demoraba mucho más en llegar a aquel lamasterio diminuto oculto en el abrigado valle rodeado por todas partes de enormes rocas densamente cubiertas de vegetación subtropical (debido a que, por lo compacto de la atmósfera, la temperatura sube rápidamente), dado que los rayos solares eran interceptados casi hasta promediar la mañana, por lo cual todo permanecía en penumbra en una vaporosa lobreguez.

En lo alto, el cielo era de una diáfana luminiscencia con el advenimiento del nuevo día. Ya habían dejado de brillar las estrellas y los rayos de la luna.

Todo era claridad, pero todavía, en aquel valle, el joven acólito se sentía oprimido, sofocado, pletórico de aire. . . como en realidad ocurría. Se levantó y salió del dormitorio para dirigirse al descampado, hacia lo que para él era la pálida luz del día. Palidez que se filtraba a través de la bruma o de la niebla. Palidez acentuada por el rocío que, debido a la oscuridad, carecía de iridiscencia.

El joven acólito se sintió solo en medio de aquel mundo sumido en el sueño, y pensó lo perezosos que eran en ese tranquilo remanso de la fe.

Buscó, pues, un sitio donde sentarse a la vera de la cascada, y se hundió en sus meditaciones acerca de algunas de las cosas que había aprendido en el Potala y en Chakpori, de las cosas que sabía respecto de la respiración. Y, como también pensaba que ese día iba a aprender más aún sobre el particular, resolvió hacer en esos momentos algunos ejercicios.

Sentóse en posición erguida, con la columna vertebral derecha, y comenzó a aspirar y espirar profundamente una vez tras otra. Y lo hizo con ahínco, con verdadero ahínco. Pero súbitamente sintió que se le iba el alma del cuerpo y experimentó una sensación sumamente particular. Cuando recuperó la noción de las cosas se halló tendido en el suelo y vio al Gran Lama agachado a su lado.

—¡Hijo! —decía la voz del lama—. ¿Te has olvidado de todo cuanto te he dicho? Aquí, recuérdalo bien, el aire es más fuerte que aquél a que tú estás acostumbrado. ¿No ves que has estado ejercitándote en este ámbito y tú mismo te has embriagado por el exceso de oxígeno?

Luego le roció la cara y la cabeza rapada, y el chico se estremeció espantado.

—Ya te he advertido —prosiguió el lama— que no hay que extremar la respiración profunda al principio. Aunque te parezca bueno, no la exageres. Y,

por añadidura, tú lo has hecho aspirando a todo pulmón este aire tan fuerte... Te he visto desde la ventana. Tus pulmones se expandían y se contraían como fuelles... Pero he llegado justo a tiempo, porque, de no ser así, te hubieras desbarrancado y ya no habría tenido a nadie para divertir a los *ponies*... Ven; ponte de pie y volvamos al lamasterio.

Inclinándose, el lama ayudó al muchacho a levantarse y juntos se encaminaron hacia el templo, donde ya se había preparado té y *tsampa*. Al verlos, el chico se sintió infinitamente mejor; pero cobró aún más ánimo al advertir que había otras cosas, algo así como unos frutos que para él eran desconocidos.

—¡Oh! —comentó con otro mozo próximo a él—. En Lhasa no tenemos nada de esto. Sólo hay té y *tsampa*, y nada más.

El muchacho sonrió y repuso:

—¡Oh! Aquí no lo pasamos tan mal. —Y agregó con cierta afectación—: Tú sabes: aquí vienen los campesinos a solicitar nuestros servicios. Nosotros vamos, echamos una o dos bendiciones y nos dan frutas y hortalizas. Con esto se hace más llevadero el eterno *tsampa*. A mí, personalmente, me gusta más estar aquí que en Lhasa. La vida es mucho más tranquila.

Se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas, frente a unas mesas bajas, y se sirvieron té y *tsampa* en tazones. Por un rato todo fue silencio, interrumpido solamente por la voz de un Lector que, desde un sitial elevado desde el cual se dominaba todo el recinto del comedor, solía leer los Libros Sagrados durante las comidas por considerarse conveniente que los monjes no prestasen demasiada atención a las viandas.

—Ten cuidado cuando comas esas frutas —le dijo por lo bajo al joven acólito el muchacho con quien antes había hablado aquél—. Porque, si comes

mucha, ya verás lo que sentirás por dentro. Cuando se las come, no se siente nada, pero después vienen las consecuencias.

—¡Ay! —exclamó el pequeño acólito sintiéndose desfallecer—. ¡A buena hora! Ya me he comido cinco. Ahora, que me lo dices, me siento algo raro por dentro.

Su interlocutor se rió y tomó otra fruta. Al fin, todos concluyeron de comer y el lector suspendió la lectura. Luego, el abad se incorporó y anunció que, en esa oportunidad, el Honorable Gran Lama de Lhasa, del Santuario de los Santuarios, el Potala, se había trasladado hasta allí especialmente para dictar cursos sobre la respiración y la salud, y que quienquiera que tuviese algún problema de salud quedaba invitado a conversar posteriormente con él sobre el particular. Inmediatamente, todos se levantaron y se trasladaron al templo propiamente dicho, donde había más espacio.

Una vez allí, el lama los invitó a que se sentaran cómodamente. Los niños se situaron delante, más atrás los monjes jóvenes y por último los lamas, todos sentados en perfectas hileras.

El lama comenzó por dar algunas someras instrucciones y después expresó:

—Debo recalcar, una vez más, que de ningún modo es imprescindible que os sentéis en la posición del loto ni en ninguna otra que no sea cómoda. Siempre debéis sentaros de la manera más agradable, en una posición en que vuestra columna vertebral se halle derecha, porque solamente así es posible obtener el máximo de beneficios. Recordad, asimismo, que durante el día hay que sentarse con las palmas de la mano vueltas hacia arriba para poder absorber la benéfica influencia del sol; pero que, cuando los ejercicios se hacen después de la puesta del sol, hay que poner las palmas hacia abajo, porque en ese

momento estamos bajo la influencia de la luna. Y, ahora, permítaseme repetir que es preciso tomar el pulso. Para ello debéis colocar vuestros dedos sobre la muñeca izquierda, para llevar la cuenta de las pulsaciones y así poder determinar el tiempo en que se debe aspirar y espirar. El promedio debe ser: uno, dos, tres, cuatro (para la aspiración); uno, dos, tres, cuatro (para la espiración). Repetidlo en voz alta seis o siete veces hasta que vuestra verdadera pulsación se os grabe perfectamente en la mente, de modo que, aun cuando no os toméis el pulso, podáis percibir el ritmo de vuestros latidos. Esto os llevará algunos días de práctica, pero después veréis que os es posible llevar la cuenta de vuestro pulso a través de una vibración interna del cuerpo, sin necesidad de tener que tomarlo nunca más. Lo primero de todo es aspirar, siempre, por supuesto, con la boca cerrada. Aspirad profundamente mientras contáis hasta cuatro, pero es de vital importancia que inspiréis con toda suavidad y no a borbotones. Los principiantes tienden a aspirar al contar cuatro, y eso es perjudicial; se debe respirar suavemente mientras se cuenta mentalmente hasta cuatro. Así, una vez que hayáis contado hasta cuatro tendréis vuestros pulmones llenos; luego debéis exhalar contando también cuatro pulsaciones. Haced esto durante un tiempo y al cabo de varios días estaréis en condiciones de absorber aire por espacio de más de cuatro pulsos, quizá durante seis u ocho. Pero nunca debéis esforzaros. Hacedlo siempre de manera que esté perfectamente dentro de vuestras posibilidades.

El lama miró en torno y pasó revista a los niños, monjes y lamas que se hallaban sentados con las palmas de las manos hacia arriba y respirando según el ritmo de cada uno. Movió la cabeza en signo de aprobación y levantó una mano para que todos interrumpieran el ejercicio.

—Ahora —dijo— pasaremos a la segunda etapa, en la cual haréis exactamente lo mismo que habéis venido haciendo hasta este momento, pero conteniendo la respiración después de haber inspirado. Primero, entonces, aspiramos durante cuatro pulsaciones. Luego retenemos el aire por espacio de dos latidos, y después lo expelemos durante otros cuatro. El propósito de este ejercicio especial, de esta forma particular de respirar, es el de purificar la sangre. Sirve también para perfeccionar el buen funcionamiento del estómago y del hígado, y cuando se lo lleva a cabo correctamente fortalece el sistema nervioso. Tened presente, también, que nosotros partimos de una base: cuatro, dos, cuatro. Empero, ésta representa sólo un promedio, de suerte que no tenéis por qué ser esclavos de ella. Bien puede ser que vuestro promedio sea de seis, tres, seis, o de cinco, tres, cinco. Este debe ser exactamente el más adecuado y el que menos esfuerzo os exija.

Se detuvo y observó a los concurrentes, los cuales, según las instrucciones, realizaban ya diez, ya veinte o veinticinco veces el ejercicio. Después, aprobó nuevamente con un gesto y volvió a levantar una mano.

—Bien; avancemos un paso más. He visto que, particularmente entre los jóvenes, hay quienes adoptan posturas inadecuadas. Se trata de jóvenes y niños que caminan encorvados. Pues bien, eso es perjudicial para la salud. Al caminar debéis seguir vuestro ritmo de pulsaciones y de respiración. Practiquemos de esta manera: primero debéis estar de pie, en posición erecta, sin inclinaros hacia adelante ni tampoco echaros hacia atrás, es decir, erguidos, con vuestros pies juntos y la columna derecha. Ante todo, espirad cuanto podáis, expulsando todos los vestigios de aire de los pulmones. En seguida comenzad a caminar y, al mismo tiempo, aspirad muy profundamente. No tiene importancia que comencéis

con el pie izquierdo o con el derecho; pero, eso sí, tenéis que inspirar en forma verdaderamente muy profunda. A la vez, llevad un paso lento y rítmico. Debéis marchar al compás de los latidos de vuestro corazón. Tenéis que aspirar durante cuatro latidos, de modo que en ese lapso, pues, daréis cuatro pasos. Pero luego tendréis que dar cuatro pasos más durante los cuatro latidos que demanda exhalar el aire. Haced esto en seis series consecutivas de cuatro, pero recordad con sumo cuidado que vuestra respiración debe ser absolutamente pareja, que no debe verificarse al compás de los pasos; es decir, no debéis bombear el aire en cuatro etapas o pasos según vais marchando, sino que debéis inspirar de la manera más uniforme que os sea posible.

Viendo a los niños, monjes y lamas moverse de un lado a otro mientras realizaban los ejercicios respiratorios, el Gran Lama de Lhasa tuvo que contenerse para no dejar traslucir la sonrisa de íntimo regocijo que aquello le provocaba. En cambio, complacido de que lo hicieran bien, prosiguió:

—Recordemos ahora que hay muchos sistemas de respiración y que, según sea la tarea específica que se deba realizar, hay una manera de respirar que nos permite llevarla a cabo, porque respirar es algo más que llenar de aire los pulmones. La respiración correcta nos vivifica y tonifica auténticamente nuestros órganos. La forma de respirar que hemos visto, se conoce como sistema de respiración completo. Se trata de un sistema que purifica la sangre y que es bueno para el estómago y otros órganos. También es apropiado para curar los resfríos. —Se detuvo un momento y miró a los que sorbían por la nariz. Luego continuó—: En estas tierras bajas del Tíbet, los resfríos son habituales, y no parece que se haya hecho nada por evitarlos. Si seguís correctamente el sistema de respiración que acabo de enseñaros,

podréis curaros los resfríos. Ahora veamos otro sistema con el cual es posible llegar a contener la respiración durante más tiempo que el normal. Sentaos, por favor, con la columna vertebral derecha, pero dejad el resto del cuerpo relajado. —Esperó unos instantes a que los circunstantes se acomodaran nuevamente, arreglasen sus mantos y se sentaran con las palmas de las manos hacia arriba, y luego explicó—: Ante todo, debéis realizar una inspiración completa, es decir, lo mismo que hemos venido haciendo hasta ahora. Luego retened el aire cuanto os sea posible, pero sin esforzaros. Hecho esto, expulsado enérgicamente el aire por la boca como si tuviese mal gusto, como si deseaseis expelerlo con todas las fuerzas de que sois capaces. Probemos otra vez: primero inspiráis durante cuatro latidos; luego retenéis el aire que acabáis de inspirar durante todo el tiempo posible, pero sin que eso os cause molestia alguna; y, finalmente, expeléis el aire con la mayor fuerza posible a través de la boca. Ya veréis que, luego de hacer esto varias veces, vuestra salud mejora notablemente.

Detúvose de nuevo para verificar que sus discípulos realizaran correctamente los ejercicios, y, al advertir que un hombre mayor se iba poniendo azulado, se apresuró a indicarle:

—No, hermano; os habéis esforzado excesivamente. Estos ejercicios deben hacerse en forma natural, tranquila. No hay que ejercer violencia ni deben realizarse esfuerzos. Respirar es algo natural, de manera que, si nos esforzamos o ejercemos violencia, nada bueno sacaremos de esta forma de respiración. Vos, hermano, estáis siguiendo un ritmo equivocado. Os estáis esforzando por aspirar más aire que el que pueden contener los pulmones de las personas mayores. Tened cuidado, hacedlo tranquilamente, sin violencia, y os sentiréis mejor.

Al fin, después que los niños, los monjes y los lamas hicieron durante aquella mañana sus ejercicios respiratorios, para delicia del joven acólito las lecciones llegaron a su término y, tanto él como los demás, quedaron en libertad para salir a campo abierto, donde ya el sol del mediodía se derramaba sobre el valle disipando las tinieblas, aun cuando, también, aumentando desdichadamente el calor. Los insectos zumbaban obstinadamente en torno, obligando al infeliz acólito, que no estaba acostumbrado a ellos, a saltar y saltar continuamente para eludir los ataques que le inferían en las partes más vulnerables de su anatomía.

CAPITULO VII

Lady St. John de Tawfe-Nause, del Hellzapoppin Hall, sentóse en mayestática soledad a la cabecera de la inmensa mesa del salón comedor. Contrariada, jugueteaba con una pequeña rebanada de pan de centeno tostada que tenía ante sí. Tomó con delicadeza la taza de té y la llevó hasta sus bien delineados labios; pero inmediatamente, respondiendo a un impulso, la depositó en el platillo y se dirigió presurosa a su escritorio labrado. Escogió una hoja de papel de carta que tenía impreso el timbre de un famoso antepasado normando (¡en realidad, se llamaba Guillaume!), formado por un cuclillo calvo rampante (concedido por ser él también un poco cuclillo y porque andaba siempre arriesgándose), y comenzó a escribir con una pluma que había sido sustraída a uno de los lacayos del Duque de Wellington, el cual, a su vez, la había sustraído en una posada de Fleet Street.

"De manera que es usted el autor de *El Tercer Ojo*. . .", escribió. "Pues bien, deseo verlo. Venga a mi club, pero no olvide presentarse con el atuendo propio del occidental civilizado. Debo tener en cuenta mi posición. . .".

Bertie E. Cutzem, uno de los más conspicuos cirujanos de Inglaterra, integrante de la mayor parte de las sociedades culturales, miembro de infinidad de

agrupaciones, *bon vivant*, clubista y defensor de los derechos de las clases privilegiadas, sentóse en su despacho con la barbilla apoyada en el puño. Al cabo de un rato, y después de hondas cogitaciones, tomó una hoja de papel sobriamente adornada con un monograma, y escribió:

"Acabo de leer *El Tercer Ojo* y considero que todo cuanto usted dice en él es auténtico. Mi hijo ha manifestado poderes ocultos y sabe por otros conductos que usted está en lo cierto. Me agradaría mantener una entrevista con usted, pero *le ruego* que me devuelva esta carta, porque mis amigos podrían burlarse de mí. . .".

El acaudalado cineasta californiano tomó asiento en su fastuosa oficina, rodeado de odaliscas semidesnudas. El nombre de Sylva Skreen era ya conocido. Años antes había llegado a los Estados Unidos procedente de Grecia, de donde había salido como manteca en plancha caliente, huyendo de lo que lo aguardaba si se quedaba en su país. La policía quería ponerlo "a la sombra". Por eso se había precipitado a América, donde fue a establecerse en San Francisco con los fondillos y las suelas de los zapatos agujereados. En cuanto a su conciencia, ésta no se hallaba tampoco en muy buen estado.

En aquel momento, ese gran hombre, Sylva Skreen, se encontraba sentado en su despacho y se disponía a escribir una carta que, esta vez, no mecanografiaría su secretaria. Con toda parsimonia desenroscó su estilográfica de oro macizo —la tachonada de brillantes, con un enorme rubí en el extremo opuesto a la pluma—, hizo una mueca, hurgó en su mente algunas palabras de su maltrecho y fragmentario inglés, y al fin, cuando ya el suspenso se tornaba fatigoso, estiró un brazo, tomó una llamativa hoja de papel y comenzó a escribir.

En la carta, en realidad, aquel gran dios griego de la pantalla plateada* requería la presencia del autor de *El Tercer Ojo* para que éste le hiciese conocer su suerte y tal vez pudiese aun acrecentársela. En ella incluía el importe para el pasaje de regreso por vía aérea.

Con todo el dolor de su alma extendió un cheque y lo colocó en el sobre que, con la mayor presteza, llevó al correo un dependiente.

Sylva Skreen se quedó cavilando en su oficina. Cierto desasosiego le carcomía el lado del bolsillo. "¿Qué he hecho? ", exclamó. "He tirado el dinero. ¡Me estoy volviendo loco! Pero no importa: ya lo arreglaré." Levantó su abultado abdomen para apoyarlo en el lujoso escritorio y sin pérdida de tiempo llamó a su secretaria y le dictó: "Al autor de *El Tercer Ojo*: Usted tiene dinero mío. A usted no lo preciso. Quiero mi plata. Y, si no me la devuelve inmediatamente, informo a la prensa que me la ha sustraído. De modo que envíeme en seguida mi dinero. ¿Enterado? "

Al punto se presentó un funcionario que actuó a todo correr para que se despachase al instante la misiva dirigida al Autor. De suerte que, al tiempo —dada la cachaza de los correos—, Sylva Skreen, el Griego, pudo acariciar con sus pringosas manos el dinero que se le devolvía.

Estando en el lejano Uruguay, el Autor recibió una carta proveniente de Seattle, E.U.A. La enviaba un individuo sumamente acaudalado, que decía: "Me he enterado de que quiere usted regresar a América del Norte, pero que no dispone de dinero para viajar. Le hago, pues, una proposición muy ventajosa. Me

* El autor recurre a un juego de palabras al denominar Sylva Skreen a su personaje, nombre que, con pequeñas variantes, equivale a *silver screen* = pantalla plateada para proyecciones cinematográficas. (*N. del T.*)

ofrezco para costear su viaje a Seattle y mantenerlo durante el resto de su vida. Tendrá usted habitación y comida. Sé que no le interesará tener demasiada ropa. En pago deberá cederme todo cuanto posea y trasferirme legalmente todos los derechos de autor. Yo me ocuparé de comercializar sus libros y tomaré sus derechos como retribución por mantenerlo."

El Autor pronunció una palabra indecible de una manera indecible acerca de este personaje indecible.

La puerta retumbó debido a los potentes golpes, los cuales se repitieron al no acudir nadie a abrirla instantáneamente. Después, pasos presurosos y el ruido de la puerta al abrirse.

—Ver un momento, ¿no? —dijo una voz gutural profunda—. Señor lama vengo ver. ¿Adentro deja pasar, sí? —Rumor de voces y una de ellas cuyo tono se hace más alto—.

—Amigo, ella dice ir, dice. Dice usted al lama quiere ver, dice. No mueve del umbral conmigo y espera todavía. Dice a él está Vilhemina Cherman, ¿eh?

Medianoche en Montreal. A los lados del río, las luces de los rascacielos de Drapeau's Dream se reflejaban en las apacibles aguas del puerto. Inmóviles, los barcos anclados reposaban plácidamente esperando la llegada del nuevo día. A la izquierda, donde la dársena de Windmill sirve para amarrar los remolcadores, las aguas se agitaron de pronto al paso de una pequeña embarcación que se dirigía hacia un carguero que acababa de llegar. En la cima del edificio más alto, un faro giraba hendiendo con sus haces luminosos el cielo nocturno. Un avión de reacción pasó silbando sobre la ciudad, luego de despegar desde el fondo del Aeropuerto Internacional.

Medianoche en Montreal. La casa se hallaba entregada al reposo. A un reposo que repentinamente se vio interrumpido por el insistente sonar de la campanilla de entrada. Vestirse y abrir la puerta todo fue uno. Sólo alguna grave urgencia podía justificar aquella perentoria manera de llamar a hora tan intempestiva.

—¿Rampa? —preguntó una bronca voz francocanadiense—. ¿Vive aquí el doctor Rampa?

Dos individuos corpulentos se abrieron paso hacia el interior y, una vez dentro, se detuvieron escudriñándolo todo.

—Policía. Sección Defraudaciones —dijo por fin uno de ellos.

—¿Quién es ese tal doctor Rampa? ¿En qué se ocupa? ¿Dónde está? —inquirió el otro.

Preguntas, preguntas y más preguntas. Pero, al cabo, la contrapregunta:

—¿Qué desean? ¿Para qué han venido?

Los policías se miraron confundidos. Sin pedir permiso siquiera, el mayor de los dos tomó el teléfono y marcó un número. A continuación se sucedió un rápido intercambio de fuego graneado en lengua francesa, pero en su versión francocanadiense, hasta que al cabo el policía colgó el tubo y dijo:

—¡Bah! Nos llamaron al coche policial y nos dijeron que viniésemos aquí. No nos informaron por qué. Acaba de decirme el jefe que un hombre lo llamó desde Alabama y le pidió que le mandara decir al doctor Rampa que lo llamase urgentemente. Es urgente. ¡Llámelo *ya*!

Incómodos, ambos policías permanecían mirándose, descansando ora en una pierna ora en la otra. Por último, el de más edad dijo:

—Bueno. Nosotros nos vamos. Pero hable en seguida. ¿eh?

Se volvieron y salieron de la habitación. A poco oyóse el rugir del automóvil que partía y se lanzaba por el camino a mayor velocidad que la permitida por las ordenanzas. En esos instantes sonó el teléfono.

—Habla el inspector de policía. *¿Ha telefoneado ya?* La persona me dijo que es urgente, cuestión de vida o muerte. —Se oyó un "clic" y la comunicación se cortó.

Aquella carta había llegado junto con otras setenta aproximadamente. El sobre era de color malva adornado con flores inverosímiles por todas partes. El papel también era de ese tinte espantoso, agravado por la presencia de unas guirnaldas de flores entrelazadas en torno a las márgenes. En un confalón situado en la parte superior decía " ¡Dios es Amor! "

El Autor frunció la nariz por el hedor que se desprendía de la carta. El "perfume" utilizado, pensó, debía de provenir de algún zorrino enfermo, muerto al acabar de comer.

La carta decía: "Soy la Vieja Macassar, que echa la suerte y hace mucho bien. (Cinco dólares por cada pregunta o un buen donativo.) He leído sus libros y deseo que sea usted mi Guía. Eso me dará un gran *poder* en mi propaganda. Envíeme rápido una carta de consentimiento, porque quiero darla a conocer."

Otra carta decía: "Rampa se ha comercializado. Ya veo que usted es un falsario, porque se mete en negocios y hace dinero." El desdichado Autor se recostó en su lecho y trató de entender *eso*. ¿Es decir que toda la gente que se ocupa en negocios es falsaria? ¿Cómo es eso? "Bien; lo analizaré en mi próximo libro", pensó.

Señoras y señores, niños, felinos de todo jaez, escuchad este aserto, proclama y declaración: Yo,

Martes Lobsang Rampa, en uso de mis nombres propios, legales y únicos, digo: Que *no* tengo intereses comerciales. Que no me dedico a actividad alguna que no sea la de escritor. Que *no* avalo ningún incienso, a ninguna empresa de ventas por correo ni nada. Ciertas personas vienen utilizando denominaciones como, por ejemplo, "El Tercer Ojo": yo he escrito un *libro* con ese título, pero no he fundado ninguna compañía de ventas por correo. De modo que no tengo nada que ver con ella.

Señoras y señores, niños, felinos de todo jaez. Yo no tengo discípulos, estudiantes, representantes, seguidores, alumnos, intereses comerciales ni agentes, excepto mis agentes *literarios.* Tampoco he escrito ningún libro "rechazado por los editores debido a su contenido ilícito". Puede haber alguien que pretenda despojaros del dinero que tanto trabajo os cuesta ganar (¡ojalá pudiera ganarlo yo!). De modo que estáis advertidos. . . y por mí.

El Autor se echó hacia atrás y se puso a pensar en los inconvenientes que trae ser escritor. "No debe emplear usted la palabra 'piojoso', pues es una expresión vulgar", escribía uno. "No tiene que emplear el 'yo', porque eso hace que sus lectores se identifiquen demasiado con usted. ¡Eso está *mal*! ", escribía otro. "No debe usted llamarse 'Anciano'. Me molesta cuando lo leo", protestaba una tercera persona. Y así, una carta tras otra. El Autor, como ya se ha dicho, se echó hacia atrás (¿qué otra cosa podía hacer?) y se puso a pensar en el pasado, quizás inquieto sin razón por su futuro. Le faltaba salud, le faltaba todo. . .

La puerta se abrió con un empujoncito y apareció una hermosa silueta, cubierta de pieles, que saltó ágilmente sobre la cama donde el Autor yacía recordando el pasado. " ¡Hola, Guv! " dijo con su mejor

voz telepática de gata siamesa. "¿Cómo va ese libro que dices estar escribiendo? ¡Vaya! Nunca lo acabarás si sigues pensando en todas esas boberías, en los amigos ocasionales. ¡Olvídate de ellos! ", le ordenó severamente.

La gorda Taddy entró con aire remolón y se sentó al abrigo de un débil rayo de sol. "¿Comida? ", preguntó. "¿Quién nombró la *comida*? " El Autor les sonrió. "Bueno, gatas. Tenemos que terminar ese libro y contestar algunas de las preguntas que nos llegan. ¡Preguntas, preguntas, *preguntas*! Empecemos." Tomó la máquina de escribir con la "i" pegada y la atrajo hacia sí.

Lo malo es que así como la gente engendra gente, las respuestas generan preguntas. Parecería que, cuantas más preguntas se responden, más preguntas se suscitan. Veamos esta pregunta que al parecer preocupa a gran cantidad de personas: ¿Qué es el Superyó? ¿Por qué me hace sufrir tanto? ¿Cómo es *posible* que sea justo que deba padecer así, sin saber el porqué? Es algo que no tiene sentido, que mina mi fe en la religión, que destruye mi fe en Dios. ¿Puede usted explicármelo?

El Autor se echó hacia atrás y miró pasar un barco. Nuevamente arribaba un barco trayendo todo género de especies desde el Japón, pero eso no compaginaba con el libro... El Autor, pues, volvió con reluctancia a su trabajo y prosiguió.

Naturalmente, tal pregunta tiene su respuesta; pero previamente tenemos que ponernos de acuerdo con respecto a ciertos puntos de referencia, porque, si no, es lo mismo que conversar con los peces que habitan en las profundidades de los océanos acerca de la manera de pensar y de las reacciones de los cosmonautas que giran en órbita lunar. ¿Cómo hacer para explicar a un pez que siempre ha vivido en el fondo del mar, cómo es la vida en la superficie?

¿Cómo hacer para explicar la vida en Londres, Montreal, Tokio e incluso en Nueva York, donde todavía hay tantos peces estrambóticos? Y más aún, ¿cómo podríamos hacer para explicarle a ese pez de las profundidades del océano qué ocurre con una nave espacial que gira en torno a la Luna? Sería perfectamente imposible, ¿no es verdad? De modo que partamos de un supuesto, imaginemos algo distinto.

Supongamos que el Superyó no es el Superyó, sino un cerebro cualquiera. Tenemos, así, que hay una cantidad de cerebros flotando en alguna parte, hasta que al fin uno de ellos resuelve conocer, experimentar algo más que el puro pensar. Por "puro" pensar queremos significar que el pensamiento es algo inmaterial, sin referirnos con ello a lo puro o impuro en el sentido moral de la expresión.

A ese cerebro determinado, pues, lo anima una voluntad: Desea enterarse de las cosas, quiere saber cómo son en la tierra, si quema más la decimotercera candela que la duodécima. Y, además, qué es lo "caliente", qué es una candela. Es decir que ese cerebro aspira a descubrir cosas y, por ende, busca un cuerpo. Olvidad por el momento que el cerebro debe nacer primer; el hecho es que este cerebro se va a instalar en el interior de una caja craneana, en un espeso receptáculo óseo en el cual flota en un líquido especial que evita que sufra perturbaciones mecánicas, que lo mantiene húmedo y que contribuye a su nutrición. Es decir que ya tenemos ese cerebro dentro de su caja ósea. Por otra parte, el cerebro es totalmente insensible; o sea, que, si el cirujano debe operarlo, sólo tiene que dar anestesia local en la parte externa de la caja craneana y efectuar luego la incisión en torno a la cabeza. Después se vale de una sierra para aserrar la parte superior del cráneo y de ese modo poder destaparlo como si le quitara la cáscara a un huevo duro. Es importante recordar que

sólo sentimos dolor en la piel, la carne y los huesos. El cerebro no es sensible al dolor. Por eso, una vez que el cirujano le ha quitado la tapa, por decir así, puede hurgar, explorar y cortar sin tener que anestesiarlo.

Nuestro cerebro es como el Superyó. No tiene sensibilidad por sí mismo. Pero volvamos al cerebro dentro de su caja, en procura de experiencias. Debemos tener presente, sin embargo, que hacemos una comparación entre el cerebro y el Superyó, pues éste es un elemento multidimensional difícil de comprender.

El cerebro quiere saber cómo son las sensaciones. Pero este cerebro es ciego, sordo e incapaz de percibir los olores y el tacto. Por eso tenemos una cantidad de marionetas. Un par de estas marionetas son los ojos, que al abrirse permiten que el cerebro reciba impresiones. Como todos sabemos, el recién nacido no comprende qué son esas impresiones. Anda a tientas y es evidente que no comprende lo que ve; pero, con la experiencia, las impresiones que recibe a través de los ojos adquieren algún sentido para el cerebro.

Esto se perfecciona inmediatamente. Deseamos, así, tener algo más que un panorama visual. Podemos ver, pero también queremos saber cómo son las cosas al tacto, qué olor tienen y cuál es su sonido. Entran, pues, en actividad otras marionetas que se denominan oídos, que captan vibraciones de frecuencia más baja que los ojos. Se trata aún de vibraciones que se perciben del mismo modo que percibe la vista. Es decir, los oídos captan esas vibraciones y, con la práctica, el cerebro es capaz de comprender que significan algo, ya sea música agradable, música desapacible, palabras, cualquier forma de comunicación.

Pero, después de haber visto y oído, falta todavía saber qué olor tiene las cosas. Para ello, lo mejor es

manejar marionetas que sirvan de órgano olfatorio. De este modo, al desdichado Superyó —al que aquí denominamos cerebro— quizás a veces le resultase más desear que no existiera sentido alguno del olfato... ¡porque a veces las mujeres usan unos perfumes...!

Mas prosigamos. ¿Cómo son las cosas al tacto? Puesto que no nos es posible saber qué quieren decir los términos "duro" y "blando", a menos que tengamos tacto, el Superyó —o, en nuestro caso, el cerebro— hace intervenir más marionetas: brazos, manos, dedos. Con el pulgar y el índice podemos tomar algún objeto pequeño. Además, podemos aplicar los dedos sobre un objeto para saber si se lo puede comprimir con facilidad o si no es compresible, es decir, para saber si es blando o duro. También por medio de los dedos podemos saber si es romo o afilado.

A veces las cosas dañan. Tocamos un objeto y nos produce una sensación muy desagradable, ya sea porque es caliente o frío, puntiagudo o áspero. Esas sensaciones producen dolor, y el dolor nos previene para que nos cuidemos de tales cosas en lo sucesivo. Pero ¿cómo es posible que los dedos puedan dañarse o dañar a algún dios al cumplir meramente su función particular, su función táctil?

El albañil tiene dedos bastos porque manipula ladrillos. El cirujano, en cambio, tiene dedos sensibles debido a la imprescindible delicadeza de tacto que requiere su profesión. Así como al cirujano la albañilería puede perjudicarle los dedos, al albañil le resultaría difícil la cirugía en razón de que sus dedos son más rudos por las tareas que realiza.

Todos los órganos tienen que pasar por experiencias, tienen que soportar algo. Hay ruidos muy fuertes que ofenden al oído y hay olores particularmente desagradables que molestan al olfato, pero los órganos correspondientes están hechos de tal manera que

pueden soportar esos embates. Si uno se quema un dedo, éste se cura, pero ya estamos advertidos para la próxima vez.

Nuestro cerebro archiva toda la información, la cual queda guardada en los nueve décimos del subconsciente. Nuestro sistema nervioso involuntario reacciona así con arreglo a la información que le suministra el subconsciente para prevenirnos respecto de algo que puede causarnos grave daño. Por ejemplo, si a alguien se le ocurre caminar por la cornisa de un edificio alto sentirá temor, que es la manera como el subconsciente comunica al sistema nervioso involuntario que debe volcar ciertas secreciones en la sangre para que demos un salto atrás.

Esto es lo que ocurre en el mero aspecto físico; pero pensad en una dimensión mucho más elevada y veréis que el Superyó no tiene manera de conocer nada acerca del mundo si no envía marionetas a la tierra. Tales marionetas son los seres humanos, individuos pasibles de sufrir quemaduras, cortes, golpes y todo cuanto puede ocurrir a las personas. Todas esas sensaciones e impresiones se trasmiten al Superyó por conducto del Cordón de Plata, del mismo modo que las impresiones que reciben los dedos se trasmiten al cerebro a través de los nervios, de los nervios sensorios.

De manera que se justifica que nos denominemos prolongaciones de ese Superyó que, por estar tan extremadamente purificado, tan grandemente aislado, tan enormemente evolucionado, tiene que depender de nosotros para recoger impresiones de lo que sucede en esta tierra. Si hacemos algo que está mal, sentimos como si nos dieran un puntapié matafísico en los fondillos. No es ninguna divinidad demoníaca la que nos tortura, nos asedia y nos tienta. Es nuestra crasa estupidez. Hay gente que toca una cosa y, a pesar de saber que hacerlo la lastima, vuelve a tocar-

la para ver por qué lastima, y aun la toca otra vez para saber cómo se puede hacer para curar la herida o para evitarla. E, inclusive, tal vez la toque nuevamente a fin de comprobar si ya ha superado el problema.

Puede darse el caso de que usted se encuentre con una excelente persona que padece lo indecible; probablemente usted —el observador— piense que es injusto que tal persona tenga que sufrir, o que quizás esa persona esté pagando un Karma excesivamente duro, pues tal vez haya sido un malvado en su vida anterior. Empero, es posible que esté usted equivocado. ¿Cómo sabe usted que esa persona no está soportando ese dolor y padeciendo para ver cómo se puede eliminar la pena y el sufrimiento para bien de quienes vengan después? No hay que pensar que siempre se paga un Karma. Es posible que esté acumulando un buen Karma.

Sabemos que Dios existe, que es bueno, inmaculado. Pero, por supuesto, Dios no es igual que el ser humano, de modo que es inútil tratar de entender *qué es* Dios cuando la mayoría de la gente no puede comprender siquiera a su propio Superyó. Así como usted no puede entender a su Superyó, tampoco puede entender al Dios de su Superyó.

He aquí una pregunta que ya ha sido contestada en libros anteriores, no obstante lo cual continúa llegando regularmente, con monótona insistencia, por cierto. La gente desea informarse acerca de su Guía, de su Maestro, de su Guardián, de su Angel de la Guarda, etc. Alguien me ha escrito: "Tengo por Guía a un viejo piel roja. Quisiera poder verlo. Sé que es un piel roja, porque es muy sagaz. ¿Cómo podría hacer para verlo? "

Encaremos esto directamente de una vez por todas: Nadie tiene Guías pieles rojas, pieles blancas, pieles negras ni tibetanos, ni muertos ni vivos. En realidad, no alcanzarían todos los tibetanos por

ejemplo, para ocuparse de eso. Es como si todos dijeran: "¡Oh, yo fui Cleopatra en mi vida anterior! " No hay una sola palabra de cierto en todo eso. Aunque se pretenda tener un guía, solamente el Superyó es realmente nuestro Guía. Ocurre como cuando uno se sienta al volante del auto: uno es el Superyó del coche. Usted aprieta el pedal y, si tiene la suerte de que no sea uno de los nuevos automóviles norteamericanos, éste anda. Aprieta otro pedal, y el coche se detiene. Y, si tira de cierta pieza y se fija en lo que hace, no chocará con nada. Nadie más que usted conduce el coche. De la misma manera, usted se gobierna a sí mismo, usted y su Superyó.

Mucha gente se imagina que los que se han ido de este mundo se lo pasan dando vueltas entusiasmados hasta que logran sentarse en los hombros de alguien para guiarlo todos los días de su existencia, evitar que caiga en alguna zanja del camino, decirle qué debe hacer y una serie de cosas más. Basta pensar un momento: usted tiene vecinos con los cuales se lleva bien, o no; pero, como quiera que sea, suponga que llega un momento en que tiene que mudarse al otro extremo del mundo. Si usted vive en Inglaterra, digamos que debe trasladarse a Australia; si está en los Estados Unidos, supongamos que se va a Siberia. Pues bien, se marcha usted y se halla ocupado con la mudanza, ocupado instalándose en su nuevo domicilio, ocupado en su nuevo trabajo en ese sitio nuevo, ocupado haciéndose de nuevas relaciones. ¿Se detiene usted, en realidad, a hablar por teléfono con fulano, mengano, zutano o perengano? Claro que no. Usted ni se acuerda de ellos. Lo mismo hacen los que se van al Otro Lado.

Los que han dejado este mundo no están instalados en nubes tocando el arpa ni arrancándose las plumas de las alas, ni nada de eso. Tienen una tarea que realizar: dejan esta tierra, pasan por un período

de recuperación y luego se ocupan en algo. Si hemos de ser francos, no tienen tiempo para ser espíritus-guías ni ninguna de esas tonterías.

Hay entidades extrahumanas que muchas veces interceptan los pensamientos de algún ser humano y, en determinadas circunstancias, dan la impresión de ser un Espíritu Guía.

Veamos lo que ocurre con las sesiones de espiritismo. Tenemos, por ejemplo un grupo de personas que espera comunicarse con seres difuntos. Se trata de un conjunto de personas que piensan todas de la misma manera. No es una sola persona la que piensa al acaso, sino que es un conjunto de individuos que concurren a un lugar especial con un propósito particular, y todos desean subconscientemente que se produzca algún mensaje. Por otra parte, en el mundo astral existen formas errantes que pueden ser formas pensantes o meramente entidades que nunca han sido humanas y que jamás lo serán. No son más que masas de energía que responden a determinados estímulos.

Esas entidades, cualquiera que sea su origen —aunque, por supuesto, no son humanas— andan rondando y no tardan en gravitar hacia alguna fuente que las atrae. Si hay personas que se hallan pensando empeñosamente en recibir algún mensaje de un difunto, esas entidades son atraídas automáticamente por el grupo, revolotean en torno a él y emiten seudópodos que, por supuesto, son como manos y dedos compuestos de energía, hasta que tocan algún cerebro o una porción de éste, o alguna mejilla, de suerte que la persona que percibe ese contacto queda persuadida de que hay un espíritu que la ha tocado, debido a que los seudópodos que emiten esas formas son similares a los que produce el ectoplasma.

Esas entidades suelen ser dañinas y muy, pero muy despiertas, en el mismo sentido en que son des-

piertos los monos. Andan flotando por todas partes, saltando de cerebro en cerebro, y cuando dan con alguna buena fuente de información irradiada en ese momento por un cerebro cualquiera, pueden sensibilizar —es lo que ocurre con todo médium genuino— para hacer hablar. Trasmiten de ese modo un mensaje que cuando menos una persona reconoce como auténtico, por hallarse en el nivel consciente de tal persona, pero nadie parece pensar que esa forma pensante se halle rondando los cerebros. Es preciso dejar perfectamente aclarado que no todas estas manifestaciones son genuinas.

Todos sabemos qué sucede el día de Todos los Santos, cuando los niños se disfrazan y se ponen caretas para remedar a alguien. Eso mismo es lo que hacen esas formas pensantes, esas entidades. Son, verdaderamente, elementos de inteligencia limitada y, a no dudar, parásitos. Se nutren de quien quiera creer en ellos.

En determinadas circunstancias, alguien puede percibir cosas que cree que son manifestaciones. Puede persuadirse de que ande rondando el espíritu de alguna vieja tía, que, al caer rodando por la escalera, se rompió una pierna y después murió, para comunicarse con él debido al cargo de conciencia que tiene por la manera como lo ignoró cuando estaba en la tierra. Pero, en realidad, no hay nada de eso. Es posible que durante la sesión la persona haya emitido imágenes de esa tía y de su pierna fracturada, pensando a la vez en el mal carácter que tenía esa cacatúa, y de ese modo la perversa entidad puede acomodarse a ello y pueda alterar un poco las cosas al respecto para que parezcan absolutamente factibles y posibilitar que la tía "se aparezca" bajo el aspecto de una persona arrepentida de haber sido tan odiosa para su buen sobrino y desee quedarse con él eternamente para protegerlo.

Es verdaderamente sorprendente que la gente, que más bien desprecia al hombre de piel cobriza, que siente repulsión por el indio, y que a veces es proclive a poner en duda la autoridad de los lamas tibetanos, tan pronto como muere alguno de éstos, cambie de idea y suponga que quienes han sido denigrados de ese modo puedan volver para acomodarse en sus hombros y guiarlos en el camino de la vida, para protegerlos de todos los peligros del diario vivir. Pero lo que se consigue es otra cosa. Todo cuanto se logra, como ya se ha dicho, es que algún íncubo de los que andan rondando simule ser algo totalmente diferente.

¿Cuántas veces tenéis contacto con vuestros amigos desaparecidos? *¿Los ayudáis* a menudo? ¿Cuántas veces los habéis ayudado cuando estaban entre vosotros? Pensad, entonces, que, si alguien muere y vosotros ni siquiera os habíais enterado de su existencia en la tierra, francamente, ¿cómo se os puede ocurrir que de pronto pueda tener semejante interés por vosotros? ¿Por qué pensáis que a algún lama tibetano o a algún cacique piel roja se le pueda cruzar por la imaginación dejar todo cuanto tiene que hacer en el Otro Lado para volar a quedarse con vosotros por el resto de la existencia? Y, por añadidura, tal vez se trate de alguien a quien habéis despreciado cuando estuvo en la tierra o, lo más seguro, de quien no habéis tenido siquiera noticias de que existía.

Es necesario que miremos las cosas con lógica. Mucha gente cree que tiene un Espíritu Guía porque se siente insegura, porque se siente sola, porque está persuadida de que no puede hacer nada sin ayuda. De esta manera inventa, en parte, algún ente paternal o maternal que siempre la acompaña para protegerla de sus propios desvíos y de la malevolencia ajena.

Otra de las razones por las cuales existe esta creencia en un Espíritu Guía se debe al hecho de que a veces la gente oye o cree oír alguna voz misteriosa que le habla. Lo que oye, realmente, es una especie de conversación telefónica con su propio Superyó, que se trasmite por medio del Cordón de Plata, amplifica el etéreo y, a veces, el aura reproduce en forma de vibraciones. Asimismo, hay casos en que se siente una palpitación en la frente, exactamente entre los ojos, pero un poquito más arriba. Esto ocurre cuando se establece una conversación entre el subconsciente de la persona que está en la tierra y el Superyó, y el décimo consciente trata de oír, aunque sin lograrlo; recibe, en cambio, unas pulsaciones como si la telefonista le dijese que el número está ocupado.

Tenemos que valernos por nosotros mismos, todos y cada uno de nosotros. No está bien hacer una mezcla de cultos, gentes y charlatanismo. Cuando dejamos esta tierra, debemos comparecer solos en el Salón de las Memorias. De nada vale que vayamos a donde deberemos autojuzgarnos y le digamos a nuestro Superyó: "¡Oh! El secretario de la Sociedad de las Salchichas Calientes me dijo que hiciese esto y que no hiciese aquello". Tenemos que estar solos, porque, si el Hombre debe hacerse Hombre, tiene que estar solo. Si nos constituimos en grupos, pandillas o cultos, eso supondrá dar varios pasos hacia atrás, porque, al adherirnos a algún grupo, culto o sociedad, nos vemos constreñidos a avanzar al ritmo del socio más lento. El individualista, el que desea progresar, el ser evolucionado marcha solo. . . siempre.

A propósito: hace dos días llegó una carta interesante. Decía: "Durante cuarenta y cuatro años formé parte de [. . .] y debo confesar que en todo ese tiempo no he aprendido tanto como aprendí a través de uno de sus libros."

CAPITULO VIII

El Autor yacía en su lecho, al lado de la ventana, contemplando el casi desierto puerto de Montreal. Los barcos no llegaban ya con tanta frecuencia. Tantas huelgas, robos y otros sucesos desagradables se habían producido, que los buques pasaban de largo.

Contemplaba el escaso movimiento fluvial, pero también observaba el intenso tráfico del camino que conduce al Hombre y Su Mundo, lugar que no sentía deseo alguno de visitar. El sol brillaba; Miss Cleopatra, la gata joven, que descansaba sobre las piernas del Autor con las patas plegadas, se volvió hacia éste y sonriendo como el proverbial gato de Cheshire le dijo:

—Guv, ¿por qué los humanos no creen que los animales puedan hablar?

—Pues, verás, Cleo —repuso el Autor—. Los humanos necesitan tener pruebas de todo. Necesitan tener las cosas entre sus febriles manecillas para reducirlas a polvo y poder luego decir: "Bien, tal vez esto antes funcionara, pero lo que es ahora. . .". Pero tú y yo sabemos que los gatos hablan, de modo que ¿por qué preocuparse de que nadie lo crea?

Por un momento, Miss Cleopatra se quedó dando vueltas a esa respuesta en su cabeza. Luego sacudió las orejas y se lamió delicadamente una de las zarpas.

—Guv —dijo al cabo—, ¿por qué los humanos no piensan que los sordos son *ellos*? Todos los animales hablan por telepatía. ¿Por qué no los humanos?

Responder a eso era bastante difícil, de suerte que el Autor dudó antes de atreverse a contestar.

—Mira, Cleo —repuso al fin—; los humanos son distintos respecto a que jamás aceptan nada confiadamente. Tú y yo sabemos que la telepatía existe; pero, si los demás por alguna razón no la conocen, nada hay que podamos hacer nosotros para convencerlos. ¿Entiendes?

El Autor se recostó sonriendo cariñosamente a la gatita, su tan asidua compañera.

Miss Cleopatra, empero, lo miró fijamente y le espetó:

—¡Oh, pero hay un modo, claro que hay un modo! ¡Acabas de leer algo sobre eso!

Asombrado, el Autor levantó tanto las cejas que casi pareció que le hubiese crecido el cabello en el cráneo, lo cual no dejaba de ser un cambio estupendo después de tantos años de calvicie. Entonces se acordó que había leído un libro acerca de ciertos experimentos.

Al parecer hubo dos investigadores —los esposos R. Allen y Beatrice Gardner—, de la Universidad de Nevada, que trabajando en equipo se dedicaron a estudiar todos los problemas relativos a la forma de enseñarles a hablar a los animales, intrigados por la aparente imposibilidad de lograrlo. Cuanto más pensaban en eso, más enigmático les parecía.

Resulta evidente, no obstante, que pasaron por alto la razón más elemental, que es la de que los animales no tienen el aparato necesario para poder hablar en inglés, en español o en francés. Tal vez puedan gruñir, como algunos alemanes de mal talante. . .; pero esto de los alemanes, perversos o buenos, es otra cosa.

Los Gardner —marido y mujer— enfocaron el problema de distinta manera. Se dieron cuenta de que los chimpancés se ingeniaban para hacerse entender

entre ellos, y en consecuencia se dedicaron a estudiarlos durante un tiempo. De esta manera llegaron a la conclusión de que muchos chimpancés conversaban por medio de señas similares a las que emplean los mudos de nacimiento.

Tomaron, pues, un chimpancé y lo dejaron andar suelto por la casa, tratándolo casi como si fuera un ser humano, o tal vez un poco mejor, pues hay muchos seres humanos que no tratan demasiado bien a sus congéneres, ¿no es cierto? Pero no nos vayamos del tema. El hecho es que trataron al chimpancé como si fuera verdaderamente de la familia, le dieron juguetes, le prodigaron cariño y aun le proporcionaron algo más.

Frente a la chimpancé (era una hembra), la gente hablaba solamente por medio de señas. Al cabo de algunos meses, pues, estuvo en condiciones de darse a entender sin mayores inconvenientes.

La enseñanza prosiguió durante dos años, aproximadamente, en los cuales la mona aprendió a hacer señas para referirse al sombrero, los zapatos y otras prendas de vestir, así como a muchas otras palabras. Consiguió, asimismo, hacerse entender cuando quería algo dulce o cuando deseaba beber. El experimento parece haber sido todo un éxito. Empero, todavía no ha concluido, en manera alguna, a pesar de que los animales carecen del aparato de fonación necesario para hablar como los seres humanos. Podría ser que tuvieran inconvenientes para el análisis gramatical y para emplear los tiempos verbales que corresponden; pero siendo los hombres, como son, tan torpes para lograr comunicarse por telepatía, no cabe duda de que los animales deberán conversar por medio de señas. Es un hecho patente, absolutamente demostrable, que tanto Miss Cleopatra como Miss Tadalinka son capaces de dar a entender sus deseos y apetencias inclusive a quienes carecen de facultades telepá-

ticas. Con el Autor, por supuesto, la comunicación es total, pues él y sus gatas siamesas pueden conversar con más facilidad probablemente que la que se pone de manifiesto entre dos seres humanos no telepáticos.

—¿Están hablando de comida? —preguntó Miss Tadalinka, entrando con paso cansino.

—No, Tads —respondióle Miss Cleopatra—. Hablábamos de la manera de conversar con los seres humanos. Verdaderamente es una gran suerte que tengamos a Guv para comunicarle nuestros deseos y evitarnos la molestia de tener que emplear el lenguaje cifrado. —Miró al Autor y añadió—: Deberías salir, me parece. Hace varias semanas que no sales. ¿Por qué no te sientas en tu sillón y bajas un poco? Es un día tranquilo; no hay mucha gente. . .

El Autor miró a través de la ventana. Era un día soleado y no hacía demasiado viento; pero de pronto reparó en la máquina de escribir y en las blancas hojas de papel, y con una imprecación contenida abandonó trabajosamente el lecho para sentarse en su sillón de ruedas de tracción eléctrica.

Es cierto que resulta bastante difícil trasladarse a lo largo de un corredor, abrir la puerta y meterse en el ascensor cuando se necesitan las manos para manejar un sillón de ruedas eléctrico, pero de todos modos no es imposible. El Autor, pues, descendió desde el noveno piso hasta la planta baja, y una vez allí decidió internarse a través de los terrenos para permanecer algunos instantes a la orilla del río.

Cruzó la calle, descendió por la rampa que conduce al parque de estacionamiento de automotores, y, luego de atravesarlo, bajó por otra rampa más pequeña hacia la acera. Esta se hallaba completamente desierta. Una vez allí movió suavemente una palanca, y el sillón se echó a andar lentamente.

De improviso se oyó el rugir del motor de un coche lanzado a la carrera, y un gran automóvil apareció a contramano por la calzada.

—¡Alto! —gritó una voz áspera.

Un tanto sorprendido, el Autor miró en torno de sí; pero entretanto ya se apeaban del vehículo un sargento y un detective, mientras el conductor se quedaba al volante con medio cuerpo fuera de la ventanilla.

"¡Válgame Dios!", exclamó el Autor para sus adentros, deteniendo la marcha del sillón. "¿Qué pasa ahora?"

Los policías llegaron corriendo y se plantaron frente a él.

—¿Es usted el escritor ése? —preguntó el sargento, mirándolo torvamente con los brazos en jarras.

—Sí.

El sargento miró al detective, y éste dijo bruscamente:

—No debería salir solo. Tiene usted un aspecto que da la impresión de que se fuera a morir en cualquier momento.

Ante semejante observación, saludo tan inusitado, el Autor se sorprendió un poco, naturalmente. No obstante, repuso con calma:

—¿Morirme? Por supuesto, todos nos vamos a morir alguna vez. Pero yo me siento perfectamente. ¡Estoy en terreno privado! Y no molesto a nadie. . .

—No me interesa cómo se sienta usted —respondió colérico el sargento, mirándolo más ceñudamente todavía—. Lo que le digo es que no tiene que salir solo. No está usted seguro. Allá arriba me han dicho —explicó señalando el edificio— que le han dado poco tiempo de vida. ¡Y yo no quiero que se muera usted en la calle estando yo de servicio!

Verdaderamente pasmado, el Autor no alcanzaba a comprender semejante tratamiento. En efecto, no se

hallaba bien —de otro modo no se vería obligado a andar en un sillón de ruedas—; pero de ahí a pretender que alguien lo acompañara cada vez que salía, era algo que rayaba en lo absurdo. Por otra parte, en casa había cosas que hacer, muchas cosas que hacer; y, además, el Autor deseaba conservar su independencia.

—Pero estoy en propiedad privada— replicó.

—No nos interesa si está o no en propiedad privada —intervino el detective—. Lo que importa es que parece que se fuera a morir en cualquier momento. Usted no nos preocupa: pensamos en la gente. De modo que vuélvase a su casa. Yo iré detrás de usted. —Tomó el sillón por las agarraderas y lo hizo girar en redondo con extrema rudeza, con tanta violencia que el desdichado Autor por poco sale despedido. Luego le diò un empellón de mala manera, ordenándole—: ¡Vamos!

Al pasar, la gente observaba desde los coches con una sonrisa sarcástica al ver a un hombre en apuros con la policía —un hombre en su silla de ruedas—; pero, por supuesto, sólo se trataba de curiosos, y cuando la gente sale a andar y ver, *todo* le parece sensacional. No obstante, para el Autor siempre había sido algo asombroso que cada vez que salía en su sillón de tracción eléctrica no dejara de haber una horda de macacos burlones que, al pasar en sus grandes automóviles norteamericanos, metiesen bulla como si ese fuera el espectáculo más divertido que imaginar se pueda. No alcanzaba a entender qué podía tener de gracioso el ver a un anciano baldado que vive su vida sin molestar demasiado a los demás.

Una nueva sacudida violenta de la silla y aquella áspera orden de "¡Vamos!" le obligaron a acelerar el motor y retomar el camino de regreso a través del parque de estacionamiento de vehículos, ascender por la rampa y llegar hasta la calle privada, con el

irritante detective siempre a sus espaldas. Ya a las puertas del ascensor éste se detuvo.

—La próxima vez que vuelva a salir solo, procederemos contra usted —espetó; y mientras se volvía para dirigirse al coche policial, que lo había seguido, exclamó entre dientes—: ¡Viejo idiota! ¡Con más de ochenta años. . .!

El Autor entró en el ascensor, subió al noveno piso y desapareció con la silla de ruedas en su departamento. Otra puerta se acababa de cerrar para él. Por lo visto, ahora le estaba prohibido salir solo. Tendrían que llevarlo poco menos que con una cadena, como a los monos, o con una correa, como a los perros. Miss Cleopatra fue a su encuentro, y saltando sobre sus rodillas, dijo:

—¡Qué infinitamente necios son esos humanos! ¿No es cierto?

Pero el trabajo debía continuar. Había que escribir un libro y cartas por contestar. El Autor echó mentalmente al aire una moneda para determinar qué haría primero, y la suerte se puso del lado de la correspondencia. Tomó, pues, una carta que resultó ser de un joven brasileño, de un muchacho de extraño sentido común que le formulaba preguntas muy sensatas.

Veamos la carta que había escrito y, a continuación, la respuesta.

Río de Janeiro.

Estimado Dr. T. Lobsang Rampa:

Ya he leído todo de sus libros y tengo mucho interés en estudiar a fondo todo lo que nos ha dicho. Pero, como todo estudiante tiene algunas preguntas, me gustaría que me conteste las preguntas que le haré.

Lo siento porque no escribo (ni hablo) el inglaterro bien pues todavía lo estoy aprendiendo en el colegio y muchas de las palabras las veo en el diccionario. Así, allí están las preguntas:

1. Si muero, encontraré muchas personas que he conocido. Las veré como las veía en la tierra. Pero, ¿cuál es mi

verdadero aspecto si ya he sido muchas personas en mi ciclo de existencias? ¿Cómo me vería la persona que yo he conocido en el ciclo anterior?

2. ¿Por qué precisamente ahora, un anciano del Tíbet, como usted, viene a contarnos todo lo de la sabiduría oriental? ¿Por qué precisamente ahora?

3. ¿Cómo podría ver el Registro Ascásico en el astral?

4. ¿Cuál es la mejor posición para meditar? Yo no puedo sentarme en la Posición del Loto y no puedo sentarme con la columna derecha.

Si usted considera que algunas preguntas no tiene que contestarlas, no las conteste, porque yo encontraré las respuestas por medio de la meditación (así lo espero), como ya he hallado la mayoría de ellas pensando por mí mismo.

Verdaderamente es usted una vela en la oscuridad y yo le estoy muy agradecido por todo.

Muchas gracias, Dr. Rampa.

FABIO SERRA.

Estimado Fabio Serra:

¡Ay, querido! Me ha enviado usted alguna preguntas que merecen ser contestadas en el libro que estoy escribiendo en estos momentos, y que llevará el título de *La decimotercera candela.*

Como me propongo utilizar sus preguntas en ese libro, voy a repetirlas para dar a continuación las respuestas. Son éstas:

1. Cuando me muera encontraré a mucha gente que he conocido. La veré como la he visto en la tierra. Pero ¿cuál será mi aspecto verdadero si no es el que tengo en la tierra? ¿Cómo podrán reconocerme las personas que me conocieron antes?

Bien; para responder a esto digamos que, cuando alguien muere, lo primero que hace es abandonar esta tierra para ir a lo que muchas religiones denominan 'Purgatorio'. Este 'Purgatorio' es el sitio donde se purgan ciertas cosas. Supongamos que ha estado usted trabajando en el jardín y se ha salpicado un poco de barro la cara y el cabello (¡siempre que tenga usted cabello. . .!). Después entra para comer y para escuchar la radio. ¿Qué es lo primero que hace? Lo primero que hace es ir al 'Purgatorio'; en otras palabras, va al lugar donde le es posible lavarse las manos, lavarse la cara y quitarse el polvo y todo cuanto no debe tener usted encima.

Muchas religiones representan al 'Purgatorio' como algo terrible. Por mi parte, yo prefiero considerarlo como un baño celestial donde uno lava su astral, por decirlo así, para poder presentarse ante sus conocidos perfectamente intacto. Tenga en cuenta que cuando esté en el astral se verá su aura, y que si en su aura hay muchas 'manchas sucias' todos las verán. El Purgatorio, además, es un lugar del astral donde uno es recibido por sus amigos y nunca por sus enemigos, porque cuando se pasa al Otro Lado sólo es posible reunirse con quienes se es compatible. Es decir que cuando se abandona este mundo se piensa en sí mismo, en el aspecto que uno tiene, lo mismo que si se estuviese en la tierra, y esa es la forma en que uno se manifiesta en el astral, precisamente como se ha sido en la tierra. Porque la gente que se encuentra allí desea que se la reconozca, de manera que también se nos aparece exactamente como se la ha conocido en la tierra.

Muchas veces se experimenta esa misma sensación en este mundo. Sucede, a veces, que vemos a una persona que sabemos que tiene un lunar en la mejilla izquierda y alguien nos dice: 'No; se lo ha eliminado hace aproximadamente un año'. Dicho de otra manera, sólo vemos lo que queremos ver, lo que esperamos ver; de modo que cuando vamos al Otro Lado vemos a las personas que queremos ver y con la forma y color que estamos acostumbrados a percibir en ellas. Veamos un ejemplo: supongamos que tiene usted un amigo negro, es decir que esa persona era negra en la tierra cuando usted la conoció. Si en el Otro Lado es blanca, cuando se le acerque no podrá reconocerla, ¿no es cierto? Pues bien, entonces se le presentará como negra.

A medida que usted se va perfeccionando su apariencia cambia. Es lo mismo que podría ocurrir con un salvaje lleno de pelo y de dientes sucios, etc. Si hacemos que tal salvaje se lave, se afeite, se corte el cabello y se ponga un traje moderno tendrá un aspecto distinto, ¿no es verdad? De manera similar, pues, al llegar al Otro Lado y perfeccionarnos, se ve que nuestro aspecto se trasforma. . . para mejor.

Veamos ahora la segunda parte de la pregunta. Por supuesto, la dama que usted dice lo verá cuando esté en el Otro Lado tal cual usted se imagina que es. Lo verá como era en la tierra y usted, a su vez, la verá a ella en la misma forma. Si no fuera así (y valga la reiteración) no la reconocería.

2. ¿Cómo es posible que un viejo tibetano, como yo, les hable a los occidentales acerca de estas cosas? ¿Por qué he aparecido precisamente en esta época?

Es ésta una pregunta muy apropiada, de modo que le daré la respuesta.

Antes la gente solía visitar el Oriente; pero los occidentales tienen mentalidad materialista. Viven el presente, se desviven por el dinero, por los bienes materiales y sólo piensan en el poderío y en dominar a los demás. Esto forma parte de la cultura occidental. Por eso, cuando van al Oriente y advierten que muchas de las mentes más preclaras tienen un aspecto exterior enfermizo y visten pobremente o con harapos, no lo pueden entender; y lo mismo sucede con las viejas enseñanzas, pues al no estar dotados para dominar las lenguas ni para comprender esas culturas, distorsionan esas antiguas enseñanzas y les dan el sentido que ellos (los occidentales) creen adecuado. De este modo, muchos traductores, etcétera, le hacen un magro favor a la humanidad al presentar interpretaciones falaces que tergiversan los auténticos credos religiosos.

A mí me ha llevado mucho tiempo prepararme. Me ha sido concedida la facultad de comprender al Occidente sin dejar por ello de ser oriental. He adquirido la capacidad de escribir y trasmitir claramente mi pensamiento a quien es merecedor de conocer las respuestas. He sufrido más de lo que persona alguna puede padecer, pero eso me ha dado una mayor penetración de las cosas, me ha proporcionado una capacidad de expresión y de entendimiento más amplia y me ha permitido comprender la manera de ver occidental, al par que me ha conferido habilidad para imbuir a mis palabras del cariz conveniente para comunicar el genuino sentido esotérico al lector occidental.

Estamos en la Era de Kali, en la Era de la Destrucción, del Cambio, en que la humanidad se encuentra verdaderamente en la encrucijada de tener que optar entre evolucionar o entrar en una fase regresiva, de ascender o de degradarse al nivel del chimpancé. He venido, pues, en esta época, en la Era de Kali, para tratar de infundir cierta comprensión y, quizá, para influir en la voluntad del hombre y la mujer occidentales a fin de de que se den cuenta de que es mejor estudiar y elevarse que quedarse inactivos y hundirse en la desesperanza.

En la tercera pregunta inquiere usted cómo debe hacer para ver el Registro Ascásico cuando esté en el astral. Veamos:

Cuando entre en el plano astral después de dejar esta vida, irá, por supuesto, al Salón de las Memorias y verá todo cuanto le ha sucedido, no ya solamente en la vida que acaba de dejar, sino también en las demás que ha vivido anteriormente. Después determinará —probablemente con el asesoramiento de consejeros— qué desea hacer para adelantar en su evolución. Podría ser que le interesase ayudar a los que llegan de la tierra. En tal caso, si fuera verdaderamente conveniente que usted viese el Registro Ascásico para poder ayudar mejor a los demás, entonces se le autorizará a ello. No obstante, debo advertirle que nadie puede verlo por mera curiosidad.

En la actualidad, en Occidente existen personas que anuncian que por medio de una paga pueden viajar al astral (incluso con un cartapacio, supongo) para consultar el Registro Ascásico y regresar con toda la información que se desee. Naturalmente, esto es absolutamente falso. No es cierto que consulten el Registro Ascásico, e incluso dudo de que se trasladen conscientemente al astral. Los únicos espíritus que consultan son los que vienen en botella. De manera que le repito que no es posible ver el Registro Ascásico de otra persona a menos que de ello resulte algún beneficio auténtico *para esa otra persona.*

La cuarta pregunta es también muy atinada, y me place contestarla por la cantidad de gente que suele formulármela, preocupada por el problema. Pregunta usted: ¿Cuál es la mejor posición para meditar? Yo no puedo sentarme en la Posición del Loto y tampoco con la espina dorsal erecta.

Permítame que le diga lo siguiente: Cuando usted respira no se le ocurre adoptar ninguna posición especial, ¿no es cierto? Para leer un diario o un libro tampoco tiene por qué adoptar ninguna posición particular. Cuando se dispone a leer, usted adopta la postura que le resulta cómoda. No interesa que se siente en un sofá o que se acueste. Cuanto más cómodo se encuentre, más disfrutará y más asimilará lo que lee. Lo mismo cuenta para la meditación. De modo que entienda bien esto: No interesa en lo más mínimo cómo se siente usted. Siéntese como más le plazca. Si le parece mejor, acuéstese. E, incluso, si quiere acostarse enroscado, hágalo. Lo que se procura al reposar es poder liberarse de toda tensión. Para meditar adecuadamente debe usted liberarse de las tensiones y no distraerse. Por tanto, cualquier postura que para usted sea adecuada, es adecuada para la meditación.

Ya tiene usted sus respuestas, de manera que sólo me resta desear que le sean de utilidad."

El Autor se echó hacia atrás con la satisfacción del deber cumplido. "¡Qué cantidad enorme de conceptos equivocados y de errores de interpretación existe! ", pensó mientras alargaba la mano para tomar otra carta, esta vez procedente del Irán. He aquí una pregunta en particular que viene al caso: "¿Qué se logra durmiendo en la Posición del Loto? Aparte de mortificar el cuerpo, ¿hace algún bien? "

Verdaderamente este es un tema de lo más enojoso. En realidad, no interesa en modo alguno que uno se siente en la Posición del Loto o que se acueste echado de espaldas. Lo único que importa es que uno esté cómodo; porque si no se está cómodo, la cantidad de esfuerzos y de tensiones que hay que soportar perturban el descanso y distraen de la meditación. Veamos esto un poco más a fondo.

En Occidente la gente se sienta en sillas. Cuando se va a acostar, se echa en un artefacto mullido provisto de resortes o de alguna otra cosa que permite que las distintas porciones de la anatomía se hundan, de manera que si (para ser mordaces) nuestra parte trasera es algo abultada, el colchón o los resortes hacen que esa parte se hunda y de ese modo el peso se distribuya de manera más pareja. Lo cierto es que, en el mundo occidental, la gente tiene *un* sistema propio, *su* sistema, el sistema para el cual ha nacido. Además, cuando el occidental desea sentarse, lo hace habitualmente en una especie de plataforma apoyada sobre cuatro patas y provista de un sustentáculo posterior que sirve para impedir caerse de espaldas. Es decir que, virtualmente desde que nace está condicionado para pensar que es necesario tener la columna vertebral apoyada en algo, por lo cual los músculos que normalmente deberían mantener erecta la columna no se desarrollan o se atrofian.

Lo mismo ocurre con las piernas, las articulaciones, etc. El occidental está condicionado para mantener sus piernas separadas y dobladas en cierto ángulo desde las rodillas hacia abajo, por lo cual si adopta otra posición se siente, naturalmente incómodo.

Veamos ahora qué sucede en Oriente, comenzando por Japón. En el Japón, antes de entrar en una casa, la gente se quita los zapatos, y, una vez dentro, se sienta en el suelo. La única manera posible de sentarse cómodamente en el suelo es hacerlo con las piernas cruzadas, una de cuyas variantes es la llamada Posición del Loto.

A lo largo de muchos años de evolución, el japonés se ha dado cuenta de que tomándose de los tobillos y haciendo poco menos que un nudo con sus piernas, se siente muy cómodo y apoyado en una base muy firme. Y, como ha sido condicionado para esto desde su nacimiento, para él no es forzado, no es incómodo ni desagradable. De esta manera, también, su columna vertebral permanece naturalmente erecta, lo cual resulta inevitable debido a la postura.

Invite usted a un japonés que no haya visto jamás los enseres occidentales a sentarse en una silla y el desdichado se sentirá enormemente incómodo. Sentirá que le duele todo el cuerpo, y no bien su corrección se lo permita se levantará de la silla para sentarse en el suelo en la posición que él acostumbra.

Si, por lo contrario, tomamos a un occidental y lo trasladamos a una comunidad japonesa, de modo que tenga que sentarse en el suelo con las piernas cruzadas, sufrirá lo indecible. Como sus articulaciones no han sido condicionadas para adoptar esa particular postura, lo primero que piensa es que se va a descoyuntar, y más tarde, llegado el momento de levantarse, por lo general no puede hacerlo. Verdaderamente es un espectáculo divertido presenciar cuando un alemán gordo pretende levantarse después de

haber estado sentado con las piernas cruzadas. Generalmente se cae de bruces, si bien se salva apoyándose en las manos. Después, entre grandes quejidos, logra sostenerse sobre sus rodillas, y entre crujidos dolorosos, jadeos y exclamaciones guturales se pone de pie tomándose las nalgas con la más angustiosa de las expresiones reflejada en el rostro.

En el Lejano Oriente, sentarse con las piernas cruzadas es algo de todos los días. En el Occidente, la cultura se ha orientado hacia la riqueza y los bienes materiales. Los occidentales piensan más en el presente, piensan más en acumular bienes terrenales, por cuya razón todo cuanto constituya un símbolo de *status* resulta apetecible. En tiempos de los antiguos reyes, emperadores, faraones y toda aquella gente que solía sentarse en un trono, el hombre común tomaba unos trozos de madera, les daba forma y los usaba como tronos en miniatura o sillas. Si Mrs. Smith deseaba tener una silla mejor que la de Mrs. Brown, le bastaba con poner a la suya una bonita funda; pero, como Mrs. Jones quería todavía algo mejor —pues siendo, como era, huesuda, le daba la sensación de estar sentada continuamente sobre huesos—, se le ocurrió rellenar de lana la funda y de esa manera fue la primera en tener una silla tapizada.

En el Lejano Oriente, la gente no estaba tan pendiente del dinero ni de lo que poseía. Se ocupaba, en cambio, de acumular bienes en el cielo o en el equivalente local de ese lugar, y la gente se conformaba con sentarse en el suelo. Es decir, que desde los comienzos se han acostumbrado a sentarse de tal manera, por lo cual sus articulaciones son más flexibles, y sus músculos ya están preparados para eso.

En la India, el sabio se sienta debajo de los árboles en la Posición del Loto. Debe hacerlo así porque carece de sillas, del mismo modo que es probable que desconozca qué pueda ser un revólver.

Cuando los occidentales ven a algún anciano sentado bajo un árbol piensan que debe de tratarse de algún sabio, pues confunden la postura con la sabiduría en sí misma. Además, nunca falta algún estúpido que tal vez por haber visto una fotografía de la India o algo por el estilo, se pone a escribir un libro acerca del yoga valiéndose de lo que le ha contado algún amigo o de lo que ha visto por televisión. (El Autor no tiene televisor; nunca profesó la fe del Aparato Idiota.)

Hay autores que le han hecho un mal incalculable a las auténticas doctrinas metafísicas. Esos autores, por carecer del debido conocimiento de las cosas, han copiado con algunas modificaciones obras ajenas de modo de no infringir la legislación referente a la propiedad intelectual. Además, hay muchos autores que se sienten molestos cuando aparece alguno nuevo que realmente conoce su tarea por experiencia propia. Esos autores —los que copian sin saber lo que hacen— son culpables de dar una información totalmente falsa bajo la denominación de "yoga" u otra similar. Muchos creen que basta con tener la habilidad de colocar *Sri* ante sus nombres. Esto equivale a colocar *Mr.* cuando se vive en una comunidad oriental. Si tales escritores y simuladores supieran algo acerca de todo esto, no serían tan rematadamente tontos como para copiar vocablos que les son totalmente desconocidos.

Son muchos los intérpretes y traductores que han querido verter al inglés, al francés o al alemán libros del Lejano Oriente, lo cual no deja de ser muy riesgoso si el traductor no tiene un conocimiento sumamente profundo de ambas lenguas y de los conceptos metafísicos. Por ejemplo, muchos conceptos orientales son precisamente eso: conceptos. Se trata de objetos abstractos que no pueden ser traducidos

en términos concretos, a menos que la persona haya vivido en ambas culturas.

Pero volvamos a la Posición del Loto. Esta posición es una postura sedante que para el hindú, el japonés o el tibetano resulta adecuada y cómoda. Para éstos, las sillas no son tan confortables, razón por la cual no las usan. Del mismo modo, el occidental no se siente bien en la Posición del Loto, porque para él esa postura no es natural.

La gente de circo sabe perfectamente que, para contar con buenos acróbatas, hay que adiestrarlos casi desde que nacen. Es necesario educar los miembros del cuerpo para que puedan doblarse más de lo normal, porque los movimientos de los huesos del común de los occidentales son de una amplitud limitada. El oriental, según suele decirse, es "de articulación doble". Para decirlo más exactamente, el oriental está más acostumbrado a mover los huesos. Para el occidental en general, o tal vez para el de mediana edad, es sumamente peligroso hacer los ejercicios que para el oriental son perfectamente corrientes. Es absolutamente aventurado para el occidental sentarse en la Posición del Loto cuando las articulaciones, etc., ya se han endurecido.

La persona que me formula esta pregunta es del Irán y me consulta asimismo acerca del Ho Tai, como símbolo del Bien Vivir.

El Ho Tai, por supuesto, es sólo una de las formas de los Mil Budas. En el Lejano Oriente hay conceptos en lugar de términos concretos. No se veneran ídolos, no se adora imagen alguna de Buda. Las imágenes obran sólo como estímulos para ciertas líneas de pensamiento. Por ejemplo, el Ho Tai es un anciano de aspecto agradable y voluminoso abdomen, sentado en la Posición del Loto. Pero esto no quiere decir que deba usted sentarse también en esa posición. Sólo significa que ese anciano agradable del volumi-

noso abdomen carecía de sillas, aun cuando de haber contado con ellas tampoco las hubiese utilizado, pues para él habrían sido incómodas. Por ese motivo solía sentarse en la postura que más convenía a las costumbres que había adquirido su anatomía: con las piernas cruzadas, o sea en la Posición del Loto.

El Ho Tai, pues, forma parte de un grupo de imágenes, estatuas, cuadros o representaciones de las diversas fases del hombre. Puede decirse que alcanzar la budidad está a la mano de todos, pues para ello no cuenta que se sea rey o plebeyo, ni la posición que se tenga en la vida, ni la circunstancia de ser rico o pobre. Se puede aspirar a la budidad cualquiera que sea el rango que se tenga. Lo único que hay que seguir es. . . Pero, ¿cómo vive usted? ¿Vive con arreglo al Camino Medio; vive según la norma que dice que debemos comportarnos como quisiéramos que se comportasen los demás con nosotros? Si así es, está usted en camino de alcanzar la budidad.

A menudo la gente entiende mal lo referente a Buda, lo mismo que lo tocante a yoga, yogui, loto, etc. *El* Buda fue Gautama. Gautama era su nombre. Quizá puede entenderse esto algo mejor si lo trasladamos a términos cristianos: Jesús fue el Hombre, pero, en otro sentido, fue "*el* Cristo". Se puede participar de la condición de Cristo, pero no de la de Jesús, ¿no es verdad? En el mismo sentido, Buda es un estado, un rango, una condición, el resultado final. Aquello a lo cual aspiraba Gautama y hacia lo cual Gautama evolucionó. Es, en realidad, un grado de evolución, y todas esas imágenes diferentes que mucha gente poco informada denomina "ídolos", no lo son en modo alguno. Son meras representaciones, meros remedos, lo cual no excluye que si uno es austero (el Buda Sereno) o una persona jovial (el Ho Tai) pueda alcanzarse incluso la budidad, siempre que se viva con arreglo a la verdadera devoción que

constituye el Camino Medio y que nos comportemos con los demás como quisiéramos que los demás se comportasen con nosotros.

Exhausto por el esfuerzo realizado, el Autor se reclinó. Su salud venía decayendo progresivamente a partir de aquel incidente con la policía, de resultas del cual se le había cerrado una nueva puerta hacia la libertad en esta tierra. Se sentía fatigado de escribir.

Encendió, pues, el viejo receptor Eddystone de onda corta, y durante un rato se dedicó a escuchar las noticias de todo el mundo: de la India, de la China, del Japón y de Rusia. Parecía como si todo el mundo estuviese diciendo cosas desagradables de los demás.

—¡Ah! —dijo dirigiéndose a Miss Cleopatra—. ¡Menos mal que no tenemos aparato de televisión y no podemos ver los horrores de las escenas de violencia occidental y todas esas sandeces! No me explico por qué no pasan buenas noticias por televisión en vez de esas escenas de sexo, sadismo y toda clase de desviaciones.

Miss Cleopatra le dirigió una mirada discreta. Luego bajó la vista y delicadamente comenzó a higienizarse de nuevo, no obstante estar más limpia que casi todos los seres humanos.

—Guv —dijo, al fin, con cierta timidez—. Guv, ¿no te has olvidado de nada?

Sobresaltado, el Autor se quedó pensativo rebuscando con gran azoramiento qué podía habérsele olvidado. ¿Por qué esa reticencia de Miss Cleopatra?

—Pues, mira —repuso finalmente—; creo que no, que no me he olvidado de nada. . . Pero si a ti te parece que sí, dímelo y veremos qué podemos hacer.

Miss Cleopatra se levantó, echóse a andar por encima del Autor y fue a sentarse en el pecho de éste

como solía hacerlo de preferencia cada vez que tenía que susurrarle algo al oído.

—Guv —comenzó—: en este mismo capítulo, al referirte a la forma de hablar de los animales, has dicho algo acerca de los chimpancés. Antes, sin embargo, me habías dicho que nunca debe tomarse ninguna cita de un libro ajeno sin mencionar el título completo y el autor. ¿No te has olvidado de hacerlo?

El Autor habría enrojecido si la virtud de ruborizarse no hubiese estado fuera de su alcance.

—Sí, Cleo —replicó, inclinándose hacia la gatita—. Tienes toda la razón del mundo. Inmediatamente rectificaré esa omisión.

Nos hemos referido al matrimonio de investigadores, los Gardner, quienes le enseñaron a un chimpancé a hablar por medio de señas. La información fue tomada de las páginas 170 y 171 del libro titulado *Body Language* [*Expresión corporal*], de Julius Fast, editado por M. Evans & Co. Inc., New York.

Miss Cleo se incorporó con toda parsimonia, bostezó, dio media vuelta, y meneando suavemente la punta del rabo emprendió el camino de regreso a lo largo del Autor y se echó de través sobre sus tobillos. No cabía duda alguna de que sentía una gran satisfacción por haber desempeñado su parte para que se mencionara lo que era un deber mencionar. Por eso, después de cumplir con su misión, se acurrucó plácidamente y se durmió. A ratos, los bigotes se le movían y le temblaban al compás de sus deleitosos sueños, puros e inocentes.

CAPITULO IX

Sentada al abrigo de las rocas, la anciana sollozaba su infortunio, agitándose y arrojándose continuamente al suelo. Tenía los ojos enrojecidos e inflamados, y en sus arrugadas mejillas se notaban los surcos que dejaban las lágrimas mezcladas con el polvo. Como procedente de otro mundo, la luz del sol proyectaba profundas sombras a la entrada de la cueva, densas vallas que parecían aprisionar su alma.

Más allá de la boca de la caverna, el río Yalu seguía su eterno curso desde las tierras altas del Tibet, a través de la India, para formar al sagrado Ganges y proseguir luego su rumbo hacia la inmensidad de los océanos, como si cada gota de agua fuese un alma camino de la eternidad. Las rugientes aguas se estrellaban contra las abigarradas rompientes y a través de las gargantas se desplomaban en balsas profundísimas para más adelante dispersarse y discurrir tumultuosas.

Entre la falda de la montaña y la impetuosa corriente se extendía un sendero llano, que a través de cientos de años había desbrozado y asentado el paso de los viandantes. Al observador occidental, el tinte castaño rojizo del suelo podía sugerirle la idea de una barra de chocolate, tan castaño y liso como era. A los lados del sendero se hallaban diseminadas al acaso enormes piedras que también mostraban una coloración castaño rojiza, que es el matiz que

adquieren cuando son ricas en minerales ferrosos. En una tranquila rebalsa alimentada por un tenue hilo de agua que se deslizaba por la ladera de la montaña, se veían brillar pepitas de oro. El oro del corazón de las montañas.

El hombre y el chiquillo cabalgaban serenamente por el sinuoso camino, por aquel camino que serpeaba junto a las laderas rocosas de la montaña. Los pequeños *ponies* estaban fatigados después de andar durante todo el día el camino de regreso desde aquel diminuto lamasterio que todavía allá a lo lejos, hacia el Oeste, reflejaba los rayos solares. El hombre, vestido con el manto azafranado a la usanza de los lamas, miraba de un lado y de otro buscando algún lugar apropiado donde acampar.

A poco, a través de las flores de un rododendro, pudo distinguir confusamente la entrada de una caverna. Hizo un gesto y se apeó. El *pony* que venía detrás se detuvo, a su vez, junto a su compañero, y el joven acólito, desprevenido, se deslizó al suelo sobre la cabeza del animal. Después de tomar su equipaje, el lama se dirigió al paso hacia la caverna.

Allí, la anciana lloraba en un rapto de dolor, balanceándose convulsiva.

—¿Qué os aflige, buena mujer? —preguntóle afectuosamente el lama. Con un grito de terror la anciana se incorporó, pero al verlo se echó de bruces. Este se inclinó y la ayudó a ponerse de pie—. Buena mujer —le dijo—, sentaos a mi lado y decidme qué es lo que tanto os aflige. Quizá pueda ayudaros.

Todavía aturdido, el joven acólito irrumpió en la cueva con su fardo a cuestas, pero al entrar tropezó con una saliente rocosa del suelo y se cayó cuan largo era. La anciana levantó la vista y no pudo contener una explosión de risa.

—Acamparemos en otra parte. Ve a cuidar de los *ponies* —le dijo el lama al muchacho. Y volviéndose

hacia la anciana, prosiguió—; Decidme ahora qué es lo que tanto os atribula.

—¡Oh, venerable lama, escuchad mi historia y socorredme! —exclamó la anciana juntando las manos en actitud de súplica—. Sólo vos podéis decirme qué debo hacer.

Sentándose a su lado, el lama asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, buena mujer, quizá pueda prestaros algún auxilio, pero para ello debéis decirme qué os angustia —la alentó—. Mas. . . No sois del país, ¿verdad? ¿Venís, acaso, del país del té?

—Sí —asintió la anciana—, nos establecimos en el Tibet. Solíamos trabajar en una de las plantaciones de té, pero no nos agradaba por la mala manera como nos trataban algunos occidentales. Debíamos recoger mucho té y siempre nos decían que estaba lleno de palillos; por eso nos vinimos aquí y nos quedamos a vivir a la orilla del camino.

El lama la observó pensativo y luego le dijo:

—Mas decidme qué es lo que os aflige en este momento.

La anciana juntaba y separaba las manos, dando la impresión de estar desesperadamente indecisa.

—Mi esposo y mis dos hijos vivían aquí, conmigo —explicó, al fin—. Nos arreglábamos muy bien ayudando a los mercaderes a vadear el río un poco más abajo, pues conocíamos con exactitud el lugar donde se encuentran las piedras para poder atravesarlo, ya que las habíamos colocado de tal manera que sabíamos perfectamente cuál era la mejor forma de que pasaran por ellas los mercaderes sin peligro de caer y ser arrastrados a través de la hondonada. Pero ayer, mis dos hijos y mi esposo subieron al risco. Queríamos huevos y aprovechamos porque era la época de la postura. —Se detuvo presa de un nuevo acceso de congoja. El lama le rodeó los hombros con un brazo

a fin de calmarla, y la pobre mujer le oprimió levemente la mano que pendía junto a su cuello. Inmediatamente sus sollozos cesaron y prosiguió el relato—. Ya habían recogido una buena cantidad y los traían en un pequeño bolso de cuero, cuando al parecer —aunque no sé exactamente qué pasó—, mi esposo perdió pie, una piedra se movió debajo de él y se cayó desde lo alto de la roca. —Volvió a interrumpirse anegada en llanto; pero sacudiendo la cabeza como para alejar los malos recuerdos, prosiguió—: Durante la caída mi esposo se dio vuelta y fue a golpear con la cabeza contra las rocas de abajo. ¡Pobrecito —prorrumpió—, siempre había sido ése su punto más débil! Se oyó un espantoso crujido y un golpe así: ¡plaf! , y luego un ruido como si alguien pisara un fardo de ramas. —El lama movió la cabeza con un gesto de conmiseración y alentó a la mujer para que continuase—. Arriba, en el borde del acantilado, mis hijos también se encontraban en peligro. Uno de ellos trató de asir el bolso de manos de su padre, y al hacerlo también trastabilló. Mi segundo hijo procuró agarrar el bolso o a su hermano, no lo sé bien, pero también se cayó provocando un deslizamiento de piedras. Los dos muchachos se cayeron y fueron a dar contra las rocas de aquí abajo. . . ¡plaf, plaf! —La mujer prorrumpió en una risa casi histérica que durante un buen rato no pudo refrenar, a pesar de los esfuerzos del lama por serenarla. Al fin, no obstante, logró continuar su narración—. ¡Qué modo de golpearse! ¡Jamás lo podré borrar de mi mente! Primero, aquel chasquido; luego, el crujir, aquel ruido de algo que se tritura. . . y ya había perdido a mi marido y mis dos hijos; y hasta los huevos que habían recogido se hicieron trizas. ¡No sé qué hacer, ya! ¡Qué difícil me resulta todo aquí! —Se sorbió la nariz y emitió un quejido lleno de angustia—. Un mercader que pasaba —continuó—

me ayudó a recoger sus despojos, lo cual fue bastante difícil pues se hallaban convertidos en una masa informe que bien se hubiese podido enrollar como ropa vieja. Seguramente no les había quedado un sólo hueso sano en el cuerpo. Después, mientras todavía permanecíamos allí el mercader y yo, bajó una bandada de buitres que, ante nuestras miradas horrorizadas, se abalanzaron sobre ellos. En menos tiempo del que se puede suponer, ya no quedaba nada de mi esposo y mis hijos, excepto sus huesos, fracturados de manera increíble.

Como la mujer estaba al borde de otro ataque de histeria, el lama le tomó suavemente la nuca y se la presionó ligeramente. La reacción no se hizo esperar: la mujer se irguió y los colores le volvieron a las mejillas.

—Ya me habéis dicho bastante —intervino el lama—. No os angustiéis.

—No, venerable lama; quisiera decíroslo todo, si me lo permitís.

—Muy bien, si ése es vuestro deseo. . . Decidme todo cuanto queráis, que yo os escucharé —repuso el lama.

—El mercader y yo nos quedamos allí, no sé cuánto tiempo, horrorizados, llenos de espanto, mirando cómo los pájaros dejaban pelados aquellos despedazados huesos. Después, como no los podíamos dejar esparcidos por el sendero, ¿no es cierto? , los recogimos en una canasta y los arrojamos en el río, donde desaparecieron dando tumbos a través de la garganta. Ahora ya no tengo esposo, ya no tengo hijos, ya no tengo nada. Vosotros, los tibetanos, tenéis fe en las Tierras Puras; nosotros tenemos fe en el Nirvana. Pero yo estoy profundamente desgarrada, estoy aterrada. Yo también quisiera dejar este mundo. . . Tengo miedo.

—Sí —musitó el lama como si hablase consigo mismo, luego de suspirar—; todos quieren ir a las Tierras Celestiales, pero nadie desea morir. Si al menos la gente recordase que, aunque se transite por el Valle de la Sombra de la Muerte, no se experimenta mal alguno si no se teme al mal. —Y agregó, volviéndose hacia la anciana—: Mas, buena mujer, si todavía no vais a dejar esta tierra, ¿qué es lo que tanto teméis?

—¡De vivir! —repuso aquélla prestamente—. ¡Vivir! ¿Para qué, vivir? Sin un hombre que me proteja. ¿Cómo voy a vivir, cómo voy a comer? ¿Qué puede hacer una anciana sola en este país, una anciana como yo, una anciana en quien los hombres ya no reparan? ¿Qué puedo hacer? Quisiera morir, pero le temo a la muerte. No tengo a nadie, no tengo nada. Y cuando muera, ¿qué pasará? Mi religión, que es distinta a la vuestra, me dice que cuando esté en la otra vida, si realmente existe otra vida, me reuniré con mi familia, que volveremos a estar todos juntos. Pero, ¿cómo puede ser de tal manera? Porque si todavía vivo algunos años, seguramente mi familia se habrá alejado ya de mí, habrá envejecido. Me siento terriblemente angustiada, tengo miedo y no sé de qué. Tengo miedo de vivir y tengo miedo de morir; tengo miedo de lo que pueda haber más allá de la muerte. Es a lo desconocido a lo que temo. —Tomó impulsivamente la mano del lama y prosiguió—¿Podéis decirme qué hay más allá de la muerte? —preguntó con voz trémula—. ¿Podéis decirme por qué no me arrojo yo también por la garganta del río para morir, como murió mi esposo, como murieron mis hijos? ¿Podéis decirme por qué no lo hago y me reúno con ellos? Eramos pobres, gente humilde, pero juntos éramos felices a nuestra manera. Jamás tuvimos lo suficiente para comer, pero nos arreglábamos. Y ahora me veo sola, sin

nada. ¿Por qué, oh, venerable lama, no pongo término a mi sufrimiento? ¿Por qué no acudo a reunirme con mi familia? ¿Podéis explicármelo, oh, venerable lama? —concluyó, con ojos suplicantes.

El lama la miró con infinita compasión.

—Sí, buena mujer —le dijo—; es muy posible que pueda prestaros alguna ayuda por medio de la debida información. Pero, antes, decidme si habéis comido y bebido algo hoy. ¿Lo habéis hecho? —La mujer negó silenciosamente con la cabeza. Tenía los ojos inyectados con sangre y sus labios temblaban por la intensa emoción contenida—. Beberemos un poco de té con *tsampa* —dijo el lama—. Después os sentiréis mucho mejor para conversar, y para que pueda yo hablaros de ciertas cosas que bien sé que son verdaderas. —Se puso de pie y se asomó a la boca de la pequeña caverna para llamar al acólito—. Recoge un poco de leña y enciende el fuego —le indicó—. Tomaremos un poco de té con *tsampa* y después conversaremos tú y yo con esta buena mujer. Debemos cumplir con nuestro deber y procurarle el consuelo de la verdadera religión.

El muchachito se internó entre las grandes rocas. Evidentemente la leña no escaseaba en aquel lugar, como ocurría en el valle de Lhasa, a centenares de metros más arriba, donde le hubiese gustado poder encontrarla con tal profusión. Juntó, pues, las ramas más secas que le fue posible encontrar e hizo una buena pila.

Un poco más allá, en lo alto de una roca muy escarpada, notó algo que le llamó poderosamente la atención. Escaló con sumo cuidado aproximadamente quince metros y al llegar arriba alargó una mano para tomar aquel objeto extraño, reluciente, provisto de unas hebras negras. Al tomarlo, el terror le hizo dar un respingo y cayó deslizándose por la superficie de la roca. Lo que había asido era la parte

superior del cráneo de una de las víctimas. . . Al deslizarse por la superficie de la roca felizmente fue a caer sobre un rododendro que amortiguó su caída. En sus manos, a pesar de eso, conservaba aún aquel objeto, compuesto por una porción de los huesos del cráneo, cabello negro y algo de piel. Dejándose caer de las ramas, echóse a correr hacia la orilla del río y una vez allí arrojó bien lejos aquel objeto en dirección de la entrada de la garganta. Después sumergió un poco las manos en el agua para lavárselas y luego de sacudirlas volvió corriendo para recoger la leña.

Con su abundante carga a cuestas, retornó a las proximidades de la entrada de la caverna, donde hizo una pila de ramas y colocó un trozo de mecha que procuró encender con el pedernal y el eslabón. No obstante, no lo logró, pues como había tomado la mecha con las manos mojadas la había humedecido.

Entretanto, el lama y la anciana lo estaban mirando desde la boca de la caverna. Sonriente, el lama contemplaba los afanes del joven acólito; pero la anciana, cuyo estómago sonaba de hambre, dijo "chist, chist, chist", y corrió hacia la pequeña pila de leña, olvidándose por un momento de sus tribulaciones. En aquel instante volvió a sentirse una perfecta mujer de hogar, que debía enseñar a aquel muchachito cómo hacer fuego. Tomó inmediatamente un trozo de su escasa provisión de mecha y la encendió. Luego se arrodilló y sopló con todas sus fuerzas hasta que ésta se inflamó y encendió las ramitas que estaban encima. Hecho esto, radiante de satisfacción corrió a la cueva a buscar una lata que ya había llenado de agua.

El joven acólito la miraba fastidiado, pensando por qué las mujeres tienen que meterse siempre cuando los hombres hacen algo. ¿Por qué las mujeres tienen que meterse siempre y aprovechar los frutos de los mayores desvelos del hombre para acaparar

todo el crédito, todo el buen karma? Irritado, dio un puntapié a una piedra y se fue entre las rocas a recoger un nuevo fardo de ramas. "Por las dudas que esa vieja descuide la leña", pensó para sí, "mejor será que esta vez lleve una buena cantidad".

En las cercanías de la base de la gran roca salediza, halló una escudilla y una caja-amuleto. También encontró un trozo de género ajado. Al verlo, se dio cuenta de que era uno de los elementos del culto demoníaco. Pero al pensar más detenidamente recordó que había habido un robo, y entonces la historia acudió a su mente. " ¡Oh, sí! ", pensó; "una de las maneras con las cuales se hicieron de dinero fue robando cosas e introduciéndolas de contrabando en la India para venderlas como recuerdos a los occidentales". Guardó bajo su manto el bol, la caja-amuleto y el trozo ajado de género, y abriendo bien los brazos recogió el gran haz de leña y se echó a andar tambaleando por el camino sin poder ver por donde caminaba.

La anciana se ocupaba del fuego y, como se imaginaba el pobre muchacho, seguía amontonando leña como si tuviera a su disposición un regimiento de monjes para que se la proveyesen. Soltó el fardo de leña detrás de la mujer, como si deseara que tropezase y se cayera al fuego para no tener que trabajar tanto. Después se volvió hacia el lama y extrajo el bol, la caja-amuleto y el trozo de género.

—¡Es mío, es mío; era de mi marido! —chilló la anciana incorporándose rápidamente como por efecto de la levitación—. Es lo único que ahora me queda de recuerdo de él —exclamó mientras le arrebataba al muchacho de las manos esos objetos y los contemplaba ávidamente. Después los guardó en el seno y retornó al lado del fuego con los ojos llenos de lágrimas.

El joven acólito miró torvamente al lama y murmuró:

—Espero que todo eso no se le caiga dentro del *tsampa*. Nunca me gustó el revuelto de *tsampa*.

El lama entró en la caverna para ocultar su regocijo, que estaba amenazando con hacerle perder su gravedad.

Al poco rato, el lama, el acólito y la anciana se hallaban ya sentados separadamente, comiendo y bebiendo, porque los tibetanos que pertenecen a órdenes sacerdotales prefieren por lo común comer solos o en compañía exclusivamente de sus más íntimos allegados. Concluida aquella comida frugal, cada cual limpió su escudilla con arena fina y la enjuagó en el río, para luego volver a guardarla entre sus ropas. Entonces dijo el lama:

—Aproximaos, buena mujer; tomemos asiento cerca del fuego y veamos la manera de tratar y resolver vuestros problemas. —Se volvió y arrojó un puñado de ramas en la pequeña hoguera. El muchacho miró preocupado por la rapidez con que se consumía la leña; pero, sonriente, el lama le dijo—: Sí, es mejor que vayas por una o dos cargas más. Vamos a necesitar tener fuego. ¡Vamos, vete!

Y mientras el muchacho tornaba a buscar leña y cuanto pudiese hallar, el lama y la anciana se pusieron a hablar.

—Buena mujer, vuestra religión y la mía tienen formas distintas —comenzó el lama—, pero todas las religiones conducen al mismo sitio. No importa en qué creamos, ni cómo creamos, mientras creamos; porque una verdadera religión, con la disciplina mental y espiritual que impone a sus fieles, es la única salvación para nuestro pueblo y para el vuestro. —Se detuvo, miró a la mujer y prosiguió—: ¿De modo que habéis pensado en mataros, eh? Bien; debéis saber que ésa no es solución alguna. Si os

matáis, si os suicidáis, todo cuanto haréis será aumentar vuestros problemas, en vez de concluir con ellos.

La anciana levantó la vista para mirar al lama, pues éste era de elevada estatura y ella muy menuda, y retorciéndose las manos, dijo:

—¡Oh, sí; decidme! Soy ignorante, no sé nada, no tengo absolutamente ninguna instrucción. Pero, sí; he pensado en matarme, en arrojarme en la hondonada y destrozarme contra las rocas, como se destrozaron mi esposo y mis hijos.

—El suicidio no conduce a nada —continuó el lama—. Hemos venido a esta tierra con el fin de aprender, con el propósito de desarrollar nuestra alma inmortal. Hemos venido a este mundo para hacer frente a ciertas circunstancias, quizás a las penurias de la pobreza, quizás a las grandes tentaciones que asedian al poderoso, porque no pensemos que el dinero y las posesiones hacen que no se tengan padecimientos. El rico también muere, el rico también se enferma, el rico también sufre zozobras y persecuciones y una serie de dolores y problemas que el pobre desconoce. Venimos a esta tierra y escogemos nuestro puesto con arreglo a la tarea que debemos cumplir, de manera que si nos suicidamos, si nos quitamos la vida, somos como un tazón roto, y si rompéis vuestro tazón, buena mujer, ¿cómo haréis para comer? Si rompéis vuestro pedernal y vuestro eslabón, no hay chispa con la cual encender la mecha; ¿cómo haréis, entonces, para sobrevivir? —La anciana aprobó silenciosamente con la cabeza y el lama prosiguió—: Al venir a esta tierra sabemos de antemano cuáles serán nuestros problemas, conocemos cuáles serán los padecimientos que deberemos soportar, de manera que si nos suicidamos lo que hacemos es eludir los compromisos que hemos aceptado para nuestra propia elevación.

—Pero, lama —dijo la anciana en el éxtasis de la desesperación—, tal vez en el Otro Lado sepamos qué es lo que convenimos; pero, ¿por qué no lo sabemos mientras estamos aquí, en esta tierra? Y si no sabemos por qué estamos aquí, ¿cómo se nos puede culpar de que no hagamos lo que decimos que deberíamos haber hecho?

El lama sonrió y le dijo:

—¡Oh, qué fácil es responder a esa pregunta! Todo el mundo pregunta lo mismo. Generalmente no sabemos qué tarea tenemos que desempeñar en esta tierra porque si lo supiésemos dedicaríamos todas nuestras energías a realizarla, sin importarnos las molestias que pudiéramos causar a los demás. Tenemos que realizar nuestra tarea y al mismo tiempo ayudar al prójimo. Debemos vivir siempre según el precepto que dice: "Obra como quisieras que los demás obrasen contigo", de modo que si en un arranque de egoísmo por realizar determinada tarea avasallamos los derechos de los demás, lo que hacemos es realizar tareas distintas de las que debemos cumplir. De suerte que es mejor para la mayoría de las personas no conocer las cosas que tienen que hacer, no saberlo mientras están en la tierra.

De pronto, los gritos del joven acólito interrumpieron la conversación.

—¡Miren, miren! —venía gritando—. ¡Miren qué encontré! —exclamó, y al momento apareció trayendo entre sus manos una pequeña imagen de oro. No obstante, como su peso era considerable, la sostenía con mucho cuidado, temiendo que pudiera caérsele sobre un pie.

El lama se incorporó y, al hacerlo, dirigió una mirada a la anciana. El rostro de ésta se había puesto de una palidez verdosa; tenía la boca abierta y los ojos desencajados. Parecía la vera efigie del terror. El

lama tomó la imagen de las manos del muchacho y al volverla del revés advirtió una marca en su base.

—¡Ah! —exclamó—. Es una de las imágenes que desaparecieron de aquel pequeño lamasterio. La vez pasada entraron ladrones y ésta es una de las cosas que se llevaron —explicó; y al volverse notó que la anciana farfullaba asustada—. Me doy cuenta, buena mujer, de que no sabíais nada acerca de esto. Sé que sospechábais que vuestro marido y vuestros dos hijos hacían cosas que no debían hacer. Sé que, a pesar de vuestras presunciones, no estábais segura, y que no habéis tenido parte alguna en esto. Así, pues, no temáis. De ningún modo tendréis que purgar los pecados ajenos. —Y dirigiéndose al chiquillo le dijo—: Por ahí tiene que haber más oro, y también piedras preciosas. Vamos al lugar en que has encontrado esto y busquemos para ver si aparece el resto de las cosas que se han perdido.

La anciana tartamudeaba y balbucía, hasta que al fin pudo articular algunas palabras.

—¡Oh, digno y venerable lama! Yo sabía que mi esposo y mis hijos hacían algo al pie de aquella roca —señaló—; pero no sabía qué era, no lo pregunté. Pero los vi por allá, cerca de donde cayeron.

El lama movió la cabeza y se echó a andar junto al chiquillo.

—La encontré allí —explicó el joven acólito—. Estaba enterrada en la arena y la saqué.

De rodillas, ambos se pusieron a escarbar con unas piedras chatas en el suelo arenoso, hasta que dieron con algo duro. Entonces comenzaron a escarbar con las manos y a poco apareció un voluminoso bolso de cuero en el cual, para su asombro, se hallaban las piedras preciosas y las pepitas de oro. No obstante, continuaron escarbando por si aún faltase encontrar algo más; hasta que al fin, satisfecho ya el lama de haber recuperado totalmente las cosas sustraídas, se

pusieron de pie y retornaron al lado del fuego, donde la anciana aguardaba sentada.

—Mañana —díjole el lama— llevaréis estas cosas al lamasterio. Os daré una nota para que os presentéis ante el abad, de modo que éste os entregue una suma de dinero como recompensa por devolver estas cosas. En la nota le haré saber claramente que no sois vos la culpable. De esta manera, con la suma de dinero que obtendréis, podréis tomar el camino de regreso a vuestra tierra, Assam, donde tal vez tengáis familiares o amigos con quienes poder vivir. Mas, ahora, continuemos conversando de vuestro problema, porque las cosas del espíritu deben anteponerse a las cosas terrenales.

—Venerable lama —intervino el joven acólito—. ¿No podríamos tomar un poco más de té mientras habláis? Con todo lo que he trabajado y con estas emociones, me ha venido mucha sed. Me gustaría tomar más té.

Sonriendo, el lama envió al muchacho al río a buscar más agua para hacer té nuevo.

—Buena mujer —recordó el lama—, ¿qué era aquello otro que también os preocupaba tanto? Habéis dicho algo acerca de estar junto a vuestra familia. . .

Apesadumbrada y temerosa, la anciana sorbió nuevamente con la nariz.

—Venerable lama —dijo—. He perdido a mi esposo y a mis hijos. Pero, aunque hayan robado al templo, siguen siendo mi esposo y mis hijos; y yo quisiera saber si podré encontrarlos nuevamente en la otra vida.

—Pero, por supuesto —repuso el lama—. Sin embargo, muchos conceptos equivocados hay debido a que la gente de esta tierra piensa que las cosas deben ser siempre iguales. A la gente no le gusta el cambio. No le agrada que nada sea distinto. En el Otro Lado es diferente. Aquí, en la tierra, habéis

tenido a vuestro esposo y luego a vuestro hijo, es decir, un niño. Después habéis tenido otro niño. Esas criaturas crecieron, se hicieron mayorcitas; siguieron creciendo y se tranformaron en mozos, y ya no fueron idénticos; habían crecido. En la tierra sucede así porque habéis venido a ella lo mismo que vuestros familiares, para estar juntos. Pero el que ha sido vuestro hijo en esta tierra puede no serlo en la vida siguiente. Uno viene a la tierra para vivir la parte que le corresponde, para desempeñar cierto papel, para cumplir una tarea determinada. Aquí sois mujer, pero en el Otro Lado de la vida podéis ser un hombre; vuestro marido podría ser la mujer. —La anciana lo observaba aturdida. Era evidente que no comprendía absolutamente nada, que todo cuanto el lama le decía estaba más allá de su entendimiento. Pero éste, que ya lo había advertido, prosiguió—: En Assam, de pequeña, tal vez hayáis visto alguna de esas obras teatrales acerca de la fertilidad de la tierra, de la Madre Naturaleza. Los actores eran personas conocidas, no obstante lo cual, cuando salían a representar sus papeles, parecían otros personas, estaban maquillados, vestidos como para parecer otros individuos, para semejar dioses o diosas, de suerte que no podías reconocer en ellos lo que en realidad eran. Subían al pequeño escenario, representaban su papel, su escena, su farsa; desaparecían y luego volvían a aparecer entre vosotros bajo el aspecto que ya os era perfectamente conocido. En ese momento ya no eran más los dioses, las diosas ni los demonios de la obra, sino que eran hombres y mujeres que os resultaban enteramente conocidos, que eran vuestros amigos, vuestros vecinos o vuestros parientes. Eso mismo ocurre aquí abajo, en la tierra. Vos estáis representando un papel, sois una actriz. Aquellos que fueron vuestro esposo e hijos, eran actores. Al final de la obra, al final de vuestra vida, volveréis a ser lo que erais

antes de venir a este tinglado que llamamos tierra, y la gente que encontraréis en el Otro Lado son las personas que amáis, porque sólo podréis encontraros con aquellos que desean encontraros a vos y a quienes deseáis vos, a vuestra vez, encontrar. Solamente podréis encontraros con aquellos a quienes amáis. Y ya no veréis a vuestros hijos como niños; los veréis como son realmente. No obstante, seréis como una familia, porque la gente llega en grupos, y ¿qué es un grupo sino una familia?

CAPITULO X

Y así, una vez más, la semana llegó a su fin. El anciano Autor suspiró aliviado pensando que ese día no habría correo, porque en Montreal los sábados no se distribuye correspondencia. De manera, pues, que en tanto que los carteros se iban a descansar a sus casas de campo o salían de pesca en sus botes, el Autor se echó a descansar en su lecho pensando, no con mucho entusiasmo, en todas las preguntas que debía contestar.

He aquí una de las que solía recibir con mayor frecuencia:

"Para mí es sumamente importante saber hacia dónde voy. Afirma usted que, una vez que el hombre ha nacido, ocurre algo similar a lo que sucede con el alumbramiento, pero con respecto al Cordón de Plata, al cual sigue ligado. Asegura usted que el Superyó constituye los nueve décimos del subconsciente del individuo o, por decir así, del hombre que permanece entre bastidores. Perfectamente; pero, ya que es así, consideremos entonces al hombre. Comienza éste por estar limitado a un décimo de sí mismo y de tal modo anda en tinieblas la mayor parte de su vida. Luego, el hombre muere (una vez cumplidas sus tareas para el Superyó) y el Cordón de Plata se separa y lo deja en libertad. Pero, *¿qué le da este Superyó a él por todo cuanto ha hecho?* "

Muy bien, consideremos esto. Evidentemente, esta es una pregunta que puede contestarse. Pero tienen ustedes que recordar que el Superyó es el verdadero *ustedes*, y que es —considerado en términos terrestres— ciego, sordo y estático, pero, por supuesto, solamente en la medida que se refiere a esta tierra. Lo que el Superyó desea es conocer cómo son las cosas en la tierra, aspira a experimentar sensaciones rápidamente porque, en los dominios en que el Superyó normalmente habita, las cosas se desarrollan con un ritmo de miles de años, o algo así, y no de un día. Por eso, en uno de los himnos cristianos hay un pasaje acerca de los miles de años que hay en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, el Superyó puede compararse con el cerebro del hombre. El Superyó da origen a un ser, o a más de un ser humano, para que lleve a cabo ciertas cosas y experimente otras, sensaciones estas que son trasmitidas al Superyó "cerebral", el cual, de esta manera, por intermedio de otro, disfruta o padece esas sensaciones.

Encontramos dificultades, es sabido, porque en esta tierra nos manejamos solamente con tres dimensiones y tan sólo en tres sentidos direccionales; entonces, ¿cómo hacer para dominar los conceptos que pueden demandar nueve dimensiones?

Pregunta usted cómo recompensa el Superyó al ser humano por todas las experiencias que éste ha sobrellevado, a lo cual se puede responder con otra interesante pregunta; y es ésta: ¿Cómo agradece usted a sus dedos por hacer girar el picaporte y abrirle la puerta? ¿Cómo recompensa usted a sus pies por llevarlo de una habitación a otra, dentro de su casa, o por conducirlo hasta su automóvil o por permitirle subir las escaleras? ¿Cómo premia usted a sus ojos por trasmitir a su cerebro imágenes hermosas? Recuerde: si "usted" es el cerebro y no obstante depende de sus manos, sus pies, su nariz, sus ojos,

también todos estos órganos dependen de usted para existir. Si usted no existiera, las manos, los pies, la nariz y los ojos tampoco existirían. Se trata, pues, de una actividad perfectamente mancomunada. Si sus dedos encienden un cigarrillo, no por eso sus dedos disfrutan del humo; quizá sea alguna otra parte de "usted", pero aunque sus dedos enciendan ese cigarrillo, no por eso los demás órganos los premian con palabras de agradecimiento ni regalos costosos como señal de reconocimiento. Y, aunque "usted" deseara recompensar a sus dedos, ¿cómo lo haría? ¿Qué daría a esos dedos que les gustase y los premiara como es debido? Y, si el auténtico "usted" es el cerebro, ¿cómo puede hacer éste, que depende de esos dedos, para recompensarlos? ¿Acaso hace usted que su mano izquierda le haga algún regalo a su mano derecha, y que luego ésta le retribuya a aquélla? Tenga presente siempre que los dedos dependen del cerebro para moverse; es decir, los dedos dependen de "usted". De manera que no existe recompensa alguna, porque, así como los dedos de las manos y de los pies forman parte del cuerpo, del mismo modo *usted* es parte del organismo total que forma las prolongaciones del Superyó. Aquí, en la tierra, usted no es más que una prolongación, un brazo extendido a través de una ventana para experimentar cosas que suceden en un cuarto contiguo, ur cuarto que está más allá del alcance de su vista. Y usted es eso. Usted lo hace por usted mismo. Todo cuanto usted hace aquí beneficia a su Superyó y, de tal manera, también lo beneficia a usted, porque usted es él, o parte de él.

El mismo consultante formula otra pregunta de interés, y es ésta:

"Si un hombre debe reencarnarse, ¿vuelve a tener su mismo Superyó o uno nuevo? ¿Es una especie de parte permanente del Superyó? ¿Se le da al hombre,

inmediatamente, los otros nueve décimos de su conciencia, o qué ocurre? "

Para contestar esto... Bueno, en realidad lo que usted ha querido preguntar es: ¿Procede del Superyó ese mismo cuerpo o espíritu? Supongamos que usted se hace un tajo en una mano. A usted no le crece una nueva mano, ¿no es cierto? La mano o, mejor dicho, la herida, cicatriza porque es parte de usted, porque su cerebro ordena que cure, es decir que realiza la operación de juntar los labios de la herida. Los seres son entidades completas, de modo que su Superyó puede enviar a la tierra prolongaciones de sí mismo, y estas prolongaciones —los seres humanos— son algo así como los tentáculos del pulpo; córtele usted un tentáculo y volverá a crecer.

¡Ay, Dios, Dios! ¡Qué gran confusión existe acerca de este asunto del Superyó! Sin embargo, en una parte anterior de este libro hemos tratado de aclarar algo la cuestión. No obstante, a fin de que se entienda mejor todavía, supongamos una gran entidad con poderes que en el momento no podemos comprender. Esta entidad tiene la facultad de pensar y, por ello, de emitir prolongaciones de sí misma para extenderlas cuando desea: éstas se denominan seudópodos. De este modo, nuestro Superyó —aunque permanezca en un mismo sitio— puede emitir prolongaciones fuera de su cuerpo principal las cuales quedan unidas a él, en cuyos extremos existen nódulos sensoriales capaces de captar todo a través del tacto, de la vista y de la audición, es decir, son nódulos receptores que perciben en frecuencias distintas.

Todo es vibración. Nada hay que no sea vibración. Cuando decimos que algo está en reposo, en ese momento se halla vibrando de una manera particular. Cuando algo se mueve, es que está vibrando con mayor velocidad. E, incluso cuando algo está muer-

to, sigue todavía vibrando y desintegrándose realmente en diferentes vibraciones a medida que el cuerpo se descompone.

Percibimos el objeto, ya sea que esté en reposo o en movimiento. Lo tocamos y lo sentimos porque tiene cierta vibración que podemos captar e interpretar por medio de uno de nuestros nódulos adaptado a ese tipo de frecuencia; es decir, en otras palabras, somos sensibles al tacto.

Cuando algo vibra mucho más rápido, no podemos percibirlo por medio de los dedos, pero nuestros oídos perciben esa vibración, que denominamos sonido. Es decir que vibra con una frecuencia que un nódulo receptor de mayor sensibilidad puede percibir como sonido alto, intermedio o bajo. Y más allá hay una escala de frecuencias mucho más altas que no podemos tocar, que no podemos oír, pero que unos nódulos mucho más sensibles —llamados ojos— pueden percibir e interpretar dentro del cerebro con exacta precisión, y de tal manera tenemos una noción de lo que constituye ese objeto.

Muy similar es lo que ocurre con la radio. Podemos escuchar en la banda de MA, que constituye una vibración o frecuencia sumamente baja, o podemos utilizar las bandas de ondas cortas que son frecuencias mucho más rápidas que un receptor de MA no puede captar. E, incluso, podemos también bajar (¿o será subir?) a la frecuencia modulada o a la ultraalta, en la cual es posible captar imágenes de televisión. El radiorreceptor para televisión no puede captar ondas de MA ni ondas cortas, del mismo modo que tampoco el receptor de éstas puede recibir imágenes de televisión. En esto, pues, tenemos un ejemplo cotidiano de la manera que a nosotros nos es dable tener prolongaciones para percibir vibraciones de una determinada frecuencia. Exactamente en la misma forma, el Superyó se vale de nódulos —seu-

dópodos, seres humanos— para captar lo que le interesa saber.

Pero hay algo que, solamente de pensarlo, espanta. Algo para ponerle carne de gallina antes de ir a acostarse. Ya hemos visto que los seres humanos hacemos ciertos aparatos para captar ondas de radio MA, FM y ondas cortas. Ahora bien, suponiendo que su Superyó tuviese sintonizada la tierra en MA, eso no obstaría para que, además, tuviese seudópodos en frecuencias más altas, ¿no es cierto? Pues bien, por eso algunas veces se tienen pesadillas cuando al pobrecito del Superyó se le cruzan las líneas y usted capta imágenes de monstruos de ojos saltones, etc. Ya se sabe que a veces pasa cada cosa. . .

El Autor tomó otra carta y se estremeció. De haber habido algún espejo, habría podido advertir que se ponía pálido, extraordinariamente pálido. Pero no lo había. ¿Por qué palidecía de esa manera? Pues porque hay preguntas que se las traen; y, si no veamos:

"Quiero preguntarle algo, y es lo siguiente: Si un ente puede entrar ya sea en el cuerpo de un hombre o de una mujer, según qué desee aprender, ¿por qué siempre se afirma que la entidad que en vida ha sido el Dalai Lama debe encarnarse permanentemente como hombre? Evidentemente, inclusive a esa entidad le haría falta cambiar si se trata de aprender cosas en general desde un punto de vista que no sea el puramente masculino; de manera, pues, que ¿por qué la mujer no puede aspirar jamás a la más elevada jerarquía del lamaísmo? En el Tíbet, donde creo que los hombres y las mujeres son iguales (o eran, antes de que llegaran los chinos), ¿por qué existe esta discriminación? "

Esta pregunta, también, puede contestarse en parte por medio de otra. Veamos una que puede servir de algo: ¿Cuándo, en toda la historia, la divini-

dad suprema ha sido alguna mujer? ¿Podéis vosotros, lectores, mencionar un solo caso de alguna mujer que haya sido *la* divinidad suprema? Es cierto que ha habido diosas, pero éstas han sido "inferiores" a los dioses. El Dalai Lama es Dios en la tierra, según la religión tibetana; de manera, pues, que por su calidad de Dios en la tierra no podría contentarse con ser "Diosa" en la tierra. Se presenta bajo la forma masculina, porque las cosas que debe hacer exigen que tome esa apariencia. Por otra parte, ¿cómo sabe usted si el Superyó del Dalai Lama no tiene, además, entidades femeninas que aprenden otras cosas? No hay duda que las tiene. No hay duda que mucho es lo que se aprende también desde la perspectiva femenina.

A quien esto escribe, evidentemente, hay cosas que le hacen perder los estribos. Una de ellas es la referente a la insania del periodismo, y la otra la que concierne al denominado Movimiento de Liberación Femenina. El Autor tiene la más absoluta convicción de que a las mujeres les está reservada una misión muy importante en la vida, es decir la de acrecentar la futura población del mundo. Si las mujeres dejaran de imitar al hombre —como en realidad lo imitan, hasta el extremo de usar pantalones con olvido total de que su figura no ha sido hecha para eso—, el mundo sería mucho mejor. Para el Autor, las mujeres son responsables de gran parte de los problemas que aquejan al mundo por querer emanciparse y ser "libres", como erróneamente dicen, en lugar de aceptar sus responsabilidades como madres. Las mujeres dicen que quieren ser iguales, pero ¿no son, acaso, iguales? ¿Qué es más importante, el perro o el caballo? Son criaturas distintas. El hombre y la mujer son también criaturas diferentes; el hombre jamás ha podido procrear sin la participación de la mujer, pongamos por caso, pero la hembra puede parir, sin

la intervención del macho, por partenogénesis. ¿Por qué, entonces, si el Movimiento de Liberación Femenina aspira a una rebelión, no se jacta de eso? ¿Qué mayor prueba de igualdad puede haber, e incluso de superioridad, que las mujeres desempeñen su tarea de engendrar y perfeccionar la especie humana del futuro? La intervención del hombre se reduce sólo a unos pocos minutos, pero la mujer debe criar a los niños hasta que estén en condiciones de valerse por sí mismos, y de la manera como los eduque, del ejemplo que les dé, dependerá cómo sea la raza del futuro. Pero ahora las mujeres prefieren ir a la fábrica para hablar de cosas escandalosas, prefieren hacer de picapedreros o de cualquier otra cosa menos aceptar la responsabilidad para la cual las ha dotado tan bien la naturaleza. ¿Liberación de la mujer? Pienso que a quienes preconizan el Movimiento de Liberación Femenina habría que darles una tunda en el trasero... ¡Y fuerte!

La pregunta continúa inquiriendo por qué la mujer nunca puede aspirar a la alta dignidad lamaísta. Porque la mujer es irracional, por eso; porque la mujer no piensa con claridad, por eso. Porque las mujeres permiten que la afectividad enturbie la razón, por eso. Si las mujeres no fueran tan borricas e hicieran frente a sus responsabilidades, el mundo, el universo entero, sería mejor.

Las mujeres tienen la más importante de todas las misiones: la de quedarse en casa, hacer de ésta un hogar y dar el ejemplo para guía de las futuras generaciones. ¿O es que las mujeres no son lo suficientemente capaces como para desempeñar sus funciones?

Veamos otra consulta: "¿Cuál es el mejor incienso? "

Esto es algo a lo cual no se puede contestar, porque es casi lo mismo que preguntar qué ropa o qué

comida es mejor. No se puede decir que una cosa sea mejor que otra si no se conoce el destino que se le piensa dar. Sin embargo, para no dar una respuesta totalmente negativa, haré algunos comentarios sintéticos. Pueden utilizarse diversos tipos o clases de incienso, y nadie mejor que usted para saber cuál es el que le conviene para los momentos de tranquilidad, para cuando se halla irritado o para cuando desea meditar. Fíjese, según las circunstancias, cuál es el que más le satisface, y tenga una buena reserva de esos tipos.

El incienso debe tenerse siempre en ramas gruesas, porque las delgadas puede decirse que no sirven. Es lo mismo que ocurre con las notas musicales: si usted oye simplemente una nota fina, aguda, le irrita, sencillamente lo pone a uno peor; pero si, en cambio, se oye una nota bien modulada, plena, puede tranquilizar, servir de sedante o de estimulante. Así, pues, no pierda el tiempo nunca con el incienso en ramitas delgadas. Usarlas es gastar el dinero inútilmente. Por otra parte, es mejor usar ramas que polvos o piñas. En cuanto a dónde se lo puede comprar, eso es ya otra cosa. Eso sí, lo que puedo asegurarle es que no existe ningún "incienso Rampa". Lobsang Rampa no recomienda ningún abastecedor en particular ni tampoco ningún incienso especial. Ha aparecido mucha gente que les hace una propaganda desaforada a distintos productos que denominan "Rampa", pero sépase que Lobsang Rampa no tiene intereses comerciales de ningún tipo. Algunas veces se reciben consultas acerca de dónde conseguir un libro o cualquier otra cosa, en cuyo caso se da el nombre y la dirección correspondientes; pero, en esos casos, se trata de comerciantes comunes que no tienen absolutamente ninguna relación con Lobsang Rampa. Otras firmas hay que utilizan medios publicitarios para decir que constituyen tal o cual cosa

denominada "Tercer Ojo", anuncios éstos que obligan a destacar nuevamente que Lobsang Rampa no garantiza a ninguna de ellas, que no las recomienda y que no está ligado de ningún modo a ninguna de tales firmas.

"¡Qué cosa! ", suspiró el Autor.

Sentada, con las orejas enhiestas y los bigotes tiesos, Miss Cleo parecía la vera efigie del felino vigilante e intrigado. Sonriente, el Autor le dijo:

—Oye, Cleo; escucha esto. Hemos recibido carta de un periodista, de un reportero de no sé qué diario de qué sé yo qué ciudad. Tienes que ver lo enfadado que está, Cleo, porque en un libro de Rampa ha leído algo referente a la cobardía de los periodistas. Dice que el periodismo está inspirado por Dios; que la prensa tiene el derecho de escribir lo que le dé la gana acerca de la gente, porque se trata de una tarea divina. ¡Tarea divina! ¿Te enteras, Cleo? Y luego exige que Lobsang Rampa le diga concretamente qué mal hace la prensa. El periodismo, afirma, sólo hace bien.

El periodismo podría ser un instrumento de gran provecho, lo mismo que la televisión. Pero ambos explotan los instintos más bajos de la humanidad, como son el sadismo, la sensualidad, la superstición y otras muchas iniquidades. El cargo principal que se le puede formular al periodismo es el de publicar las cosas sin estar seguro de los hechos. Cada vez que aparece algún rumor, el periodismo lo publica inmediatamente como hecho cierto; y, si el rumor es bueno, lo distorsiona, porque el sensacionalismo y el sadismo parecen venderse mejor que las cosas buenas.

La prensa habla de su libertad —la libertad de prensa—; pero, ¿dice algo acerca de la libertad del individuo? Si el periodismo tiene la libertad de decir todo cuanto se le ocurre, a la gente respecto de la

cual se escribe se le debe dar también un espacio equivalente en las columnas de las publicaciones para que pueda refutar los infundios que en ellas aparecen. Pero, lejos de esto, cuando alguien trata de refutar algo, el periodismo elimina párrafos del contexto y publica lo que a la postre resulta totalmente perjudicial porque, a pesar de provenir de la persona interesada, se convierte en una mezcolanza de declaraciones tomadas al azar. . . o, tal vez, no del todo al azar; quizá con la diabólica perversidad que solamente los periodistas parecen poseer.

El periodismo ataca a mucha gente que no está en situación de defenderse. A Charlie Chaplin, por ejemplo, lo ha atacado infinidad de veces de la manera más abyecta. Otro es el príncipe Felipe, a quien también se lo ha atacado sin darle los medios para defenderse. Entonces, ¿dónde está la libertad de prensa? ¿Dónde está la libertad para la gente a la cual se ataca?

La prensa desata guerras y odios raciales. Porque la prensa sólo publica noticias sensacionalistas que se supone van a producir conmoción. Sin periodismo quizá no se hubiese producido la guerra de Vietnam. Tal vez no hubiera existido la guerra de Corea. Sin el periodismo, que levanta odios raciales, es probable que no se hubiesen producido tantos conflictos entre seres humanos de distinto color; e, incluso ahora, el gobierno de los Estados Unidos se encuentra en serios aprietos por causa de aquél, que contra la voluntad de la autoridad se ha lanzado a publicar cosas que no debieron haberse removido.

Todo individuo tiene algo que desea mantener en privado. Todo el mundo tiene algo que, si bien en familia puede ser perfectamente normal, al extraño que no conoce los hechos y circunstancias especiales puede parecerle un tanto "anormal". Algo así parece ser lo que ocurre con esos documentos del Pentá-

gono que la prensa ha venido publicando como cosas sensacionalistas, y que ha afectado al Canadá, a Inglaterra, a Francia y a otros muchos países, sólo porque la gente que se dedica al periodismo quiere ganar unos pocos centavos más en la venta de los diarios. El Autor tiene para sí que el periodismo es la fuerza más dañina que jamás haya existido en la tierra; y, también conforme a su opinión, a menos que haya vigilancia, control y censura sobre la prensa, ésta puede llegar hasta a dominar el mundo y tal vez a conducirnos al comunismo.

El Autor se echó hacia atrás y sonriendo le dijo a Miss Cleopatra:

—Bueno, Cleo; yo no sé si este tipo indeseable, reportero de ese diario de no sé qué ciudad, se tomará esto a pechos. Espero que sí. Podría ser un paso hacia su salvación, para que abandone ese trabajo periodístico y se ocupe en algo decente.

Pero dejemos ya todo esto del periodismo y veamos algunas otras preguntas. Este es el cuento de nunca acabar, ¿no es cierto? Pero esta es la prueba de que es necesaria una fuente por medio de la cual se pueda contestar las preguntas, aunque sea parcialmente.

Veamos algunas consultas procedentes de Inglaterra y las correspondientes respuestas.

"¿Es malo suprimir a un animal cuando padece de alguna enfermedad incurable? "

Como budista, uno no debe disponer de la vida; pero hay ciertas cosas que van más allá de todas las religiones tradicionales, sea que se trate del budismo, del cristianismo, del judaísmo, del hinduismo o de cualquiera otra, y que constituyen lo que podríamos denominar un deber hacia el Superyó. Para el Autor, es mucho más caritativo eliminar sin dolor al animal si, según el estado actual de los conoci-

mientos veterinarios, éste se halla afectado de alguna dolencia incurable.

Si el animal está enfermo, y la ciencia veterinaria no tiene medios de aliviar sus padecimientos, es mejor que algún profesional de esa especialidad lo elimine de la manera más indolora y rápida posible. Eso es compasión. El Autor tiene mucha, pero mucha experiencia en materia de sufrimiento, por haberle tocado en suerte tener que soportar bastante más de la cuenta, hasta el punto de que le habría agradado que alguna voluntad superior le hubiese evitado para siempre sus sinsabores.

El suicidio es algo totalmente distinto. No se justifica. Es un enorme desatino, indudablemente, en el cual sólo piensan, en realidad, quienes tienen el equilibrio mental alterado por alguna pena, por algún dolor o por alguna otra circunstancia que trastorna su razón. La eutanasia no sería suicidio porque en ella interviene el criterio de mentes maduras que no son parte directamente interesada y que, en consecuencia, no están influidas por estados angustiosos, ni por la autoconmiseración, ni por el dolor. El suicidio, según el criterio del Autor, es algo que desde cualquier punto de vista que se lo mire está mal y a lo cual jamás debe recurrirse.

Si el animal está enfermo, se lo debe liberar de su infortunio. En cuanto al ser humano enfermo, incurable, que por su avanzada edad constituye un estorbo para los demás, debería existir alguna forma de eutanasia, según la cual se pudiera tratar el caso con quienes no tienen ningún interés personal al respecto.

La pregunta siguiente tiene relación con la anterior y dice así: "¿Es posible que el animal vuelva a vivir con el mismo dueño?"

La respuesta, naturalmente, es afirmativa, siempre que eso ocurriese para bien del animal. Es decir —y

este, por supuesto, es un ejemplo puramente hipotético que no debe tomarse al pie de la letra— que si se elimina a un animal para ahorrarle padecimientos y éste aún no ha cumplido su misión, es probable que opte por volver —ya sea como gatito o perrito— con la misma familia y viva el período del cual ha sido privado al eliminárselo. Puede ocurrir. No obstante, claro está, si el animal se halla en el Otro Lado de la vida y su "propietario" tiene condiciones para realizar el viaje astral, ambos pueden encontrarse *si ambos lo desean*.

Pasemos a la consulta siguiente: "¿Tiene aura la forma astral o solamente la posee la física? "

La forma física, o sea la forma principal terrenal, posee un etérico y un aura. Ambos son reflejos de la forma vital interior. No hay mucha gente que pueda ver el aura —la mayoría, ciertamente, no la puede ver— porque está acostumbrada a ella, de la misma manera que la mayoría de las personas no pueden ver el aire en medio del cual viven; a lo sumo pueden ver el *smog*, que es perfectamente visible en nuestros tiempos.

En el mundo astral, el aura es mucho más brillante en torno a las figuras astrales, y, cuanto mayor es el grado de evolución de esa figura, con más luminosidad brilla, titila y ondula el aura. Así, pues, debo contestar que sí, que no cabe duda de que existe un aura en torno a las figuras astrales. Pero, así como en la tierra algunas personas no pueden ver el aura, del mismo modo existen quienes en el astral inferior no pueden ver el aura astral. Esto es algo que se va corrigiendo a medida que el "no vidente" adquiere una evolución mayor.

He aquí alguien que, desde Inglaterra, formula algunas preguntas interesantes. Se trata de una dama británica muy inteligente (¿se da usted cuenta, lector? ¡Estoy elogiando a una mujer!), quien pregun-

ta: "¿Sería posible utilizar datos tomados del Registro Ascásico para escribir la verdadera historia de las civilizaciones antiguas y biografías auténticas de personajes famosos? "

No, porque no le creerían. La historia impresa sólo coincide ocasionalmente con la historia antigua. La historia se escribe, se reescribe y se omite a voluntad de los dictadores, etc. En nuestros días contamos con un ejemplo acabado en la historia de la Alemania nazi. Todo el mundo sabe perfectamente que la historia fue alterada en parte para presentar a Hitler algo diferente de lo que era en realidad. Es sabido, también, que la historia rusa ha sido modificada a gusto y paladar de los dictadores comunistas. Es decir, en síntesis, que, si usted escribiera la verdad fundándose en el Registro Ascásico, vería que no podría creerse porque su relato diferiría enormemente de la historia oficial del correspondiente país.

En cuanto a las biografías, etc., si se dice la verdad, a menudo no se consigue publicarlas; y, si se logra publicarlas, se produce después, por lo común, una formidable conmoción, porque aparece algún periodista que echa a rodar un rumor sordo y, soplando la llama, enciende una inmensa hoguera en la cual se abrasa la verdad. Si usted aspira a la verdad auténtica, ¡tendrá que esperar hasta que vaya a vivir al astral!

Lo dicho, Miss C.; ¡me ha hecho usted unas buenas preguntas! Tomo otra. Dice usted: "¿Siempre es condenable el aborto? "

Le respondo que no; a menudo es mucho mejor abortar que traer a este ya superpoblado mundo a un pobrecillo desventurado que no se desea y que tal vez tenga que sobrellevar una existencia extremadamente difícil sin tener culpa alguna. En resumidas cuentas, ¿por qué hacerle pagar un momento de descuido de sus padres? Si el aborto se realiza inmedia-

tamente, la entidad todavía no ha tomado posesión del cuerpo.

Entre paréntesis, digamos a aquel lector que se quejaba de los excesivos "yo", que, habiendo llegado ya a esta altura del libro, puedo dejar de ser el Autor para ser el Anciano, porque puedo garantizarle a usted que una "Anciana" no soy. Con todo, en mis libros trato de guardar el acento personal porque todos somos amigos, ¿no es cierto? No somos patos rellenos en pedestales. Póngase usted en un pedestal y en seguida lo echarán abajo.

He aquí otra pregunta referente al espíritu: "Cuando el espíritu abandona a una persona cuya vida continúa en forma vegetal, ¿debe la ciencia médica mantenerlo vivo por medios puramente mecánicos?"

Mi opinión personal es que no. Cuando alguien ha llegado a tal estado en que la entidad ya no lo acompaña y la vida se mantiene exclusivamente por medios mecánicos, es erróneo y absurdo prolongar esa existencia. En tales casos se debe suspender el empleo de recursos mecánicos y permitir que el cuerpo muera. Esta es la manera de proceder más compasiva. Hoy día se oye hablar muy a menudo de personas que padecen de enfermedades incurables, a las cuales se les demora la muerte y se las mantiene vivas por medio de grandes tubos introducidos en su cuerpo y con toda clase de aparatos electrónicos endiablados. Pero eso no es vivir; eso es estar muerto en vida. ¿Por qué no dejarlos "partir"?

"Debido a la explosión demográfica, cada vez se ejerce mayor presión sobre la vida silvestre y los lugares agrestes de la tierra. ¿Podrán éstos salvarse, o aniquilará el hombre su medio para siempre?"

Muchos animales terrestres, aves y peces habrán de perecer y se extinguirá para siempre su especie. La humanidad es voraz e insaciable. No piensa en los

seres que habitan las regiones naturales si no es para echar en el bolsillo algún centavo más. En el momento de escribir esto, aquí, en la provincia de Quebec, existe un proyecto para talar cientos de miles de hectáreas con objeto de abastecer a la industria papelera, porque con parte de la producción de papel se imprimen diarios, se elabora cuero artificial y muchos otros productos que por alguna razón el hombre considera indispensables en la actualidad para su existencia.

Con la tala de los árboles se acabarán los insectos, los pájaros; las aves no tendrán ya dónde hacer sus nidos ni qué comer, y de tal manera morirán de hambre. El resto de los animales, carentes de refugios y de sustento, sucumbirán también.

El hombre se está suicidando a la vez que aniquila su propio mundo con toda celeridad. Con la eliminación de los árboles se producirán distintas corrientes térmicas. La temperatura de aquéllos hace que el aire se eleve y se produzcan precipitaciones, de manera que sin ellos habrá un cambio climático. De suerte que, en Quebec, donde se están cortando millones de árboles, puede formarse una región desértica.

Las raíces de los árboles penetran en el suelo y forman con éste una masa compacta. Pero cuando se talan los árboles y se quitan las raíces, nada hay que mantenga la cohesión del suelo, y los vientos levantan nubes de polvo en el aire y dejan zonas desiertas parecidas a las regiones de los vendavales de los Estados Unidos.

La humanidad está devastando su propio mundo por su sed insaciable de dinero. Bastaría que la gente viviera de manera más natural, prescindiendo de algunos de los productos sintéticos, para que fuera más feliz. Tal como se presentan ahora las cosas, debido a los adelantos de la humanidad, cada vez es mayor la polución de la atmósfera, de las aguas y del suelo,

y pronto llegaremos al extremo de no poder producir ya nada más cuando la tierra sea estéril e inhabitable. Muchos seres que viven en las alturas, en lugares fuera de esta tierra, fuera de nuestro mundo, vienen esforzándose por influir en la humanidad para que se ponga término a esa insensata destrucción de los sitios de vida agreste, y para que se le dé a la naturaleza la posibilidad de restablecer el equilibrio ecológico que más convenga para la perpetuación del género humano y su evolución.

Pero, ¿qué es esto? Un gran sobre de papel madera con un diario doblado y una carta. El Autor miró el diario y lo dejó a un lado inmediatamente, pues estaba escrito en francés, lengua que no domina. La carta estaba en inglés e informaba acerca de un artículo, contenido en el periódico, escrito por un individuo que afirmaba que Lobsang Rampa estaba enfermo y que se había retirado, y que él (el autor de tal artículo) había tomado su lugar como sucesor. El autor de la carta deseaba saber quién era ese sucesor y si eso era verdad.

Mucha gente ha habido que dijo ser Lobsang Rampa. Pero éste era el primero que lo manifestaba en un artículo periodístico. No, yo no tengo sucesores. No, no tengo discípulos ni alumnos. No tengo "herederos". Cuando muera y deje esta tierra, será porque ya habré hecho todo cuanto tenía que hacer; y, si alguien se erige en mi sucesor, mi heredero, mi representante, será sin duda un perfecto impostor. Permítaseme decir una vez más, y con mayúsculas, que NO TENGO SUCESORES, que NO HAY NADIE A QUIEN LE HAYA DELEGADO "AUTORIDAD" ALGUNA.

Una de las cosas desagradables que tiene el ser un autor sumamente conocido, es la cantidad de gente que afirma ser él. Por ejemplo, no hace mucho tiempo recibí carta de una azafata que me manifes-

taba su complacencia por haberme conocido en un vuelo reciente, pero que aún no había recibido los libros autografiados que le había prometido. Yo, que me veo reducido a un sillón de ruedas y a una cama, cada vez que vuelo lo hago en el astral, sin azafatas. Ha habido muchísimos casos de personas que se han hecho pasar por mí. Y, como algunas veces se han comportado mal con la gente, ésta me ha escrito para quejarse de mi manera de proceder. Lamentable, ¿no es cierto? Quizá todo esto se pudiera evitar si todo el mundo tuviese documento de identidad, porque yo he recibido cuentas y una serie de cosas a mi nombre sin comerlo ni beberlo. De modo que ya estáis advertidos. Tenéis que saber cómo soy en la actualidad, aun cuando a veces pienso que los retratos que me hacen en las tapas de mis libros debe de pintarlos algún cegato impenitente.

"Ahora, Lobsang Rampa, quisiera conocer su opinión en general acerca del curanderismo. ¿Es propio que una persona que vive en el siglo veinte recurra a él? ¿Es necesario hacerlo, hoy que los médicos son tan competentes y que casi no hay nada que no esté a su alcance? Porque si se considera al hombre corriente de hoy día, si alguien le dice que puede curarle un dolor de cabeza inmediatamente sin tener que recurrir a una serie de píldoras, no le cree. Pensará que quien se lo dice es un buen candidato para el manicomio. De manera, pues, que quisiera que usted me dijese si es apropiado apelar a esos dones curativos."

No, es totalmente absurdo recurrir a los llamados dones curativos, a menos que la persona tenga buenos conocimientos médicos. Cuando se trata de alguien que padece alguna enfermedad terrible, muy bien pueden hacerse desaparecer los síntomas por medio de la hipnosis. No obstante, hacer desaparecer los síntomas no es curar la enfermedad, de manera

que, si la persona continúa enferma o se agrava, cuando recurra al médico ¿qué podrá hacer éste si no encuentra los síntomas? De no haber ocurrido eso, el médico habría podido diagnosticar posiblemente la enfermedad exacta y curarla.

A menos que la persona tenga conocimientos médicos adecuados y trabaje con la colaboración de un médico matriculado, nunca jamás se debe apelar a esas actividades terapéuticas porque pueden resultar fatales. Lo mismo puede decirse de los conjuros. Cuando un núcleo de personas se reúne a orar por algo, si no conocen perfectamente la dolencia y sus circunstancias pueden invocar la ley del efecto contrario y hacer que las cosas se pongan mucho peor de lo que estaban. De modo que lo mejor que se puede hacer es no inmiscuirse.

¡Ay, ay, qué cantidad de cosas sobre el mismo tema! Pero no importa; dediquémoles unos instantes. La pregunta siguiente dice: "¿Por qué, en el caso de dos personas que padecen la misma enfermedad, una se puede curar instantáneamente mientras que la otra no responde a ningún tratamiento? "

La respuesta es la misma que la anterior; es decir, en una persona hipnotizada los síntomas desaparecen y se piensa que se ha curado instantáneamente, mientras que la otra no es susceptible de sugestión hipnótica y por eso no se produce ningún cambio. Téngase en cuenta que digo "sugestión hipnótica", porque el curanderismo, la curación por medio de la fe, etc., son fundamentalmente de carácter hipnótico.

Pregunta: "¿Por qué, cuando curo a los demás, se me calientan las manos, pero, cuando me trato a mí mismo, se me enfrían? "

Respuesta: Cuando usted cura, o pretende curar, a otra persona, le produce una sugestión hipnótica que la hace sentir mejor; pero también está usted envian-

do un exceso de prana de la que dispone, y de esa manera el paso de tal prana hace que se le calienten las manos. Usted no puede, naturalmente, darse a sí mismo su propia prana, puesto que ya la tiene, por lo cual lo que usted hace en realidad en esos casos es invocar la ley del efecto contrario y entonces meramente agota su propia energía y en consecuencia se le enfrían las manos.

Este pretendido poder curativo es principalmente hipnótico y capaz de producir una adecuada sugestión en la persona propensa a ella. Sin embargo, el poder curativo supone también poseer una gran cantidad de la energía etérica que denominamos prana, de suerte que, si usted posee tal energía y es versado en estas cosas, puede trasmitirla a otra persona. Es lo mismo que ocurre cuando la mañana es fría y el auto no arranca porque la batería está baja. El coche no anda porque la batería está excesivamente baja como para que funcione el arranque del motor, por lo cual sucede que a veces hay que esperar a que aparezca otro automóvil para que su conductor descienda y conecte su batería con la descargada del coche atascado. Con ello se le trasmite a éste una gran corriente de energía, y el coche detenido puede arrancar. Este ejemplo puede darle a usted una idea de la forma en que se produce la trasferencia de energía.

CAPITULO XI

Tenemos la impresión de ser bastante internacionales, pues hasta ahora hemos visto consultas recibidas desde Africa, India, Irán, Inglaterra, etc. Veamos ahora una procedente de un lugar más cercano, de Quebec. Esta pregunta se refiere a los niños retardados: "¿Qué fin tiene que nazcan niños retardados, e incluso tullidos o ciegos? Yo sé que nada sucede en vano, pero no veo qué razón puede haber para que existan tantos niños retardados en nuestro medio. Tal vez le parezca cruel de mi parte, pero ¿cómo pueden aprender nada estas pobres almas? ¿No sería mejor que muriesen? "

Respuesta: Algunos de esos niños retardados nacen en tal estado porque antes de venir al mundo ciertamente eligen esa forma de vida para adquirir ese tipo de experiencia. Porque, ¿de qué manera pueden conocerse las sensaciones del niño retardado si uno jamás lo ha sido? Y, si nunca se ha sido un niño retardado, posteriormente recuperado, ¿cómo cree usted que se les puede prestar auxilio?

Hay otros casos de niños retardados a los cuales se los puede mejorar enormemente y cuyo estado puede deberse a alguna negligencia durante el parto o sencillamente a una mala crianza, a menudo atribuible a la edad madura de los padres. Pero invariablemente, la mayoría de estos últimos casos tienen una "relación escasa" con el Superyó, por lo cual los

mensajes no se retrasmiten correctamente. Es cierto que en el mundo hay mucha gente a la cual se la debería enviar a "casa", de la misma manera que se envía a "casa" a un animal cuando evidentemente es incurable; pero ésta es una de las cosas que de ninguna manera podemos hacer porque la opinión pública todavía no lo acepta. Teóricamente, lo mejor es eliminar a la persona mentalmente retardada. . ., pero sólo en teoría. En realidad, sería imposible distinguir entre los que son incurables desde el punto de vista del aprendizaje y aquellos que en verdad no aprenden más que cosas amargas. Pero aún hay algo más: el individuo que hoy es incurable y que por tanto podría justificar que se aplicase la eutanasia, quizá se pudiese curar al otro día o la semana siguiente debido al adelanto de las ciencias.

La que sigue es una linda pregunta que, estoy seguro, les ha de gustar: "¿Hasta qué punto debemos perdonar? La Biblia dice: "Ojo por ojo y diente por diente"; pero esto es inhumano. Jesús ha dicho que debemos perdonar setenta veces siete, si bien tal cosa resulta imposible en la vida de nuestro tiempo. Entonces, ¿cuál debe ser el límite de nuestra tolerancia? "

He aquí una respuesta que quizás haga ruborizar a las vetustas damas de ambos sexos; pero yo tengo una regla estricta en cuanto a lo que se debe soportar. Me sé de memoria eso de "poner la otra mejilla", pero en realidad —y ustedes lo saben—, sólo tenemos cuatro cachetes, dos en la cara y dos atrás. Cuando hemos sido abofeteados en los cuatro, es hora ya de devolver los bofetones, mucho más fuerte, y de poner punto final al agravio de una vez por todas, porque el quedarse continuamente sentado con la mayor tranquilidad soportando todas las injurias que nos quieran inferir, sólo sirve para demostrar que uno es tonto y débil y que no merece que se le

tenga consideración alguna. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es uno, un hombre o un ratón? Si usted es un ratón, chille para desahogarse, pero salga corriendo a esconderse en los zócalos. Pero, si usted es un hombre, un ser humano, es absurdo que tolere a la gente cuando ésta se pasa los límites.

Otra carta comenzaba diciendo: "Dr. Rampa: Usted, que puede ver el Registro Ascásico y que sabe todo cuanto sucede, dígame cuál es la verdad acerca de Shakespeare. ¿Escribió o no Shakespeare sus obras? "

Sí, para quienes saben cómo se debe y cómo no se lo debe utilizar, el Registro Ascásico puede ser consultado, siempre que sea con fines especiales. Si bien no interesa realmente quién fue Shakespeare ni por qué hay tanto misterio en torno de eso, le diré algunas cosas incuestionables.

Aquel muchacho, hijo de un aldeano, que más tarde sería conocido con el nombre de Shakespeare, poseía un don extraordinario. Tenía una "frecuencia" perfectamente compatible con una entidad que necesitaba venir a la tierra para llevar a cabo una misión especial, de modo que el joven Shakespeare mereció que ésta reparase en él con toda atención, como podría hacerlo un diligente jardinero al ver brotar una planta extraña y preciosa. En el momento oportuno se produjeron ciertos cambios por los cuales la entidad que a la sazón habitaba el cuerpo de quien posteriormente iba a ser conocido como Shakespeare, el dramaturgo, fue liberada de lo que ya le resultaba un tedioso cautiverio. A él no le agradaba vivir en la pobreza, pasar privaciones, de manera que fue fácil realizar las debidas diligencias para que la entidad que gobernaba a Shakespeare lo abandonara —renunciara a su dominio— y cambiase de lugar.

La entidad que tenía que llevar a cabo aquella tarea especial, y que por largo tiempo había estado buscando algún vehículo apropiado —porque para estas elevadas entidades es excesivamente dispendioso tener que bajar, volver a nacer y arriesgarse a perder muchos conocimientos a través de la experiencia traumática del nacimiento—, vio ya formado a ese huésped adecuado, y en el momento debido salió del cuerpo de éste la primera e inmediatamente lo ocupó la segunda.

A partir de ese instante, en el cuerpo de aquel humilde aldeano hubo un intelecto descomunal, un intelecto formidable para el cual era sumamente difícil adaptarse a un espacio reducido, para acomodarse a las limitadas circunvoluciones de un cerebro. Por ello sobrevino un breve período de estasis durante el cual no produjo ninguna obra. Entonces, la gigantesca entidad que regía el cuerpo del aldeano se marchó a Londres, partió a explorar, para acostumbrarse a ese nuevo cuerpo y vencer sus imperfecciones.

Con el correr del tiempo y a medida que se familiarizaba cada vez más con el cuerpo y el cerebro, la entidad dio comienzo a su tarea y escribió obras clásicas inmortales. Empero, daba la impresión de que aquellos trabajos no podían provenir de un escritor de la crianza que trasuntaba su aspecto exterior. Y de ese modo, con el trascurrir de los años fueron apareciendo dudas, recelos y conjeturas absurdas acerca de quién pudo haber sido Shakespeare, respecto de quién pudo haber escrito las obras de Shakespeare.

¿La respuesta? Quien escribió tales obras, por ser ésa su misión, fue la entidad que gobernaba el cuerpo de Shakespeare, el cual, luego de cumplir su cometido, murió dejando tras sí lo que para muchos constituye un enigma, un problema insoluble. Si al menos la humanidad quisiera oír a los que han pasa-

do por experiencias similares, podría también consultar el Registro Ascásico y conocer algunas de las verdaderas maravillas en medio de las cuales vivimos.

He aquí otra pregunta que puede ser de algún interés: "Cuando usted dice que es preciso tener paciencia para realizar el viaje astral, ¿se refiere a semanas, meses o años? ¿O ese período puede ser muy variable según la persona de que se trate, del tiempo que se dedique a practicar y de la capacidad potencial de cada una? "

En realidad, el viaje astral lo realizamos todos. La mayor parte de la gente no tiene conciencia de esto, de modo que al despertarse por la mañana, después de pasar por esa experiencia, lo recuerda vagamente y dice que se trata de un sueño o de cosas de la imaginación.

Viajar por el astral, o mejor dicho, aprender a viajar por el astral, es casi lo mismo que aprender a andar en bicicleta. En realidad, parece algo totalmente imposible que alguien pueda aprender a andar en dos ruedas; y no digamos nada acerca del uniciclo. . . No obstante, la gente puede aprender a andar en ambos. Asimismo puede aprender a caminar sobre una cuerda tensa, si bien no es posible predecir el tiempo que puede demandarle conseguir su propósito. Todo es cuestión de aptitudes. Si usted cree que puede andar en bicicleta, usted podrá andar en bicicleta. Si usted cree que puede caminar sobre una cuerda tensa o sobre una cuerda floja, podrá hacerlo. Lo mismo ocurre con el viaje astral. No es posible dar una lista de los ejercicios con los cuales se logra realizar el viaje astral. ¿Cómo haría usted para enseñarle a alguien la forma de aprender a andar en bicicleta? ¿Cómo le enseñaría la manera de andar en patines, salvo advirtiéndole que se coloque un almohadón en la parte trasera? Y, por si esto fuera poco, ¿cómo haría usted para enseñar la manera de respi-

rar para vivir? Respirar es natural. Pero no siempre tenemos conciencia de que lo hacemos. Solamente tenemos conciencia de que respiramos cuando se nos presenta alguna dificultad para hacerlo. De la misma manera, la mayoría de nosotros tampoco tiene conciencia de que realizar el viaje astral, pues éste es tan sencillo como respirar, como andar en bicicleta.

Lo fundamental consiste en que usted piense que va a realizar el viaje astral *conscientemente*. Es necesario recalcar la expresión "conscientemente". Por desdicha, la palabra "imaginación" no es buena porque la gente piensa que imaginar algo es sostener lo que no existe. Quizá sea mejor decir "visualizar". Pues bien, para comenzar el viaje astral debe usted irse a la cama. . . solo, por supuesto, y en la habitación tampoco debe haber nadie. Colóquese en la posición que más le plazca, siempre y cuando le sea cómoda. Si quiere ponerse de cabeza puede hacerlo, si de esa manera se siente cómodo. Lo mismo, si desea acostarse de espalda, de costado o de frente, todo cuanto debe usted tener en cuenta es sentirse cómodo. Recostado, pues, confortablemente, cuide que su respiración sea completa, es decir lenta y profunda, y que se verifique de manera natural, cómoda, y no en forma forzada. Repose en esa posición durante unos instantes, concentrándose en sus pensamientos. Después, con la luz apagada, visualícese a sí mismo como un cuerpo dentro de otro cuerpo; visualice que usted se encuentra en el cuerpo que se separa del cuerpo exterior como si fuera una mano que sale de un guante.

Fórmese una representación mental de su cuerpo tal como se halla acostado. ¿Tiene puesto el pijama? Visualícelo en todos sus detalles, sus rayas, dibujos o flores. ¿Que tiene usted puesto un camisón? Visualícelo exactamente como es. ¿Qué tiene unos lindos moñitos y encajes en el cuello? No deje de visuali-

zarlos. ¿Qué es usted uno de esos espíritus intrépidos que duermen en cueros? Visualícese tal cual está. Y después prosiga visualizando para imaginar (¡perdone usted! *Visualizar*) que su forma astral es totalmente idéntica a su forma exterior. Visualice ese cuerpo que se desliza fuera de su envoltura carnal y se eleva hasta quedar a una o dos pulgadas encima del cuerpo material. Deténgalo en ese punto y concéntrese para visualizar cómo es. Si es usted una muchacha, puede verse con sus cabellos largos... aunque esto no es ya privativo de las damas, pues en nuestros días también los jóvenes llevan melena. No obstante, si tiene usted una larga cabellera, visualícela como si estuviera colgando, pero si rozase el rostro del cuerpo material, levante a la forma unas cuantas pulgadas. Visualice a ese cuerpo como si tuviese una consistencia compacta. Obsérvelo desde arriba, desde los flancos y desde abajo para tener una imagen total, una acabada representación de él. Y ahora, alégrese. Ya está usted fuera de su cuerpo. ¿Siente cómo el cuerpo astral se balancea levemente de arriba abajo? Pero tenga cuidado, porque si se mece por demás puede experimentar usted la desagradable sensación de caer y entonces volverá usted de golpe a su cuerpo material con un tremendo sacudón que lo echará de espaldas contra la cama.

Por el momento confórmese con pensar que su cuerpo, su cuerpo astral, está flotando un poco por encima de su cuerpo material. Después, gradualmente visualice el cuerpo astral en la operación de penetrar en su envoltura corporal como si usted deslizara su mano dentro de un guante.

Practique una o dos noches hasta que pueda sostener firmemente la visualización, y cuando lo haya logrado, siga.

Ya está usted fuera de su cuerpo. Está flotando sobre su envoltura carnal. Ahora piense: ¿A dónde

quiere ir? ¿Quiere ir a ver al doctor Armand Legge, el médico aquel que le hizo un mal diagnóstico, por ejemplo? Pues bien; usted ya lo conoce. Piense en él, piense en que está usted viajando, piense en que llega. Si lo consigue, le podrá hacer cosquillas en la nuca. ¡Se sentirá de lo más molesto! Tal vez esté un tanto mal que yo le enseñe esta clase de tretas.

¿Desea usted pensar en su amiga? Perfectamente; también puede ir a verla si lo desea. Pero recuerde que si pasan malos pensamientos por su mente respecto de lo que se propone ver, se encontrará con que, mientras no haya adquirido una práctica formidable, concluirá por retornar violentamente a su cuerpo. Lo que sucede es lo siguiente: Usted sale de su cuerpo y piensa en ir a ver a alguna amiga suya o a una chica con quien desea trabar amistad. Sabe que en ese instante se está bañando, no obstante lo cual, como desea averiguar si la naturaleza la ha adornado de algún lunar, llega precisamente en ese momento. Pero el aura de la joven detecta su presencia y da la voz de alerta a su subconsciente. Entonces, su consciente comienza a sentirse intranquilo y hace que mire, digamos, por encima del hombro y que piense si acaso no habrá alguien atisbando por el ojo de la cerradura. Ella no lo verá a usted, pero su aura lo percibirá y el subconsciente se alzará y le propinará tal golpe que hará que usted se olvide de cuanto ha visto y vuelva a encajarse dentro de su cuerpo de la manera más brusca que se pueda imaginar. Solamente podrá introducirse así en la vida privada de alguna persona si sus pensamientos son puros; conque, a la gente que me escribe para preguntarme cómo puede hacer para espiar a sus amigas en el momento menos adecuado, le respondo que, por su propio bien, no lo haga. Porque recibirá un tratamiento bastante rudo.

Practique, pues, la visualización de la cual hablamos. Es muy fácil. Cuando sea capaz de visualizar, podrá efectuar el viaje. Sin embargo, el tiempo que le demande poder hacerlo sólo depende de usted, de lo rápido que perciba la verdad. La verdad es que usted *puede* realizar el viaje astral, aun cuando en virtud de ciertos condicionamientos de la vida civilizada, etc., no siempre lo piense, no siempre lo recuerde; y cuando lo recuerda, la mayoría de las veces lo atribuye a la imaginación, lo considera como un sueño o como una expresión de deseos. Tan pronto como acepte la realidad del viaje astral podrá visualizar verdaderamente ese viaje. Y, cuando pueda visualizar el viaje astral, entonces, créame, podrá hacerlo, porque es mucho más sencillo que levantar una silla, mucho más fácil que levantar un libro. El viaje astral es algo elemental, es parte de la naturaleza del ser viviente, ya sea que se trate de un caballo, de un mono, de un ser humano o de un gato. Cada cual efectúa su viaje astral. Empero, el tiempo que le lleve el poder hacerlo conscientemente sólo depende de usted.

Cada vez hay preguntas más estupendas. La que viene ahora es la siguiente: "Dice usted que en el astral todo riela, pero para mí todo riela siempre. ¿Será porque uso anteojos? "

Cuando estamos en el astral todo riela porque está lleno de vida, pletórico de vitalidad. Si realiza el viaje en forma adecuada podrá advertir motitas de luz a su alrededor. Se ve como si todo estuviese en un rayo de sol. Seguramente ha estado usted alguna vez en una de esas estaciones ferroviarias llenas de hollín y ha visto asomar un rayo de sol a través de una ventana sucia. En ese rayo de sol habrá podido observar que flotaban pequeñas partículas. Pues bien, en el astral todo es así, se está en perpetua luz solar y todo riela con vitalidad. Es lo contrario del *smog*.

En el astral, entre paréntesis, no interesa que se tenga mal la vista. Ni siquiera importa que se sea ciego. Allí se poseen todos los sentidos. Se puede oír y ver, se puede oler y se puede tocar. Y siempre con el ciento por ciento de perfección. De manera que ¿por qué no procurar hacer el viaje astral? Es sencillo y natural. Y, por añadidura, es totalmente seguro. Nadie puede hacerse daño, y mientras no se tenga miedo ningún perjuicio puede ocasionar. Si usted teme, todo cuanto consigue es dilapidar energías. Con eso es lo único que se consigue. Porque si usted siente temor, disipa su energía innecesariamente y aminora tanto sus vibraciones que se le torna difícil mantenerse en el astral, del mismo modo que el avión que pierde velocidad se precipita al suelo. Usted no quiere caerse, ¿no es verdad? Pues, entonces, no tenga miedo. No hay nada que temer.

De esta manera, las preguntas siguen multiplicándose *ad infinitum*, como puede apreciarse. La vieja máquina de escribir continúa repiqueteando y arrojando cuartillas, aunque no por ello menos meditadas. Pues, con un poco de práctica se escribe ligero. Y, así, el trabajo va tocando a su fin, lo cual supone que, a medida que más páginas se acumulan, menos posibilidades hay de nuevas preguntas. Permítasenos, entonces, responder a una consulta más en este capítulo. Veamos ésta, que es interesante:

"Usted nos expresa que, cuando estamos en la tierra, somos sólo un décimo de conscientes; pero, por lo que se advierte en sus libros, parece que somos menos conscientes de lo que son los habitantes de otros planetas. Los Jardineros de la Tierra, por ejemplo, o están en posesión del ciento por ciento de su conciencia o deben de poseer un poder mucho mayor que los habitantes de la tierra, ¿o será que en su estado de tercera dimensión pueden ser más de un décimo de conscientes? Su intelecto y los

conocimientos técnicos que poseen parecen estar muy por encima de los nuestros; aunque no solamente su intelecto, sino también su piedad y su comprensión. ¿Podría usted explicar esto, por favor? ”

Sí, por supuesto. El planeta que habitamos es uno de los cuerpos más pequeños entre todas las partículas de polvo que componen el universo. Sabemos que existen más planetas, más mundos que granos de arena en todas las playas juntas de la tierra, y para tener una noción más aproximada todavía, podemos agregar aun toda la arena que hay en el lecho de los mares, porque la cantidad de universos que existen supera la capacidad de comprensión humana. Si mira usted a través del microscopio una brizna de polvo de una uña, verá que se trata de miles de partículas de polvo. Piense, entonces, en la cantidad de partículas que hay en la superficie de su cuerpo; piense asimismo, en que, cualquiera que sea el aspecto que para usted presente este “polvo”, está formado a su vez, básicamente, por moléculas de carbono. Entonces, pobres briznas de polvo debajo de una uña, ¿cómo podemos pretender imaginar siquiera cuántas moléculas —cuántos mundos— hay en un cuerpo humano? Y si esto es así, qué decir del conjunto de los cuerpos humanos, de la totalidad de los cuerpos de los animales, de los cuerpos de los otros universos, etc.

En este mundo somos un décimo de conscientes; pero en otros mundos, los seres pueden ser varios décimos más conscientes. No obstante, aunque fueran un vigésimo de conscientes, podrían ser todavía mucho más inteligentes que los seres terrestres.

Los Jardineros de la Tierra no son exactamente seres tridimensionales que viven en algún lugar del espacio exterior dispuestos a arrojar al astronauta o cosmonauta que ose invadirlo. Se hallan también en una dimensión diferente y, por supuesto, su capaci-

dad técnica e intelectual está tan por encima de la humana, que nosotros debemos de parecerles microbios infinitamente diminutos puestos en una brizna de polvo sumamente pequeña.

El mayor problema estriba en que, en esta tierra, tenemos que vivir y manejarnos con tres dimensiones. Entonces, ¿cómo podemos hablar de cosas que suceden, tal vez, en nueve o más dimensiones?

Así, pues, y para contestar la pregunta, digamos que sí, que en esta tierra solamente somos un décimo de conscientes. Y que sí, que somos menos conscientes que los seres que habitan los planetas superiores, aun cuando, quizás, éstos sean también nada más que un décimo de conscientes.

Efectivamente, los Jardineros de la Tierra son mucho más conscientes y lo son también en muchas más dimensiones. Estos se han trazado su ruta a partir de lo que hoy somos nosotros; pero, aun por encima de ellos, hay seres más elevados para los cuales son exactamente como nosotros les parecemos a aquéllos. No obstante, si seguimos la pauta correcta, es decir, si hacemos lo que sabemos que otros han hecho en comparación con nosotros, entonces podremos elevarnos también nosotros en nuestro derrotero, hasta alcanzar el nivel de los Jardineros de la Tierra, para después seguir avanzando. La mejor manera de explicar esto es hacerlo con el lema de la R.A.F.: "Por el esfuerzo, a las estrellas".

CAPITULO XII

—No puedo entender a este escritor —dijo Henriette Bunn a su amiga, mirándola con el ceño fruncido—. Estoy tratando de analizar sus libros, pero me encuentro con que no hay índices —protestó—. Así, ¿cómo es posible encontrar nada otra vez...? ¿Leyéndolos todos de nuevo? —observó refunfuñando y pasando las hojas furiosa.

Freda Prizner, su amiga, sonrió condescendientemente.

—¡Qué quieres que te diga, Hen! Ya sabes que, si los he leído, ha sido sólo por mero placer. Nada más que de pensar en *estudiar* me deprimo; ¡lo que yo quiero es algo que me excite! —repuso; y luego de un suspiro, añadió—: Pero tienes razón; todos los libros deberían tener índices para ver lo que una puede pasar por alto.

El desventurado Autor se revolvió gimiendo en su dura cama de acero. "Pero, ¿qué pretende la gente? ", se preguntó. "Primero, resulta que está mal que emplee demasiado el *yo*... Pero, ¿acaso no tengo derecho a emplear uno o dos más de los corrientes? ¡Hay que tener en cuenta el Tercer Ojo, también! * Y ahora hay lectores (¡benditos sean!)

* El autor agrega un matiz, valido de la similitud fonética entre las palabras *I* (yo) y *eve* (ojo), que no puede reproducirse en español. (*N. del T.*)

¡que quieren índices! " La angustia y la fatiga del anciano aumentaron de sólo pensarlo.

En esos momentos, no obstante, en pleno corazón de los E.U.A. —donde los búfalos han cedido su lugar a los alces— una extraordinaria y talentosa mujer ya había puesto manos a la obra. Esta señora, a pesar de tener que atender un marido (que con uno ya es bastante, dice) y dos niños (demasiado, afirma, por ser varones), encontró un momento, incluso, para compilar un índice. Y, así, éste llegó como caído del cielo... aunque, no, en rigor de verdad. Llegó en la saca del cartero. Con toda facilidad, puesto que ya había sido abierto por la aduana canadiense (malísima costumbre que tienen), el Autor desenvolvió el paquete con sus torpes dedos. Dentro, sí, *dentro* ya saben ustedes qué había: ¡el índice!

La señora María Pien es una mujer espléndida, talentosa y capaz. Empero, nadie es perfecto; hasta ella tiene un defecto: su letra es diminuta, con lo cual la vista del Autor se cansó en seguida. Para leer lo que escribe hace falta una buena lupa. Al parecer ha errado su vocación, pues verdaderamente tiene aptitudes para escribir libros en la cabeza de un alfiler.

Gracias, señora Pien, por su muy apreciada colaboración. Gracias, Miss Sekeeta Siamese Pien, por permitir que lo hiciese.

Por razones de espacio, los títulos se citan por sus iniciales, de la siguiente manera:

El Tercer Ojo .... TO
El Médico de Tibet .... MT
El Cordón de Plata .... CP
La Caverna de los Antepasados .... CA
Mi Vida con el Lama VL

Y aún hay más; como añadidura, a continuación encontraréis también algunos "proverbios".

Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad.*	ALL 8
Cuanto mayor sea tu conocimiento, mayor será tu necesidad de aprender.	ALL 9
Esta tierra sólo es una pizca de polvo para un abrir y cerrar de ojos en lo que es el tiempo real.	ALL 27
Jamás respondas a la crítica; hacerlo es debilitar tu argumento.	ALL 29
El sendero recto se halla muy cerca, a la mano; sin embargo, la humanidad lo busca lejos.	ALL 47
Cada uno tiene que ser una isla en sí mismo.	ALL 55
El éxito es la culminación de un gran esfuerzo y de una preparación consciente y esmerada.	ALL 63
El suicidio jamás se justifica.	ALL 71
Cien hombres pueden hacer un campamento; hace falta una mujer para fundar un hogar.	ALL 79
Vuestro cuerpo es exactamente como un vehículo, un vehículo por medio del cual vuestro Super-yó adquiere experiencia en la tierra.	ALL 86
Lo más valioso que puede perder el hombre es el tiempo.	ALL 97
El que agravia a otros, se agravia a sí mismo.	ALL 117
Si no escalas la montaña, no podrás contemplar el llano.	ALL 137
Recuerda que la tortuga avanza sólo cuando estira su cuello.	ALL 157
La gema no puede ser pulida sin fricción, ni el hombre perfeccionado sin someterlo a prueba.	ALL 177

* Estas citas —seleccionadas por el autor— se reproducen textualmente de las traducciones ya publicadas por Editorial Troquel. (*N. del E.*)

Un hombre debe mantener mucho tiempo su boca abierta antes que una perdiz asada desaparezca por ella. ALL 195

Si usted no cree en otros, ¿cómo puede esperar que otros crean en usted? ALL 209

Divide al enemigo y podrás vencerlo, manténte unido y podrás derrotar a un enemigo dividido. El enemigo puede ser muy bien la indecisión, el temor y la incertidumbre. MA 91

Manteniendo pensamientos puros evitamos los pensamientos impuros, fortalecemos aquello a lo que volvemos cuando abandonamos el cuerpo. MA 201

Uno puede pedir comprensión, puede pedir en sus plegarias que le sea posible ayudar a otros, porque al ayudar a otros uno se ayuda a sí mismo, al enseñar a otros se enseña a sí mismo y al salvar a otros se salva a sí mismo. Uno tiene que dar antes de que pueda recibir. Tiene que dar de sí mismo, de su compasión, de su misericordia. Hasta que uno puede dar de sí mismo no puede recibir de otros. No puede obtener misericordia si antes no muestra misericordia, no puede obtener comprensión si antes no ha comprendido los problemas de los demás. MA 202

Devolver el bien por el mal, no temer a ningún hombre, ni a los actos de ningún hombre, pues al devolver el bien por el mal y hacer el bien en todo momento, ascendemos siempre y no descendemos jamás. UE 21

Para el puro, todas las cosas son puras. UE 59

Uno es lo que cree que es. Uno puede hacer lo que cree que puede hacer. UE 87

Guardad silencio y sabed que yo estoy dentro. UE 102

Cuando estamos al otro lado de la muerte vivimos en armonía. UE 136

Si uno se repite que va a triunfar, triunfará, pero sólo se triunfará si se repite la afirmación del triunfo y no se permite que entre la duda (la negación de la fe). UE 169

Debemos cultivar siempre la serenidad interior, cultivar la tranquilidad. UE 177

La esencia de cuanto hemos aprendido en la Tierra es lo que determina lo que vamos a ser en la próxima vida. UE 177

Haceos la siguiente pregunta: ¿Qué importancia tendrá esto dentro de cincuenta o cien años? UE 180

Cuanto más bien se hace a otro, más se gana. UE 181

Si pensáis en la paz, tendréis paz. UE 183

Tenemos que estar en paz con nosotros mismos si hemos de progresar. UE 185

Con fe y serenidad interior se puede hacer ¡todo! UE 194

Debemos perdonar a los que nos agravian, y buscar el perdón de los que agraviamos. Debemos recordar siempre que el medio más seguro de tener un buen karma es hacer a los demás lo que querríamos que ellos nos hiciesen. UE 220

A los ojos de Dios, todos los hombres son iguales, y a los ojos del Gran Dios todas las criaturas son iguales, ya sean gatos, caballos o como se las llame. UE 220

Deberíamos siempre mostrar gran cuidado, gran interés, gran comprensión hacia los que están enfermos o afligidos, pues podría ser nuestro destino el mostrar tal cuidado y comprensión. UE 220

La persona enferma puede ser mucho más evolucionada que la persona sana, y al ayudar a ese enfermo uno se ayuda a sí mismo inmensamente. UE 221

El llorar indebidamente a los que han muerto les causa pena, pues los atrae hacia la tierra. UE 226

Así como debemos hacer lo que queremos que nos hagan, debemos mostrar completa tolerancia, completa liberalidad hacia las creencias de los demás. UE 232

Como pensamos, somos. UE 196

Si *vosotros* dais muestras de tensión significa posiblemente, aunque no inevitablemente, que no pertenecéis a la misma categoría mental y espiritual que las otras personas. UE 199

Si trabajáis demasiado, pensaréis en el duro trabajo y no tendréis tiempo para pensar en los resultados que esperáis obtener. UE 200

Conviene recordar de vez en cuando que en cualquier combate entre la imaginación y la voluntad siempre gana la imaginación. UE 208

Si se cultiva la imaginación y se la domina, se puede tener lo que se quiera. UE 212

Lo único que hay que temer es el miedo. UE 213

Si domináis vuestra imaginación fomentando la fe en vuestras capacidades, podéis hacer cualquier cosa. UE 213

No hay nada "imposible". UE 213

Se es según se piensa. UE 219

El fracaso sólo significa esto: ¡que no sois lo bastante fuertes en vuestras resoluciones para hacer esto o no hacer aquello! UE 253

El mendigo de hoy podría ser un príncipe mañana, y el príncipe de hoy un mendigo mañana. UE 256

En ningún caso se trata de imponer las opiniones de uno a los demás. UE 257

Los que menos hablan más escuchan. SA 39

Ella [la mente] es como una esponja que absorbe conocimientos. SA 125

La paz es la ausencia de conflictos internos y externos. SA 146

Este mundo, esta vida, [. . .] es el lugar de prueba donde nuestro Espíritu se purifica por el sufrimiento que supone el aprender a controlar nuestro tosco cuerpo de carne. CA 36

En una lamasería puede haber un demonio así como puede haber un santo en una prisión. CA 51

Venimos aquí para sufrir y para que nuestro Espíritu pueda evolucionar. Las dificultades enseñan, los dolores enseñan; la amabilidad y la consideración, no. CA 67

El temor corroe el alma. CA 150

La vida sigue un sendero duro y pedregoso, con muchas trampas y malas jugadas, aunque, si uno persevera, se alcanza la cúspide. CA 156

La fuerza más grande de todas es la imaginación.	CA	193
Nunca desesperes, nunca abandones, pues prevalecerá lo bueno.	CA	201
No puede haber un hombre culto a menos que ese hombre sea disciplinado.	CA	209
Es un hecho triste el que sólo aprendamos con dolor y sufrimiento.	CA	210
Debe existir amor entre los padres si se desea engendrar el mejor tipo de niño.	CA	216
Casi todas las parejas podrían vivir juntas con éxito si aprendieran esta cuestión de dar y recibir.	CA	217
No peleen ni estén en desacuerdo uno con otro, pues un niño absorbe las actitudes de los padres. El hijo de padres desagradables se vuelve desagradable.	CA	223
¡El Maestro *siempre* llega cuando el estudiante está preparado!	CA	237
El hierro mineral puede creerse insensatamente torturado en la fragua, pero cuando la templada hoja de fino acero reflexiona lo sabe mejor.	CP	16
El que más escucha es el que más aprende.	CP	109
La raza, el credo y el color no tienen importancia vital; la sangre es roja en todos los hombres.	CP	158
La imaginación es la fuerza más grande que hay sobre la tierra.	CP	170
No está bien recordar demasiado el pasado cuando tenemos por delante el futuro.	MT	46
Es mejor descansar con una mente tranquila que sentarse como Buda y orar irritado.	TO	75
Es lamentable que la gente condene lo que no comprende.	CV	161
Los seres humanos —hombres y mujeres— deben tratar de vivir los unos con los otros ejerciendo la tolerancia, la paciencia y la abnegación.	CV	219
Existe una ley oculta precisa según la cual no podéis recibir si no estáis dispuestos a dar.	CV	235

"Haya luz" [. . .] significa sacar el alma del hombre de la oscuridad para que pueda percibir la grandeza de Dios. CV 244

La muerte en la tierra es el nacimiento dentro del mundo astral. MAD 22

Todo depende de vuestra postura, de vuestra actitud mental, porque de la manera cómo pensáis, así sois. MAD 66

Si se piensa en forma positiva, cuanto ocurra será positivo.

No existe poder en la tierra ni fuera de ella capaz de anular lo que ya se ha dicho y hacer que todo quede como si jamás se hubiese pronunciado.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 29
DE MAYO DE MIL NOVECIENTOS
SETENTA Y DOS EN LOS TALLERES
GRÁFICOS DE SEBASTIÁN DE AMO-
RRORTU E HIJOS, S. A., LUCA 2223,
BUENOS AIRES

El propio Lobsang Rampa, con palabras cargadas de significación, nos ilustra respecto de la esencia, del sentido último de este libro: "Usted se preguntará qué es eso de **La decimotercera candela**. Pues bien; ese pretende ser el título lógico que responda a lo que estoy haciendo. Porque lo que estoy haciendo es tratar de 'encender una vela', lo cual es infinitamente mejor que 'maldecir la oscuridad'. Éste es mi decimotercer libro, y espero que sea mi candela decimotercera".

Esta candela proyecta nueva luz sobre los problemas e interrogantes que acosan al ser humano. Sin eludir las realidades de la vida terrenal, nos inicia en los estimulantes secretos de la supervivencia del espíritu, la reencarnación, la vida astral, los fenómenos de la telepatía y la clariaudiencia.

El hombre debe perder su infundado temor a la muerte y alentarse con la esperanza de una futura vida superior y plena, reservada a los espíritus que en este mundo de peregrinaje han sabido desarrollar sus inagotables potencias.

Lobsang Rampa nos proporciona otra muestra de su profunda sabiduría, al tiempo que vuelve a asombrar con el maravilloso universo de los lamas, sus ritos y sus costumbres, cuya fiel observancia es fuente infalible de salud espiritual.



EDITORIAL TROQUEL S.A.

SAN JOSE 157 T. E. 38-0118/0349 BS. AS